

JULIO VERNE



CINCO SEMANAS EN GLOBO



CINCO SEMANAS EN GLOBO

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS EN ÁFRICA POR TRES INGLESES

SEGUNDA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

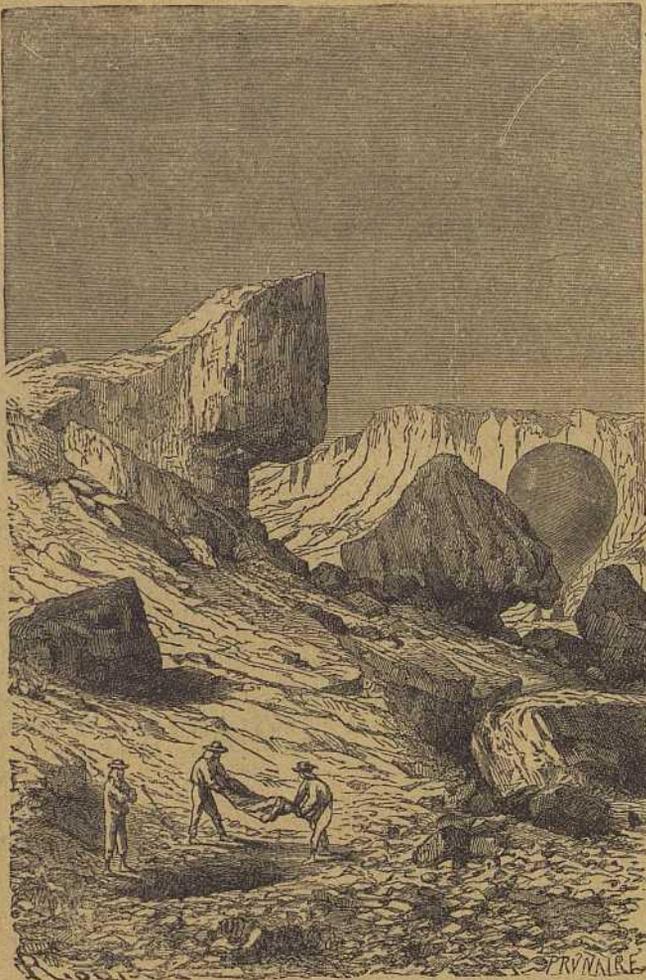
VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID
SAEZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.



CINCO SEMANAS EN GLOBO.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

CÓLERA DE JOE.—LA MUERTE DE UN JUSTO.—VELADA DEL CADÁVER.—AVIDEZ.—EL ENTIERRO.—LOS PEDAZOS DE CUARZO.—FASCINACION DE JOE.—UN LASTRE PRECIOSO.—ORIENTACION DE LAS MONTAÑAS AURIFERAS.—PRINCIPIO DE DESESPERACION DE JOE.

La noche tendió sobre la tierra el mas magnífico de sus mantos. El sacerdote quedó dormido en una postracion pacífica.

—¡Se muere! dijo Joe. ¡Pobre jóven! ¡treinta años apenas!

—¡Morirá en nuestros brazos! dijo el doctor con desesperacion. Su respiracion de debilita mas y mas, y nada puedo yo hacer para salvarle.

—¡Malvados! exclamó Joe, que sentia de cuando en cuando arrebatos de cólera. ¡Y cuando pienso que el infeliz aun ha tenido palabras para compadecerles, para excusarles y para perdonarles!...

—¡El cielo le conceda una hermosa noche, Joe. su

última noche acaso! Sufrirá poco en lo sucesivo, y su muerte no será mas que un pacífico sueño.

El moribundo pronunció algunas palabras entrecortadas: el doctor se acercó á él: la respiracion del enfermo era difícil; pedía aire; se levantaron enteramente las cortinas y aspiró con avidez el ambiente ligero de aquella noche clara; las estrellas le dirigian su temblorosa luz, y la luna le envolvía en el blanco cendal de sus rayos.

—¡Amigos míos, dijo una voz débil, me muero! ¡Que el Dios que recompensa os conduzca á puerto! ¡Que os pague por mi deuda de reconocimiento!

—Tened aun esperanza, le respondió Kennedy. Lo que sentís no es mas que un abatimiento pasajero. ¡No vais á morir! ¡Se puede morir en una noche de verano tan serena!

—¡La muerte está aquí, respondió el misionero! ¡Lo sé! ¡Dejádmela mirar cara á cara! La muerte, principio de la eternidad, no es mas que el fin de las tribulaciones de la tierra. ¡Ponedme de rodillas, hermanos míos, os lo suplico.

Kennedy le levantó. Lástima daba ver aquellos miembros sin fuerza que se doblaban bajo su propio peso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el apóstol moribundo, ¡tened piedad de mí!

Su semblante resplandeció. Lejos de la tierra, de la cual no había conocido nunca las alegrías, en medio de una noche que le enviaba sus más suaves claridades, en el camino del cielo hacia el cual se elevaba en una ascension milagrosa, parecía estar ya resucitando para una nueva existencia.

Su último movimiento fue una bendición suprema á sus amigos de un día. Y cayó en brazos de Kennedy, cuyo semblante estaba inundado de lágrimas.

—¡Muerto! exclamó el doctor inclinándose hacia él, ¡muerto!

Y los tres amigos doblaron á la vez la rodilla para orar en voz baja.

—Mañana por la mañana, dijo despues Fergusson, le daremos sepultura en esta tierra de Africa regada con su sangre.

Durante el resto de la noche, el doctor, Kennedy y Joe velaron sucesivamente el cadáver, y ni una palabra turbó su religioso silencio. Los tres lloraban.

Al día siguiente, el viento venia del Sur, y el *Victoria* avanzaba lentamente encima de una vasta meseta de montañas, en que se veían á trechos cráteres apagados y barrancos incultos, sin una gota de agua en sus áridas crestas. Montones de rocas y piedras rodadas y margaritas blancuicinas denotaban una esterilidad profunda.

A cosa de medio día, el doctor, para sepultar el cadáver, resolvió bajar á una barranca, en medio de rocas plutónicas de formación primitiva. Tenia que buscar un abrigo en las montañas circunstantes para llegar á tierra con la barquilla, no habiendo ni un solo árbol en que poder hincar el ancla.

Pero como de antemano lo habia dado á entender á Kennedy, el lastre de que se desprendió para salvar al sacerdote no le permitia ahora descender sin desprenderse de una cantidad proporcionada de gas, por lo que tuvo que abrir la válvula del globo superior. El hidrógeno salió, y el *Victoria* bajó tranquilamente hacia el barranco.

Apenas la barquilla llegó al suelo, el doctor cerró la válvula, y Joe saltó á tierra. Joe con una mano sujetó la barquilla y con la otra recogió un número de pedruscos, con cuyo peso reemplazó el suyo propio, y entonces, quedándose ya libres las dos manos, pudo en muy poco tiempo meter en la barquilla mas de 500 libras de lastre que permitieron al doctor y á Kennedy desembarcar á su vez, sin que la fuerza ascensional del globo fuese suficiente para levantarle.

No se necesitaron para mantener el equilibrio del *Victoria* tantas piedras como pudiera presumirse, porque las recogidas por Joe pesaban extraordinariamente, lo que llamó un instante la atención del doctor. La tierra estaba sembrada de cuarzo y de rocas porfiricas.

—Hé aquí un singular descubrimiento, se dijo mentalmente, mientras á pocos pasos de distancia Kennedy y Joe escogían un sitio á propósito para abrir la fosa.

Aquel barranco encajonado era como una especie de horno en que hacia un calor insuportable. El sol en su cénit, desplomaba allí sus rayos abrasadores.

Fue preciso desembarazar el terreno de los fragmentos de roca que la cubrían, y luego se abrió un hoyo bastante profundo para poner el cadáver fuera del alcance de las fieras.

Allí se depositaron con respeto los despojos mortales del denodado mártir.

Se les echó tierra encima, y se formó con rocas una especie de tumba.

El doctor, sin embargo, permanecía inmóvil y absorto en sus reflexiones. No oía á sus compañeros que le llamaban, ni se cuidaba de buscar una sombra para guardarse del calor del día.

—¿En qué piensas, Samuel? le preguntó Kennedy.

—En un extraño contraste de la naturaleza, en un singular efecto del azar. ¿Sabeis en qué tierra ha encontrado su sepultura ese hombre de abnegacion, ese pobre de espíritu?

—¿Qué quieres decir, Samuel? preguntó el escocés.

—¡Ese sacerdote, que habia hecho voto de pobreza, reposa ahora en una mina de oro!

—¿Una mina de oro! exclamaron Kennedy y Joe.

—¿Una mina de oro! respondió tranquilamente el doctor. Las piedras que pisais como si careciesen de valor, son mineral de mucha pureza.

—¡Imposible! ¡imposible! repitió Joe.

—Si escarbais en estas hendiduras de esquista arcillosa, no tardarais mucho en encontrar pepitas importantes.

Joe se precipitó como un loco sobre aquellos fragmentos dispersos, y Kennedy no estuvo lejos de imitarle.

—Cálmate, buen Joe, le dijo su amo.

—Señor, eso es muy fácil de decir.

—¿Cómo! un filósofo de tu temple.

—No señor, no hay filosofía que valga.

—¡Veamos! reflexiona un poco. ¿De qué nos serviría toda esta riqueza? No podemos llevárnosla.

—¿No podemos llevárnosla? ¿Por qué no?

—Pesa demasiado para nuestra barquilla. No querría participarte este descubrimiento por miedo de escitar tu codicia.

—¿Cómo! dijo Joe, ¡abandonar estos tesoros! ¡Una fortuna que es nuestra, muy nuestra, y desperdiciarla!

—¡Cuidado, amigo! ¿Se habrá apoderado de tí la fiebre del oro? ¿Ese muerto que acabamos de enterrar, no te ha enseñado la vanidad de las cosas humanas?

—Es cierto, respondió Joe, ¡pero el oro es oro! ¿No me ayudareis, señor Kennedy, á recoger unos cuantos millones?

—¿Qué haríamos de ellos, pobre Joe? dijo el cazador sin poder dejar de sonreirse. No hemos venido aquí á hacer fortuna, y debemos volvernos sin ella.

—Los millones pesan mucho, repuso el doctor, y no se meten en el bolsillo así como se quiera.

Pero en fin, respondió Joe acorralado en sus últimas trincheras, ¿no podemos, en lugar de arena, cargar de este mineral para lastre?

—Consiento en ello, dijo Fergusson; pero no avinagraráis mucho el gesto cuando tengamos que desprendernos de algunos miles de libras.

—¡Miles de libras! repuso Joe, ¿es posible que todo esto sea oro!

—Sí, buen Joe; es un depósito en que la naturaleza ha acumulado sus tesoros por espacio de siglos, y son suficientes para enriquecer países enteros. Una Australia y una California reunidas en el fondo de un desierto.

—¡Y todo quedará inútil!

—¡Tal vez! Hé aquí lo mas que puedo hacer para consolarte.

—Difícil será, replicó Joe contrito y mustio.

—Oye. Voy á tomar la situacion exacta de este sitio, y te la daré. Al regresar á Inglaterra, la das á conocer á tus conciudadanos, si crees que tanto oro puede labrar tu felicidad.

—Ve, señor, que tenéis razon. Me resigno, ya que no puedo hacer otra cosa. A la fuerza ahorcan. Llenemos la barquilla de este precioso mineral, y lo que queda á la conclusion de nuestro viaje, eso guardaremos.

Y Joe puso manos á la obra con tanto afán, que no tardó en reunir mas de mil libras de pedazos de cuarzo en que se hallaba encerrado el oro como en un soroque sumamente duro.

El doctor se sonreía y le dejaba hacer mientras él hacía su estima, de la cual resultó que la mina que hacia de tumba al misionero se hallaba á los 22° 23' de longitud, y 4° 55' de latitud septentrional.

Después, dirigiendo una última mirada á la tierra removida, bajo la cual descansaba el cuerpo del pobre francés, volvió á la barquilla.

Hubiera querido levantar una tosca y modesta cruz sobre aquella tumba abandonada en medio de los desiertos de Africa, pero no habia en las cercanías ni un miserable arbusto.

—Dios le reconocerá, dijo.

Cruzaba entonces la mente de Fergusson una idea bastante grave. Hubiera él dado todo aquel oro que tanto codiciaba Joe por hallar un poco de agua con que reemplazarla que habia echado con la caja cuando el pícaro negro se colgó de la barquilla. Pero no le era posible encontrar agua en aquellos terrenos áridos, lo que le tenia muy inquieto. Obligado á alimentar incesantemente el soplete, le empezaba ya á hacer falta hasta para beber, y se propuso no desperdiciar ninguna ocasion de renovar su reserva.

Al volver á la barquilla, la encontró casi enteramente ocupada por las piedras que en ella habia introducido la avaricia de Joe. No dijo, sin embargo, una palabra. Kennedy tomó tambien el sitio que tenia de costumbre, y Joe les siguió perezosamente, no sin dirigir una mirada ávida á los tesoros que quedaban en el barranco.

El doctor encendió el soplete; la serpentina se calentó; la corriente de hidrógeno se estableció á los pocos minutos, se dilató el gas, y sin embargo, el globo permaneció inmóvil.

Joe le veía funcionar con inquietud y no decia esta boca es mía.

—Joe, dijo el doctor llamándole.

Joe no respondió.

—¿Me oyes, Joe?

Joe dió á entender que oía, pero no queria comprender.

—Vas á hacerme el obsequio, repuso Fergusson, de echar fuera algunas piedras.

—Pero, señor, vos me habeis permitido...

—Te he permitido reemplazar el lastre, hé aqui todo.

—Sin embargo...

—¿Quieres, pues, que permanezcamos eternamente en este desierto?

Joe dirigió una mirada de desesperacion á Kennedy, pero éste se encogió de hombros dándole á entender que era preciso resignarse.

—¿Y bien, Joe?

—Acaso no esté encendido el mechero, repuso el criado.

—Encendido está, ¿no lo ves? pero el globo no se eleva mientras no se aligere un poco.

Joe se rascó la cabeza; tomó un pedazo de cuarzo, el mejor de cuantos habia, lo pesó, lo volvió á pesar, y por fin lo arrojó con la mayor repugnancia. Pesaria unas tres ó cuatro libras.

El *Victoria* permaneció inmóvil.

—¿Tampoco ahora subimos?

—Tampoco, respondió el doctor. Echa lastre fuera.

Kennedy se reía. Joe tiró unas 10 libras mas, y el globo no se dió por entendido. Joe se puso pálido.

—Mi buen Joe, dijo Fergusson, Dick, tú y yo, pesamos, si no me engaño, unas 400 libras, y es preciso de consiguiente, desprendernos de un peso igual al nuestro.

—¿Echar 400 libras! exclamó Joe aterrorizado.

—Y algo mas, si hemos de subir. ¡Aun no pues!

El pobre criado, suspirando angustiosamente, empezó á echar lastre. De cuando en cuando se detenía.

—¿No subimos? preguntaba.

—Todavía no, le respondia el doctor.

—Ya e mueve, dijo.

—No todavía, repitió Fergusson.

—Sí, sube, estoy de ello seguro.

—Sigue echando, replicó Kennedy.

Entonces Joe, cogiendo con desesperacion un último pedrusco, lo arroja fuera de la barquilla. El *Victoria* se elevó á unos 100 pies de altura; y con el auxilio del soplete, traspasó las cumbres de las montañas próximas.

—Ahora, Joe, dijo el doctor, si conseguimos conservar el lastre que aun queda, hasta la conclusion del viaje, te quedará aun buena fortuna y serás rico todo el resto de tu vida.

Joe no respondió una palabra, y se echó encima de su lecho de piedras.

—Ya ves, mi querido Dick, repuso el doctor, lo que puede el dinero hasta en el ánimo de un buen sugeto como Joe. ¡Cuántas pasiones, cuán sórdidas avaricias, qué crímenes tan atroces engendraria el conocimiento de una mina semejante! ¡Cosa triste!

Por la noche el *Victoria* habia avanzado 90 millas al Oeste, y se encontraba entonces en línea recta á 1,400 millas de Zanzibar.

CAPITULO II.

EL VIENTO CESA.—LAS CERCANIAS DEL DESIERTO.—EL INVENTARIO DE LA PROVISION DE AGUA.—LAS NOCHES DEL ECUADOR.—INQUETUDES DE SAMUEL FERGUSSON.—LA VERDADERA SITUACION.—ENÉRGICAS RESPUESTAS DE KENNEDY Y JOE.—UNA NOCHE MAS.

El *Victoria*, sujeto á un árbol solitario y casi seco, pasó una noche enteramente tranquila. Los viajeros, abrumados bajo el peso de los tristes recuerdos de los últimos dias, pudieron conciliar el sueño que tanto necesitaban.

Al amanecer, la atmósfera se presentó tibia y serena. El globo se elevó, y después de varias tentativas infructuosas, encontró una corriente poco rápida que le impelió hácia el Noroeste.

—No adelantamos nada, dijo el doctor, y si no me engaño, en cosa de diez dias hemos andado la mitad de nuestro viaje, pero al paso que vamos, necesitaremos meses para llegar á su término, lo que es tanto mas sensible cuanto que empieza á escasear el agua.

—Agua encontraremos, respondió Dick: es imposible que en un pais tan estenso no haya algun rio, algun arroyo ó algun estanque.

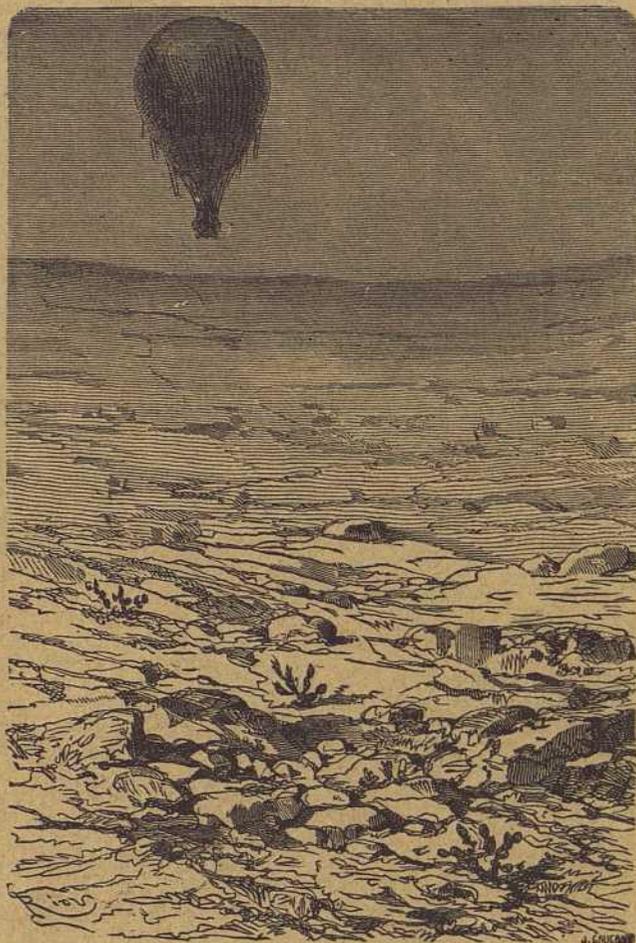
—Dios lo haga.

—¿No puede ser muy bien el cargamento de Joe quien retarde nuestra marcha?

Kennedy, al hablar así, queria ver la cara que ponía el buen criado y divertirse á su costa, como si á él no se le hubiesen ido tambien los ojos tras el oro, aunque supo ocultar á tiempo su codicia.

Joe le dirigió una mirada suplicante. El doctor no estaba de humor de chanzas, pensando únicamente con un secreto terror en las inmensas soledades de Sahara, en que las caravanas pasan semanas enteras sin encontrar un pozo en que apagar la sed devoradora. Examinaba con la mayor atencion todas las depresiones de la tierra.

Estas precauciones y los últimos incidentes habian modificado de una manera sensible la disposicion de ánimo de los tres viajeros. Hablaban todos menos, y se dejaban absorber mas por sus propios pensamientos.



El *Victoria* permaneció inmóvil.

El buen Joe no era ya el mismo hombre desde que sus miradas se habían engolfado en un océano de oro. Guardaba silencio, y miraba con avidez las piedras amontonadas en la barquilla, que aunque en aquel momento carecían de valor, lo debían de adquirir mas adelante.

Era además alarmante el aspecto de aquella parte de Africa. Empezaba el desierto. No se veía ni una aldea, ni un grupo el mas insignificante de chozas.

La vegetacion languidecia. Distinguíanse apenas unas cuantas plantas sin fuerza para desarrollarse, como en los terrenos brezosos de Escocia, algunas arenas blanquecinas y piedras calcinadas, algunos lentiscos y matorrales espinosos. En medio de aquella esterilidad, la armazon rudimentaria del globo se componia de crestas de rocas agudas y afiladas. Aquellos síntomas de aridez daban mucho en qué pensar al doctor Fergusson.

No parecia que caravana alguna hubiese cruzado jamás aquella comarca desierta. No se notaba en ella vestigio alguno de campamento, ni blancas osamentas de hombres ni de animales. ¡Nada! Y todo indicaba que un arenal inmenso iba á suceder á aquella region tan triste.

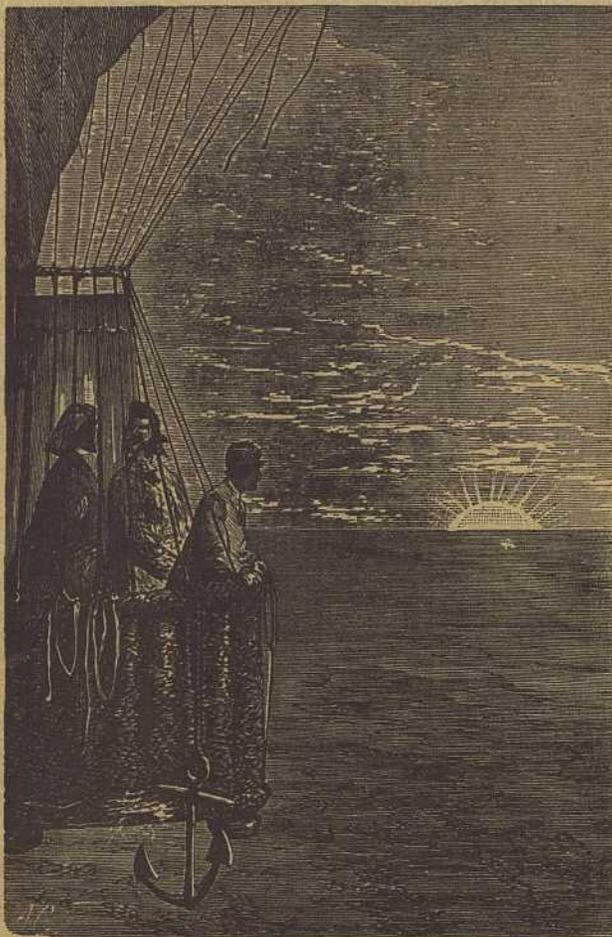
Sin embargo, no se podia retroceder. Habia que seguir adelante, y el doctor no aspiraba á otra cosa. Hubiera querido que sobreviniese una tempestad que le arrojase mas allá de aquel de consolador pais. ¡Y ni una nube en el cielo! El sol descendió á su ocaso sin que en todo el día hubiese el *Victoria* avanzado 30 millas.

¡Si no hubiese escaseado el agua! ¡Pero no quedaban de ella mas que tres galones! (1) Fergusson separó uno destinado á apagar la ardiente sed que volvía insoportable un calor de 90° (2). Quedaban, pues dos gaiones para alimentar el soplete, los cuales no podían producir mas que 480 pies cúbicos de gas, y como el soplete consumía 9 pies cúbicos por hora, solo para 54 horas habia gas suficiente. El cálculo era rigurosamente matemático.

—¡Cincuenta y cuatro horas! dijo á sus compañeros. Y como estoy muy resuelto á no viajar durante la noche para no esponerme á pasar por alto un arroyo, un manantial, un pantano cualquiera, nos quedan tres días y medio de viaje, durante los cuales es preciso encontrar agua á toda costa. He creído,

(1) Veintistete cuartillos.

(2) 50° centígrados.



El sol desaparece detrás del horizonte.

amigos míos, de modo de poner en vuestro conocimiento esta situación grave, pues no reservo más que un solo galon para apagar nuestra sed, y fuerza será que nos sometamos á una ración severa.

—Como tú quieras, respondió el cazador; pero no es aun tiempo de entregarnos á la desesperacion. ¿No has dicho que aun nos queda agua para tres dias?

—Sí, amigo Dick.

—Pues bien, como nuestros lamentos son inútiles, dentro de tres dias veremos qué partido se toma, y entre tanto redoblemos la vigilancia.

En la comida de aquella misma tarde ya se tasó el agua. Verdad es que se aumentó en los grogs la cantidad de aguardiente, pero poco habia que confiar en aquel licor que era mas propio para aumentar la sed que para apagarla.

La barquilla descansó durante la noche sobre una inmensa meseta que presentaba una depresion considerable. Su altura era apenas de 800 pies sobre el nivel del mar. Esta circunstancia hizo concebir alguna esperanza al doctor, recordándole la presuncion de los geógrafos acerca de la existencia de una vasta estension de agua en el centro de Africa. Pero aun en el supuesto de que el lago existiese, habia que llegar

á él, y no se encontraba desgraciadamente modificación alguna en aquel cielo, que era siempre el mismo.

A la noche pacífica y magníficamente estrellada, sucedieron los ardientes rayos del sol de un dia inmutable. La temperatura fue abrasadora desde que rayó el alba. A las cinco de la mañana, el doctor dió la señal de marcha, y por espacio de mucho tiempo el *Victoria* permaneció sin movimiento alguno en una atmósfera de plomo.

El doctor habria podido librarse de aquel calor intenso elevándose á zonas superiores, pero hubiera tenido que consumir una cantidad mayor de agua, lo que entonces era imposible. Se contentó con mantener el globo á 100 pies encima de la tierra; y allí una corriente harto débil le empujaba muy poco á poco hácia el horizonte occidental.

El almuerzo se compuso de un poco de cecina y de pemmican. A cosa de medio dia, el *Victoria* sólo habia ganado unas cuantas millas.

—No podemos ir mas de prisa, dijo el doctor, obedecemos y no mandamos.

—Amigo Samuel, dijo el cazador, hé aquí una ocasion en que un propulsor vendria á pedir de boca.

—Sin duda, Dick, admitiendo sin embargo que no requiriese agua para ponerse en movimiento; pues de otra suerte la situación sería exactamente lo mismo con él que sin él, y además, nada hasta ahora se ha inventado que sea practicable. Los globos se hallan aun en el punto en que se hallaban los buques antes de la invención del vapor. Seis mil años se ha tardado en idear las ruedas y las hélices; tenemos, pues, tiempo de esperar.

—Maldito calor! dijo Joe que sudaba á mares.

—Si tuviésemos agua, este calor nos serviría de algo, porque dilata el hidrógeno del aerostático y necesitan una llama menos viva en la serpiente. Verdad es que si tuviésemos agua, no tendríamos necesidad de economizar el hidrógeno. ¡Maldito sea el salvaje que nos ha costado la preciosa caja!

—No vayas á arrepentirte de lo que has hecho, Samuel.

—No, Dick, puesto que hemos podido sustraer á un desgraciado de una muerte horrible. Pero las cien libras de agua que hemos echado nos serian muy útiles, pues tendríamos doce ó trece dias de marcha asegurada, suficiente sin duda para atravesar el desierto.

—¿No estamos por lo menos á la mitad del viaje? preguntó Joe.

—Como distancia sí; pero no como duracion, si el viento nos abandona, y el viento tiende á cesar completamente.

—Señor, repuso Joe, no nos quejemos; hasta ahora hemos librado perfectamente, y á mí, por mas que me empeñe, me es imposible desesperarme. Hallaremos agua, yo os lo digo.

De milla en milla se deprimía el terreno, y las ondulaciones de las montañas auríferas morian en la llanura, siendo las últimas prominencias de una naturaleza estenuada. Yerbas dispersas reemplazaban los árboles del Este; algunas fajas de una verdura alterada, luchaban contra la invasión de las arenas, y enormes rocas caídas de las lejanas cumbres, haciéndose pedazos al caer, se desparramaban en agudos gujarros, que se hicieron luego arena gruesa y mas adelante impalpable polvo.

—Hé aquí el Africa, tal como tú te la representabas, Joe; tenia razon cuando te decia: ¡Aguarda!

—¿Y qué, señor, replicó Joe; esto al menos es lo natural! calor y arena absurdo sería buscar otra cosa en un pais semejante. Yo, añadió riendo, no tenia confianza en vuestros bosques y praderas, que me parecieron siempre un contrasentido. No valia la pena de venir tan lejos para encontrar la campiña de Inglaterra. Ahora es la primera vez que me creen en Africa, y no siento conocerla de cerca.

Al anochechar el doctor comprobó que el *Victoria* durante aquel dia bochornoso, no habia ganado 20 millas. Una oscuridad tibia le envolvió luego que hubo el sol desaparecido detrás de un horizonte trazado con la limpieza de una línea recta.

El dia siguiente, 4.º de mayo, era jueves; pero los dias se sucedian con una monotonía que desesperaba; cada mañana era igual á la que la habia precedido; la hora del medio dia lanzaba siempre con igual profusion los mismos rayos inagotables, y la noche condensaba en su sombra el calor disperso que el dia siguiente debia legar á la siguiente noche. El viento, apenas sensible, mas parecia una aspiracion que un soplo, y se podia presentir el instante en que hasta aquel aliento cesaría.

El doctor lograba reaccionarse contra la tristeza de aquella situación, y conservaba la calma y sangre fria de un corazon aguerrido. Con un antejo en la mano, interrogaba todos los puntos del horizonte; veia decrecer incessantemente las últimas colinas y borrarse la última vegetacion, y delante de él se extendia toda la inmensidad del desierto.

La responsabilidad que sobre él pesaba le afectaba mucho, aunque sabia disimularlo. Aquellos dos nombres, Dick y Joe, amigos los dos, habian sido arrastrados por él, casi por la fuerza de la amistad ó del deber. ¿Habia obrado bien? ¿No habia entrado en vias prohibidas? ¿No intentaba en aquel viaje traspasar los límites de lo imposible? ¿No habia Dios reservado á siglos muy posteriores el conocimiento de aquel continente ingrato?

Todos estos pensamientos, como en las horas de desaliento sucede, se multiplicaron en su cabeza, y por una irresistible asociacion de ideas, le llevaban mas allá de la lógica y del raciocinio. Despues de haberse dado cuenta de lo que debió haber hecho, se preguntaba lo que haria entonces. ¿Seria imposible regresar á su país? ¿No habia corrientes superiores que le llevarian á comarcas menos áridas? Conociendo el pais que habia pasado, ignoraba el que habia de pasar, por lo que su conciencia le hizo tomar la resolucion de explicarse francamente con sus compañeros, esponiéndoles la situación, sin tapujos. Les manifestó lo que habia hecho y lo que quedaba aun que hacer, pues en rigor se podia retroceder, ó al menos intentarlo, y deseaba conocer su opinion.

—Yo no tengo otra opinion mas que la de mi amo, respondió Joe. Lo que él sufra puedo mejor que él sufrirlo yo. Yo iré donde él vaya.

—¿Y tú, Kennedy?

—Yo, mi querido Samuel, no soy hombre que me desespero; nadie ignoraba menos que yo los peligros de la empresa, pero no quise cuidarme de ellos para nada desde que ví que tú los arrostrabas. Soy, pues, tuyo en cuerpo y alma. En la actual situación soy de parecer de que debemos perseverar, ir hasta el fin. Además, no me parece que retrocediendo fuesen menores los peligros. Adelante, pues, y cuenta con nosotros.

—¡Gracias, mis dignos amigos! respondió el doctor verdaderamente conmovido. Conocia vuestra adhesion pero tenia necesidad de que vuestras palabras me alentasen. ¡Gracias, gracias!

Y los tres se estrecharon la mano con efusion.

—Oidme, repuso Fergusson. Segun mi estimación, no nos hallamos á mas de 300 millas del golfo de Guinea. El desierto no puede, pues, extenderse indefinidamente, puesto que la costa está habitada y reconocida hasta cierta profundidad tierra adentro. Si necesario es, nos dirigiremos hacia dicha costa, y es imposible que no encontremos algun oasis, algun pozo, donde renovar nuestras provisiones de agua. Pero lo que nos falta es viento, y sin él nos hallamos en medio de los aires, detenidos por una calma chicha.

—Aguardemos con resignacion, dijo el cazador.

Pero todos á la vez interrugaron en vano el espacio durante aquel interminable dia. Nada apareció que pudiese hacer concebir una esperanza. Los últimos movimientos de la tierra desaparecieron al ponerse el sol, cuyos rayos horizontales se prolongaron en largas líneas de fuego sobre aquella inmensa llanura. Era el desierto.

Los viajeros, sin haber salvado una distancia de 15 millas habian consumido, lo mismo que el dia anterior, 435 pies cúbicos de gas para alimentar el soplete, y de ocho partes de agua tuvieron que sacrificarse dos para apagar una sed devoradora.

La noche se pasó tranquila, demasiado tranquila. El doctor no durmió.

CAPITULO III.

UN POCO DE FILOSOFIA.—UNA NUBE EN EL HORIZONTE.—
EN MEDIO DE UNA NIEBLA.—EL GLOBO INESPERADO.—
—LAS SEÑALES.—VISTA EXACTA DEL «VICTORIA».—
LAS PALMERAS.—ESTIGIOS DE UNA CARAVANA.—EL
POZO EN MEDIO DEL DESIERTO.

Al día siguiente, la misma pureza del cielo y la misma inmovilidad de la atmósfera. El *Victoria* se elevó á una altura de 500 pies, pero avanzó muy poco hácia el Oeste.

Nos hallamos en pleno desierto, dijo el doctor. ¡Qué inmensidad de arena! ¡Qué extraño espectáculo! ¡Qué singular disposición de la naturaleza! ¡Por qué en algunas comarcas una vegetación tan exuberante y en estas una aridez tan desconsoladora, hallándose todas bajo la misma latitud y bajo los mismos rayos del sol?

—El por qué, amigo Samuel, me tiene sin cuidado, respondió Kennedy; la razón me preocupa menos que el hecho. Y el hecho es tal cual es, hé aquí lo importante.

—Bueno es filosofar un poco, amigo Dick; con filosofar no se perjudica á nadie.

—Filosofemos, no hay inconveniente. Tiempo tenemos para ello, pues apenas nos movemos. El viento tiene miedo de soplar, está dormido.

—No durará la calma, dijo Joe, pues ya me parece distinguir algunos nubarrones hácia el Este.

—Joe tiene razón, respondió el doctor.

—Pues vengan nubarrones, dijo Kennedy; ¿qué más quisiéramos que una buena lluvia y un buen viento que nos azotasen la cara?

—Allá veremos, Dick, allá veremos.

—Sin embargo, hoy es viernes, mi amo, y yo desconfío de los viernes.

—Pues yo espero ver hoy mismo disipadas tus prevenciones.

—Ojalá, señor! ¡Uf! añadió enjugándose la cara, bueno será el calor en invierno, pero ahora maldita la falta que me hace.

—No crees que este sol abrasador puede echar á perder el globo? preguntó Kennedy al doctor.

—No; la goma de que está tapizado el tafetan resiste temperaturas mucho más elevadas. La temperatura á que le ha sometido anteriormente por medio de la serpiente, han sido algunas veces de 158° (4), y el envoltorio no se ha resentido en lo más mínimo.

—Una nube! una nube de veras! exclamó en aquel momento Joe, cuya vista perspicaz desafiaba todos los anteojos.

En efecto, una faja espesa y perfectamente distinta se elevaba lentamente encima del horizonte. Era una nube de un carácter especial, formada al parecer de nubecillas pequeñas que conservaban invariablemente su forma primitiva de lo que el doctor dedujo que no había en su aglomeración ninguna corriente de aire.

Aquella mole compacta había aparecido á cosa de las ocho de la mañana, y á las once alcanzaba el disco del sol, que desapareció enteramente detrás de ella como detrás de una tupida cortina. En aquel mismo momento, la faja inferior de la nave abandonaba la línea del horizonte que brillaba con una luz copiosa.

—No es más que una nube aislada, dijo el doctor, y no podemos contar mucho con ella. Mira, Dick, sigue teniendo exactamente la misma forma que ostentaba esta mañana.

—En efecto, Samuel, no hay lluvia ni viento, al menos para nosotros.

—Mucho lo temo, pues se mantiene á una grande altura.

—¿Y si fuésemos, Samuel, á buscar la nube, ya que no quiere descargar sobre nosotros?

—No creo que nos sirviese de mucho, respondió el doctor; sería un consumo más considerable de gas, y por consiguiente de agua. Pero en nuestra situación, debemos intentarlo todo, vamos á subir.

El doctor puso toda la llama del soplete en los espirales de la serpiente. Se desenvolvió un calor violento, y el globo se elevó bajo la acción de su hidrógeno dilatado.

A unos 1.500 pies de la tierra, encontró la opaca nube, y entró en una espesa niebla, conservándose á esta altura; pero no halló ni una bocanada de aire; la niebla parecía destituida de toda humedad, y apenas se humedecieron los objetos espuestos á su contacto. El *Victoria*, envuelto en aquel vapor, marchó con un poco menos de pereza, pero fue cosa insignificante. El doctor comparaba con tristeza el pequeño resultado obtenido por su maniobra, cuando oyó á Joe exclamar con el acento de la mayor sorpresa:

—¡Hemos hecho buen negocio!

—¿Qué sucede, Joe?

—¡Señor Samuel! ¡señor Kennedy! ¡qué cosa tan rara!

—¿Qué estas diciendo? Explícate.

—¡No estamos aquí solos! ¡hay intrigantes! ¡Nos han robado nuestra invención!

—¿Estás loco? le pregunto Kennedy.

—Joe representaba la estatua del asombro. No se movió.

—¿Habrá turbado el sol la razón de este pobre muchacho? dijo el doctor volviéndose hácia él.

—¿Quieres decirme?... le preguntó.

—¡Pero no lo veis, señor? dijo Joe indicando un punto en el espacio.

—¡Por San Patrik! exclamó Kennedy á su vez, ¡Esto es increíble! ¡Mira, mira Samuel!

—Lo veo, respondió tranquilamente el doctor.

—¡Otro globo! ¡otros viajeros como nosotros!

En efecto, á 200 pies, un aerostático flotaba en el aire con su barquilla y sus viajeros, y seguía exactamente el mismo rumbo que el *Victoria*.

—Pues bien, dijo el doctor, vamos á hacerle algunas señales. Toma el pabellon, Kennedy, y enseñámole la bandera de Inglaterra.

Parece que los viajeros del segundo aerostático habían concebido simultáneamente la misma idea, pues la misma enseña repetía idénticamente el mismo saludo agitándose de la misma manera.

—¿Qué significa esto? preguntó el cazador.

—¡Son monos, exclamó Joe, que se están burlando de nosotros!

—Eso significa, respondió Fergusson riendo, que eres tú mismo, amigo Dick, quien hace la señal de las dos barquillas, quiere decir que en las dos barquillas estamos nosotros, y que ese globo en resumidas cuentas, es el mismo *Victoria*.

—En cuanto á eso, mi amo, dijo Joe, salvo vuestro respeto, no paso por ello.

—Ponte junto á la borda, Joe, mueve los brazos de un lado á otro, y verás.

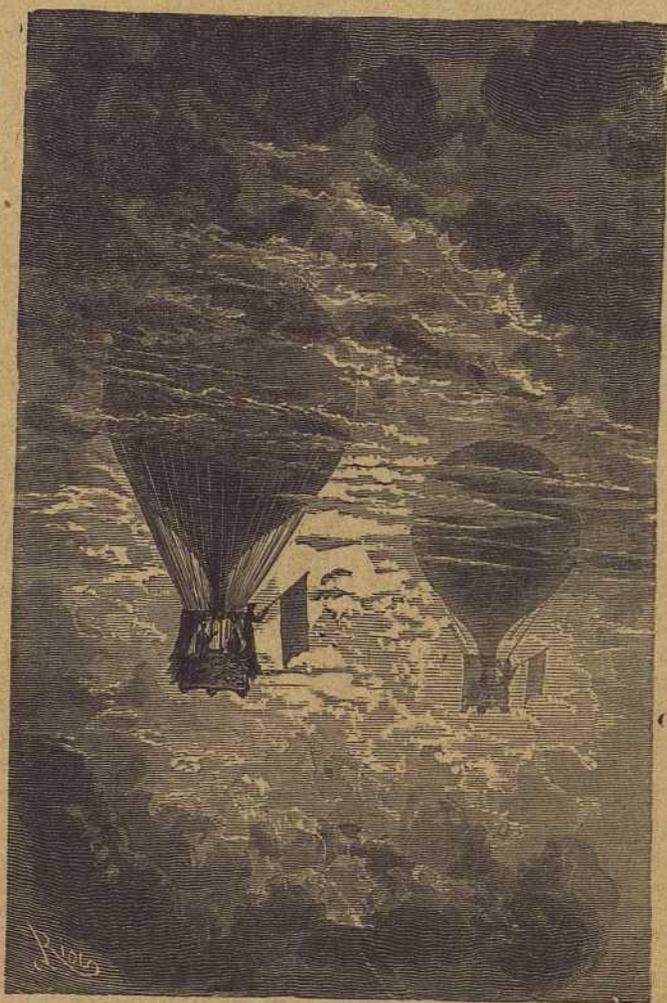
Joe obedeció, y vio instantáneamente reproducidos con toda exactitud sus movimientos.

—Todo es un efecto de espejismo, dijo el doctor, y no otra cosa. Un simple fenómeno de óptica, debido á la rarefacción desigual de las capas de aire, hé aquí todo.

—¡Es maravilloso! replicó Joe, que no podía convencerse y por vía de experimento, multiplicaba sin cesar sus contorsiones.

—¿Qué curioso espectáculo! repuso Kennedy. ¡Da gusto ver nuestro *Victoria*! ¡Sabes que tiene buena facha y se mantiene magestuosamente!

—Explíquese la cosa como se quiera, replicó Joe, es la cosa más singular del mundo.



El globo inesperado.

Pero luego la imagen se desvaneció gradualmente: las nubes se elevaron á mayor altura abandonando el *Victoria*, que no trató de seguirlos, y á cosa de una hora desaparecieron en el cielo.

El viento apenas perceptible, disminuyó mas y mas. El doctor desesperado hizo bajar el globo hasta muy cerca de tierra.

Los viajeros, á quienes aquel accidente habia arrancado á sus preocupaciones, se entregaron de nuevo á sus tristes pensamientos, abrumados por un calor insoportable.

A cosa de las cuatro, Joe indicó un objeto que sobresalía en el inmenso arenal, y pudo afirmar luego que eran dos palmeras que se elevaban á poca distancia.

—¡Palmeras! dijo Fergusson, ¿hay, pues, una fuente, un pozo?

—Tomó un antejo y se convenció de que á Joe no le engañaba la vista.

—¡Por fin agua! ya nos salvamos, porque algo encontramos, al que no mucho, y tarde ó temprano llegaremos.

—¿No podríamos, entre tanto, señor, echar un trago? El aire es sofocante.

—¡Echómasle, muchacho.

Nadie se hizo de rogar. De las tres pintas y media que quedaban, una entera desapareció en un momento.

—¡No hay nada en el mundo como el agua! dijo Joe. ¡Qué cosa tan rica! Con mas gusto la he bebido que la cerveza en Perkins.

—Ahí tienes las ventajas de la privacion, respondió el doctor.

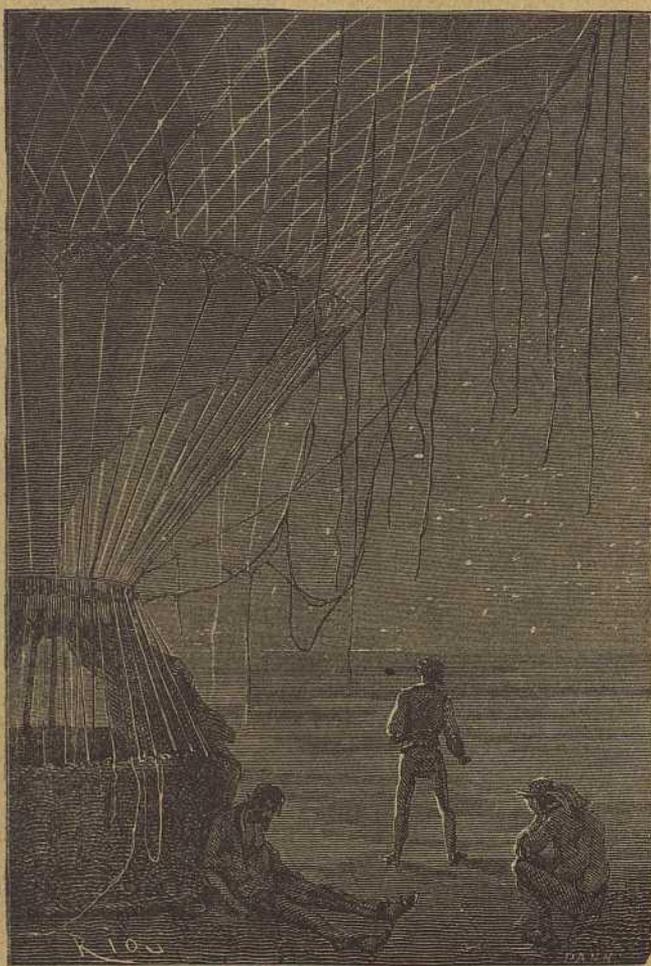
—¡Pobres ventajas! dijo el cazador. Yo de buena gana renunciaria para toda mi vida el placer de beber agua, con tal de que no me faltara nunca cuando la necesito.

A las seis, el *Victoria* se cernia encima de las palmeras.

Eran dos árboles enclenques, enfermizos, casi secos, dos espectros de árboles sin hojas, mas muertos que vivos. Fergusson los contempló con espanto.

Junto á un tronco se distinguian las piedras medio pulverizadas de un pozo, que desmenuzadas por los ardores del sol, se confundian casi con la arena del desierto. No habia apariencia alguna de humedad. Samuel sintió oprimirse el corazon, y participó sus recelos á sus compañeros, cuando las exclamaciones de estos llamaron su atencion.

Hacia el Oeste, á cuanto al anzaba la vista, se es-

El *Victoria* bajó á tierra.

tendía una larga línea de blancas osamentas. Fragmentos de esqueletos rodeaban la seca fuente. Sin duda una caravana había llegado hasta allí, marcando su paso un prolongado osario. Los mas débiles irían cayendo uno tras otro en la arena, y los mas fuertes, despues de llegar á aquella fuente tan apetecida, hallarian junto á ella una muerte horrible.

Los pasajeros se miraron y se pusieron pálidos.

—¡No bajemos, dijo Kennedy, huyamos de tan conmovedor espectáculo! No hallaremos una gota de agua.

Debemos convencernos por nuestros propios ojos, Dick, y lo mismo da pasar aquí la noche que en cualquier otra parte. Escarbemos el pozo hasta el fondo acaso quede aun algo del manantial que hubo en otro tiempo.

El *Victoria* bajó á tierra, Joe y Kennedy pusieron en la barquilla un peso de arena equivalente al suyo y se salieron de ella. Corrieron al pozo, y penetraron en su interior por una escalera que no era mas que polvo. El manantial parecia agotado desde muchos años. Cavaron en una arena seca y desunida, de una aridez superior á la de todas las arenas posibles, y no hallaron indicio alguno de humedad.

El doctor les vió volver á la superficie del desierto

inundados de sudor, quebrantados, cubiertos de polvo, desalentados, desesperados.

Comprendió la infructuosidad de sus investigaciones. Lo presentia, y no dijo una palabra. Comprendia que desde aquel momento debía tener todo el valor y energia que á los otros iba abandonando.

Joe traía en la mano los fragmentos de un odre; que tiró con cólera en medio de los huesos esparcidos por el suelo.

Durante la cena reinó un profundo silencio entre los viajeros, que comían con repugnancia.

Y sin embargo, no habian aun sufrido los verdaderos tormentos de la sed, y solo se desesperaban pensando en la que tendrian aun que arrostrar.

CAPITULO IV

CIENTO TRECE GRADOS.—REFLEXIONES DEL DOCTOR.—PESQUISAS DESESPERADAS.—¡APAGA EL SOPLETE.—CIENTO VEINTIDOS GRADOS.—LA CONTEMPLACION DEL DESIERTO.—UN PASEO DE NOCHE.—SOLEDAD.—DES-FALLECIMIENTO.—PROYECTO DE JOE.—UN DIA DE PLAZO.

El espacio recorrido por el *Victoria* en todo el dia anterior no pasaba de 49 millas, y habia gastado 162

pies cúbicos de gas. El sábado por la mañana el doctor dió órden de marchar.

—El soplete, dijo, no puede ya funcionar mas que seis horas. Si en este tiempo no hemos descubier o un pozo ni un manantial, ¡Dios sabe lo que será de nosotros!

—¡Ni un soplo de aire esta mañana, señor! dijo Joe, pero se levantará tal vez, añadió viendo la mal disimulada tristeza de Fergusson.

¡Vana esperanza! Reinaba una calma chicha, una de esas calmas que en los mares tropicales sujetan obstinadamente á los buques de vela, el calor se hizo intolerable, y el termómetro á la sombra, bajo la tienda marcó 143° (1).

Joe y Kennedy tendidos al lado uno de otro, buccan an, ya que no en el sueño, en la morala el olvido de la situacion. Una inactividad forzada les condenaba á penosos ócios. El hombre es mas digno de lástima cuando por medio de un trabajo ú ocupacion material no puede arrancarse á su pensamiento. Los viajeros nada tenian que vigilar, ni nada tampoco que intentar, teniendo que arrostrar la situacion sin poder mejorarla.

Los tormentos de la sed empezaron á hacerse sentir cruelmente. El aguardiente, lejos de apaciguar aquella necesidad imperiosa, la aumentaba mas y mas, y se hacia muy acreedor al nombre de «leche de los tigres» que le dan los naturales de Africa. Quedaban apenas dos pintas de un liquido tibio, y todos fijaban sus miradas en aquellas gotas preciosas, sin que nadie se atreviese á mojar con ellas sus labios. ¡Dos pintas de agua en medio de un desierto!

Entonces el doctor Fergusson, abismado en sus reflexiones, se preguntó si habia obrado con prudencia, sino hubiera valido mas economizar para beber aquella agua que habia descompuesto y perdido para mantenerse en la atmósfera. Algun camino habia adelantado sin duda, ¡pero habia ganado algo en ello? Aunque se encontrase 60 millas mas atrás bajo aquella latitud, ¿qué podia importarle puesto que carecia de agua en aquel sitio? Si se levantase al fin algun viento, soplaría, viniendo del Este, del mismo modo y con menos fuerza aun en el punto á que se dirigian que en el que habian ya pasado. ¡Pero la esperanza empujaba á Samuel hácia adelante! ¡Y sin embargo, los dos galones de agua consumidos inútilmente hubieran bastado para hacer en el desierto un alto de nueve dias! ¡Tal vez, al mismo tiempo que conservase el agua, debió subir echando lastre, aunque luego para volver á bajar tuviese que perder gas en abundancia! ¡Pero el gas de su globo era su sangre, era su vida!

Estas mil reflexiones se cruzaban en su cabeza que apoyaba en sus manos durante horas enteras sin levantarla.

—¡Preciso es hacer un último esfuerzo! dijo á cosa de las diez de la mañana. ¡Preciso es intentar por última vez descubrir una corriente atmosférica que nos lleve! ¡Preciso es arriesgar nuestros últimos recursos!

Y mientras sus compañeros dormitaban llevó á una elevada temperatura el hidrógeno aerostático, el cual se redondeó con la dilatacion del gas, y subió siguiendo en línea recta los rayos perpendiculares del sol.

En vano buscó el doctor un soplo de aire desde los 106 pies hasta las 5,000; su punto de partida permanecio tenazmente debajo de la barquilla, y una calma absoluta parecia reinar hasta en los últimos límites de la atmósfera.

Agotóse por fin el agua de alimentacion, por falta de gas se apagó el soplete; dejó de funcionar la pila de Buntzen, y el *Victoria*, contrayéndose, bajó nue-

vamente á la arena para detenerse en el mismo hoyo que habia abierto en la barquilla.

Era medio dia; la estima dió 19° 35' de longitud y 6° 51' de latitud, á cerca de 500 millas del lago Tchad y á mas de 400 de las costas occidentales de Africa. Al tomar tierra el globo, Dick y Joe salieron de su pesada modorra.

—Nos detenemos, dijo el escocés.

Por fuerza, respondió Samuel con voz grave.

Sus compañeros le comprendieron. El nivel de la tierra, á consecuencia de su constante depresion, se hallaba entonces al nivel del mar, por lo que el globo se mantuvo en un equilibrio perfecto y una inmovilidad absoluta.

El peso de los viajeros fue reemplazado por una carga equivalente de arena, y echaron pie á tierra, se absorbieron en sus pensamientos, y durante algunas horas no desplegaron los labios. Joe preparó la cena compuesta de galleta y pemmican, que nadie probó casi, y un sorbo de agua caliente completó tan triste cena.

Durante la noche, nadie veló, pero tampoco nadie durmió. El calor ahogaba. Al dia siguiente no quedaba mas que media pinta de agua que el doctor puso aparte, y todos resolvieron no recurrir á ella sino en el último extremo.

—¡Me alegro! exclamó luego Joe; ¡el calor va en aumento! No es extraño, dijo despues de haber consultado el termómetro; ¡ciento cuarenta grados! (1).

—La arena, respondió el cazador, abrasa como si saliese de un horno. ¡Y ni una nube en este cielo de fuego! ¡Hay para volverse loco!

—No nos desesperemos, dijo el doctor; á estos grandes calores suceden inevitablemente bajo esta latitud tempestades que llegan con la rapidez del rayo. A pesar de la angustiosa serenidad del cielo, pueden producirse en él en menos de una hora grandes alteraciones.

—¡Pero algun indicio habria! repuso Kennedy.

—¡Pues bien! dijo el doctor, me parece que el barómetro tiene una ligera tendencia á bajar.

—¡El cielo te oiga, Samuel! Aquí estamos sin poderlos mover, como un pájaro á quien han rote las alas.

—Con una diferencia, sin embargo, amigo Dick, pues nuestras alas están intactas, aun espero que nos sirvamos de ellas.

—¡Viento! ¡viento! exclamó Joe. ¡Viento con que trasladarnos á un arroyo, á un pozo, y no nos faltará nada. Tenemos viveres suficientes, y con agua aguardaríamos un mes sin sufrir. ¡Pero la sed es una cosa horrible!

La sed, pero tambien la contemplanacion incesante del desierto fatiga la mente. No habia ni un accidente de terreno, ni un montecillo de arena, ni un guijarro en que descansar la mirada. Aquella llanura descorazonada causaba la desazon que se llama la enfermedad del desierto. La imposibilidad de aquel árido azul del cielo y aquel amarillo inmenso de la arena acaban por intimidar. En aquella atmósfera incendiada, el calor parecia vibrante como encima de una fragua; el corazon se desesperaba ante aquella calma inmensa, y no se entreveia ninguna razon para que cesase aquel estado de cosas, porque la inmensidad es una especie de eternidad.

Así es que los pobres viajeros, privados de agua bajo aquella temperatura tórrida, empezaron á experimentar síntomas de alucinamiento, y sus ojos se agrandaban y su mirada se volvía turbia.

Llegada la noche, el doctor resolvió combatir por medio de un paseo rápido aquella disposicion alarmante. Quiso recorrer aquella llanura de arena durante algunas horas, no para buscar sino para andar.

—Seguidme, dijo a sus compañeros: creedme, el paseo nos hará bien.

—Imposible, respondió Kennedy, yo no podría dar un paso.

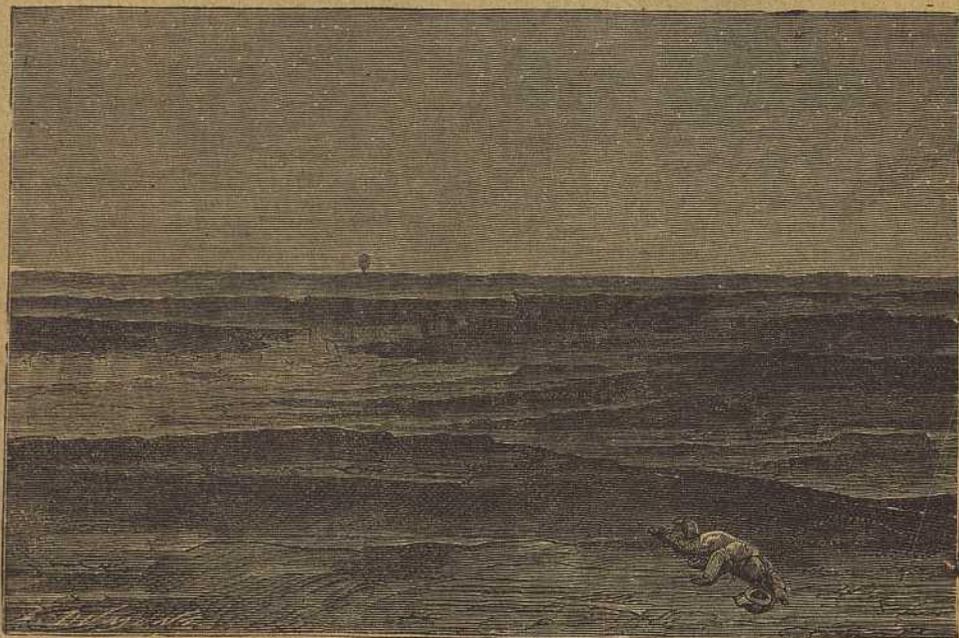
—Yo prefiero dormir, dijo J. e.

—Pero amigo; el sueño ó el reposo os serán funestos. Reacionaos contra vuestro abatimiento. Vamos, seguidme.

Nada de ellos pudo obtener el doctor, y partió solo en medio de la estrellada transparencia de la noche. Sus primeros pasos fueron penosos, fueron los pasos de un hombre debilitado y que ha perdido la costumbre de andar; pero pronto reconoció que aquel ejercicio le seria saludable; avanzó algunas millas

nació el Oeste, y su ánimo cobraba algun aliento, cuando de repente se sintió acometido de un vértigo: se creyó inclinado sobre un abismo, sintió que se le doblaban las rodillas; aquella inmensa soledad le amilanó; era el punto matemático, el centro de una circunferencia infinita, es decir, ¡nada! El *Victoria* desaparecia enteramente en la sombra. ¡El doctor, el impasible, el audaz viajero, espermentó súbitamente un miedo insuperable! Quiso retroceder, pero en vano. ¡Gritó! Y no le contestó ningun eco, y su voz cayó en el espacio como una piedra en un abismo sin fondo. Se echó á la tierra desfallecido, solo, en medio de los grandes silencios del desierto.

A media noche volvió en sí entre los brazos de su



El doctor desfallecido sobre la arena

fue Joe, el cual, lleno de zozobra, no viendo volver á su amo, fue siguiendo sus huellas perfectamente impresas en la llanura, y le encontró desvanecido.

—¿Qué habeis tenido, señor? preguntó.

—Nada, buen Joe; un momento de debilidad, no mas ni menos.

—En efecto, señor, no será nada; pero levantaos, apoyaos en mí, y volvamos al *Victoria*.

El doctor, del brazo de Joe, volvió á tomar el camino que habia seguido.

—Es imprudencia, señor, aventuraros como habeis hecho. Os podian haber robado, añadió riendo. Ahora, señor, hablemos con seriedad.

—Habla.

—Es absolutamente indispensable tomar un partido. Nuestra situacion no puede prolongarse mas allá de muy pocos dias, y si no llega viento estamos perdidos.

El doctor no respondió.

—Necesario es que alguno se sacrifique á la salvacion comun, y es muy natural que sea yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál es tu proyecto?

—Un proyecto muy sencillo: tomar provisiones, y cruzar siempre hasta que llegue á una parte ú otra,

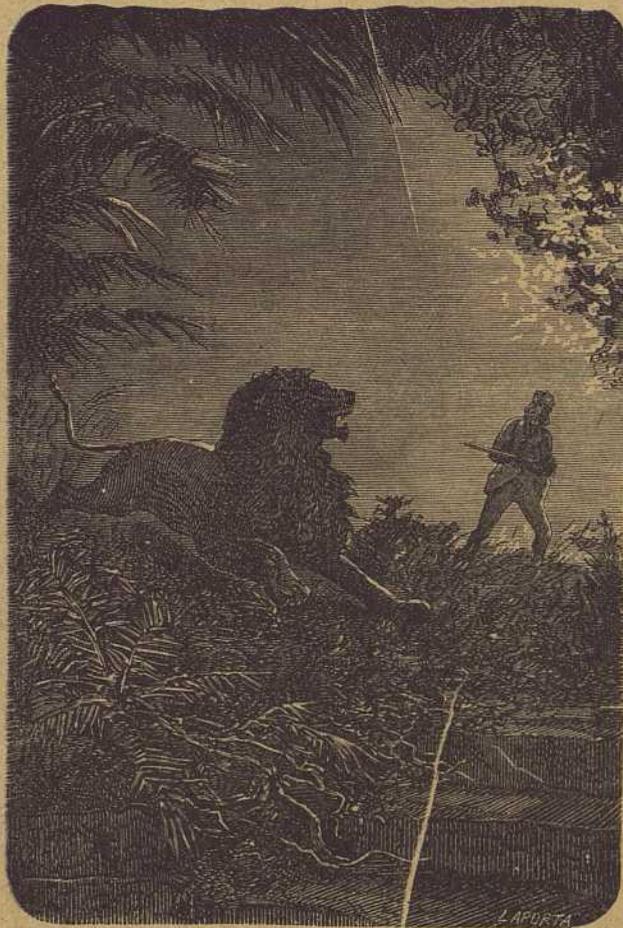
lo que no puede faltar. Durante este tiempo, si el cielo os envia un viento favorable, no me aguardéis, y partid. Yo, si llego á una aldea, saldré del paso con unas cuantas palabras árabes que me dareis vos antes por escrito, y os proporcionaré auxilios, ó en la empresa dejaré mi pellejo. ¿Qué decís de mi plan?

—Que es insensato, pero digno de tu gran corazon, Joe. No quiero que te separes de nosotros, es imposible.

—Pero señor, algo se ha de hacer, y lo que propongo no os perjudica en lo mas mínimo, puesto que como he dicho, no tendreis que aguardarme, y en rigor, ¿no puedo salir bien de mi empeño?

—¡No, Joe! ¡no! ¡no nos separemos! La separacion seria un nuevo dolor, añadió, á los que nos afligen. Estaba escrito que habiamos de pasar lo que estamos pasando, y escrito tambien está probablemente que nuestra situacion mejore mas adelante. Aguardemos, pues, con resignacion.

—Sea, señor, pero os prevengo que os doy un dia para pensarlo, y no aguardaré ya mas. Hoy es domingo, ó por mejor decir, lunes, pues es ya la una de la mañana. Si el martes no partimos, yo probaré fortuna. Mi proyecto está irrevocablemente decidido.



Resumbó un rugido.

—El doctor no respondió; llegó á la barquilla, y se colocó en ella al lado de Kennedy. Este estaba sumido en un silencio absoluto, que no debía ser sueño.

CAPITULO V.

CALOR ESPANTOSO.—ALUCINAMIENTO.—LAS ÚLTIMAS GOTAS DE AGUA.—NOCHE DE DESESPERACION.—TENTATIVA DE SUICIDIO.—EL SIMOUN.—EL OASIS.—LEON Y LEONA.

Al día siguiente el primer cuidado del doctor fue consultar el barómetro. La columna del mercurio había experimentado un descenso apenas apreciable.

—¡Nada! dijo para sí. ¡nada!

Salió de la barquilla para examinar el tiempo: el mismo calor, la misma pureza del cielo, la misma impasibilidad.

—¡Es, pues, preciso desesperar? exclamó.

Joe, absorbido en su pensamiento, en su proyecto de exploracion, no despegaba los labios.

Kennedy se levantó muy enfermo y presa de una obrescitacion alarmante. Le acosaba la sed de una

manera horrible, su lengua y sus labios entumecidos podían difícilmente articular un sonido.

Quedaban aun algunas gotas de agua. Todos sabían que había aquellas gotas, todos pensaban en ellas y hubieran por ellas dado todos los días de su vida, y á ellas no se acercaba nadie.

Aquellos tres compañeros, aquellos tres amigos, se miraban con ojos estraviados, con un sentimiento de avidez bestia, que se pintaba principalmente en el semblante de Kennedy, cuya poderosa organizacion sucumbía mas pronto á aquellas intolerables privaciones. Durante todo el día estuvo delirante; iba y venía lanzando gritos roncós, mordiéndose los puños, dispuesto á abrirse las venas para apagar su sed con su propia sangre.

—¡Ah! exclamó, ¡pais de la sed! ¡Mejor deberías llamarte pais de la de-esperacion!

Cayó luego profundamente postrado, y no se oyó mas que el silbido de su respiracion entre sus labios abrasados.

Al anochecer, Joe fue á su vez acometido de un principio de locura. Aquella interminable sábana de arena le parecía un inmenso estanque de limpias y cristalinas aguas, y mas de una vez se puso de bru-



La fiesta en el oasis.

ces en la inflamada arena para beber, y se levantó con la boca llena de polvo.

—¡Maldición! dijo con cólera, ¿es agua salada!

Entonces, mientras Fergusson y Kennedy permanecían tendidos sin movimiento, se apoderó de él el invencible pensamiento de apurar las pocas gotas de agua que había reservadas. Este pensamiento fue más fuerte que él; se dirigió arrastrándose á la barquilla, contempló con salientes ojos la botella en que había el agua, la cogió y la llevó á sus labios.

En aquel momento, estas palabras, «¡A beber! ¡a beber!» fueron pronunciadas con un acento que desgarraba el alma.

Era el acento de Kennedy, que se arrastraba junto á él; el desgraciado daba compasión, pedía de rodillas, lloraba.

Joe, llorando también, le presentó la botella, y Kennedy apuró el agua que contenía hasta la última gota.

—Gracias, dijo.

Pero Joe no le oyó, y lo mismo que él, volvió á caer sobre la arena.

Se ignora lo que pasó durante aquella espantosa

noche. Pero el martes por la mañana, bajo los cenizos de fuego que derramaba el sol, los desgraciados sintieron poco á poco secarse sus miembros. Cuando Joe quiso levantarse, no le fue posible, y no pudo poner en ejecución su proyecto.

Volvió los ojos en torno suyo. En la barquilla, el doctor, abrumado, con los brazos cruzados, miraba en el espacio un punto imaginario con una fijeza de idiota. Kennedy estaba espantoso; meneaba la cabeza de derecha á izquierda como una fiera enjaulada.

De repente las miradas del cazador se dirigieron á su carabina, cuya culata sobresalía del borde de la barquilla.

—¡Ah! exclamó levantándose con un esfuerzo sobrehumano.

Y se precipitó hácia el arma, extraviado, loco, y se puso el cañon en la boca.

—¡Señor! ¡señor! exclamó Joe arrojándose á él.

—¡Déjame! ¡quitate! dijo el escocés con voz estertórea.

Los dos lucharon con encarnizamiento.

—¡Quitate, ó te mato, replicó Kennedy.

Pero Joe se asía á él con fuerza; y así combatieron durante más de un minuto, sin que el doctor pare-

no reparar en nada; pero durante la lucha salió un tiro de la carabina, y al ruido de la detonacion el doctor se levantó como un espectro y miró en torno suyo.

Pero de pronto su mirada se anima, su mano se estiende hácia el horizonte, y con una voz que nada tiene de humano, esclama:

—¡Allí! ¡Allí! ¡allá abajo!

Habia una energía tal en su gesto, que Joe y Kennedy se separaron y miraron.

La llanura se agitaba como un mar encrespado por la tempestad; olas de arena se estrellaban unas contra otras en medio de un polvo intenso; una inmensa columna venia de Sudeste arremolinándose con una rapidez suma; el sol desaparecia detrás de una nube opaca cuya sombra desmedida se prolongaba hácia el *Victoria*; los granos de arena fina se deslizaban con la facilidad de las moléculas líquidas, y aquella marea subió poco á poco.

Una mirada enérgica de esperanza brilló en los ojos de Fergusson.

—¡El simoun! exclamó.

—¡El simoun! repitió Joe, sin comprender muy claramente lo que el doctor queria decir.

—¡Tanto mejor! exclamó Kennedy con una rabia desesperada. ¡Tanto mejor, vamos á morir!

—¡Tanto mejor! replicó el doctor, ¡vamos á vivir! Y empezó á echar rápidamente la arena que servia de lastre á la barquilla.

Sus compañeros le comprendieron al fin, se acercaron á él, y se sentaron á su lado.

—¡Y ahora, Joe, dijo el doctor, echa fuera unas cincuenta libras de tu mineral!

Joe no vaciló, y sin embargo, no dejó de experimentar cierta repugnancia rápida. El globo se elevó.

—Ya era tiempo, exclamó el doctor.

El simoun llegaba en efecto con la rapidez del rayo. A poco mas, el *Victoria* quedaba aplastado, despedazado, anonadado. El inmenso torbellino, esvno próximo á alcanzarle, y lo pudo sepultar bajo una lluvia de arena.

—¡Mas lastre fuera! gritó el doctor á Joe.

—¡Fuera está! respondió este último arrojando un enorme fragmento de cuarzo.

El *Victoria* subió rápidamente encima del torbellino, pero envuelto en la inmensa agitacion del aire fue arrastrado con una velocidad incalculable encima de aquel mar espumoso.

Samuel, Dick y Joe no hablaban. Miraban, esperaban, oreados agradablemente por el viento del torbellino.

A las tres cesaba la tormenta; la arena, volviendo á caer, formaba un número inmenso de montecillos, y el cielo recobraba su tranquilidad primera.

El *Victoria*, que se quedó inmóvil, se cernia á la ista de un oasis, de una isla cubierta de árboles verdes que sobresalia de la superficie de aquel Océano.

—¡Allí! ¡allí está el agua! exclamó el doctor.

En seguida abriendo la válvula superior, dejó escapar el hidrógeno, y bajó lentamente á 200 pasos del oasis.

Los viajeros habian salvado en cuatro horas un espacio de 240 millas (1).

La barquilla quedó al momento equilibrada, y Kennedy, seguido de Joe, saltó á tierra.

—¡Vuestros fusiles! exclamó el doctor; ¡vuestros fusiles, y sed prudentes!

Dick cogió su carabina, y Joe una de las escopetas. Avanzaron rápidamente hasta los árboles y penetraron bajo aquella fresca verdura que les anunciaba manantiales abundantes, sin hacer caso de algunas anchas pisadas, de algunas huellas frescas marcadas á trechos en la tierra húmeda.

De repente, á 20 pasos de distancia, retumbó un rugido.

—¡El rugido de un leon! dijo Joe.

—¡Tanto mejor! replicó el cazador exasperado, ¡nos batiremos! Uno es fuerte cuando no se trata mas que de batirse.

—¡Prudencia, señor Dick, prudencia! de la vida del uno depende la de todos.

Pero Kennedy no le oia. Avanzaba, con los ojos echando llamas, con la carabina amartillada, terrible en su audacia. Debajo de una palmera, un enorme leon de negra melena guardaba una actitud de ataque. Apenas distinguió al cazador, dió un salto hácia él; pero no habia aun llegado á tierra cuando una bala le atravesó el corazon: cayó muerto.

—¡Hurra! ¡hurra! exclamó Joe.

Kennedy se precipitó hácia el pozo, se deslizó por los húmedos peldaños, y se colocó delante de un fresco manantial, en que sumergió sus labios ávidamente. Joe le imitó, y no se oyó mas que la especie de castañeteo que producen con la lengua los animales que están bebiendo.

—Cuidado, señor Dick, dijo Joe respirando: ¡No abusemos!

Pero Dick, sin responder, seguia bebiendo: Sumergió la cabeza y las manos en aquella agua bienhechora. Se embriagaba.

—¡Y el señor Fergusson? dijo Joe.

El nombre del doctor hizo volver en sí á Kennedy el cual entonces llenó una botella que llevaba á prevención y subió los peldaños del pozo.

—¡Pero cuál no seria su asombro al encontrarse cerrada por un enorme cuerpo opaco la salida de la gruta? Retrocedió, y lo mismo hizo Joe que lo seguia.

—¡Estamos encerrados!

—¡Quién nos ha de haber encerrado? ¡Esto es imposible!

Antes de concluir la frase, un rugido terrible le dió á entender con qué nuevo enemigo tenia que hárselas.

—¡Otro leon! exclamó Joe.

—¡No, una leona! ¡Ahl! ¡maldito animal! aguarda, dijo el cazador volviendo á cargar su carabina.

Un instante despues hizo fuego, y el animal desapareció.

—¡Adelante! exclamó Kennedy.

—No, señor Dick. no. La leona está viva; si la hubiéseis muerto, su cuerpo hubiera rodado hasta aquí. ¡Está en acecho, para saltar sobre el primero que vea aparecer, y éste está perdido!

—¡Qué hacer pues? ¡Es preciso salir! ¡Samuel nos está esperando!

—¡Atraguemos al animal; coged mi escopeta, y dadme vuestra carabina.

—¡Cuál es tu proyecto?

—¡Vais á verlo.

Joe se quitó la blusa que llevaba, y poniéndola en la punta del cañon, la presentó como cebo á la leona que estaba encima de la abertura. La fiera se arrojó con furor contra aquel objeto, y Kennedy, que la aguardaba muy preparado, la despaldilló de un balazo. Dió la leona un espantoso rugido, y cayó rodando la escalera. Al caer derribó á Joe. Este creia ya sentir en su cuerpo las enormes garras del animal cuando se oyó un segundo tiro, y apareció el doctor Fergusson llevando en la mano el fusil que humeaba todavia.

Joe se levantó con ligereza, saltó por encima de la leona ya rematada y entregó á su amo la botella llena de agua.

Cogerla y vaciarla casi enteramente fue todo para Fergusson una misma cosa, y los tres viajeros desde el fondo de su corazon dieron gracias á la Prudencia que tan milagrosamente les habia salvado.

CAPITULO VI.

NOCHE DELICIOSA.—LA COCINA DE JOE.—DISERTACION SOBRE LA CARNE CRUDA.—HISTORIA DE JAMES BRUCE.—LOS SUEÑOS DE JOE.—EL BARÓMETRO BAJA.—EL BARÓMETRO SUBE.—PREPARATIVOS DE MARCHA.—EL HURACAN.

La noche fue encantadora y se pasó bajo las frescas sombras de las mimosas, despues de una confortativa cena, en que no se economizaron el té y el grog.

Kennedy habia recorrido aquel pequeño dominio en todas direcciones, sin que dejase por registrar matollar alguno. Los viajeros eran los únicos áeres animados de aquel paraíso terrenal; se echaron sobre sus mantas, y pasaron una noche pacífica que les hizo olvidar sus pasados dolores.

Al día siguiente, 7 de mayo, brillaba el sol con todo su esplendor, pero sus rayos no podían atravesar la densa cortina de sombra. Como habia abundancia de víveres, el doctor resolvió aguardar en aquel punto un viento favorable.

Allí habia trasladado Joe su cocina portátil, y se entregaba á una multitud de combinaciones culinarias, gastando el agua con una prodigalidad desconocida.

—¡Qué extraña sucesion de penas y placeres! exclamó Kennedy. ¡Tanta abundancia despues de tanta privacion! ¡Tanto lujo despues de tanta miseria! ¡Allí cuán cerca estuve de volverme loco!

—Amigo Dick, le dijo el doctor á no ser por Joe, no estarías ahora en actitud de disertar sobre la instabilidad de las cosas humanas.

—¡Buen amigo! exclamó Dick tendiendo la mano á Joe.

—Nada teneis que agradecerme, respondió éste. Si el caso llega, señor Dick, vos hareis conmigo otro tanto, aunque prefiero que no se os presente ocasion de desquitaros.

—¡Cuán pobre es nuestra naturaleza! repuso Ferguson. ¡Dejarse abatir por tan poca cosa!

—¡Por un poco de agua, señor! ¡Fuerza es que sea el agua un elemento bien necesario á la vida!

—Sin duda, Joe, y los que están privados de comer, resisten mucho mas tiempo que los que están privados de beber.

—Yo lo creo. Además, en caso necesario se come lo que se encuentra, aunque sea « un semejante, lo que sin embargo constituye una comida que debe dejar no sé qué en el corazón.

—Es una comida, sin embargo, dijo Kennedy, á que no hacen los salvajes ningun asco.

—Sí, pero los salvajes son salvajes, y están acostumbrados á comer carne cruda. Hé aquí una costumbre que me repugnaria.

—Tan repugnante es, en efecto, repuso el doctor, que nadie dió crédito á las relaciones de los primeros viajeros de Africa, los cuales refirieron que muchas tribus se alimentan de carne cruda. La generacion negó el hecho, lo que dió origen á una singular aventura de James Bruce.

—Contádnosla, señor, ya que tenemos tiempo para escucharos, dijo Joe repantigándose voluptuosamente sobre la fresca yerba.

—Con mucho gusto. James Bruce era un escocés del condado de Stirling, el cual desde 1768 hasta 1772 recorrió toda la Abisinia hasta el lago de Tzana en busca de las fuentes del Nilo. Regresó despues á Inglaterra, donde no publicó sus viajes hasta 1790. Sus narraciones fueron acogidas con la mayor incredulidad, como sin duda alguna serán acogidas las nuestras. Las costumbres de los Abisinos parecian tan diferentes de los usos y hábitos

ingleses, que nadie dejó de tomarlas por una fábula. Entre otros pormenores, James Bruce habia dicho que los pueblos del Africa Oriental comen carne cruda. Este hecho hizo que todo el mundo se declarase contra el viajero. ¡Puede decir lo que se le ocurra! ¡nadie ha de irlo á ver! Bruce era un hombre de mucho valor y de un genio de demonio. Las dudas le ponian de un humor de perro. Un día, en un salon de Edimburgo, un escocés, desenvolvió delante de él el tema de las chanzas diarias, y al hablar de la carne cruda declaró que no era cierto ni posible que nadie la comiera. Bruce guardó silencio. Salíó y volvió á los pocos instantes con una magra cruda, polvoreada con sal y pimienta segun la costumbre africana. «Caballero, dijo al escocés, en el «mero hecho de dular de una cosa que yo he asegurado, me habeis inferido una grande ofensa. Creyéndola imposible, habeis incurrido en error, y para «probaroslo, ó vais á comer inmediatamente esta «magra cruda, ó vais á darme satisfaccion de vuestras injurias.» El escocés tuvo miedo, y obedeci haciendo mil gestos. Entonces, con la mayor sanxofria, James Bruce añadió: «Aun admitiendo caba le «ro, que la cosa no sea cierta, no sostendreis en lo «sucesivo que sea imposible.»

—Bien contestado, dijo Joe. Si el escocés cogió una indigestion, bien merecida la tuvo. Y si al regresar á Inglaterra, hay quien ponga nuestro viaje en duda...

—¿Qué harás, Joe?

—¡Haré comer á los incrédulos los restos del Victoria, sin sal y sin pimienta!

Y Kennedy y el doctor se rieron de los expedientes de Joe. Así pasó el día en agradables conversaciones. Con la fuerza volvia la esperanza, y con la esperanza la audacia. El pasado se borraba delante del porvenir con una rapidez providencial.

Joe no hubiera querido salir nunca de aquel sitio encantador, que era el reino de sus sueños. Estaba en él como en su casa. Se empenó en que su a no es habia de dar la situacion exacta del oasis, y con mucha gravedad escribió entre sus apuntes de viaje: 15° 43' de longitud y 8° 32' de latitud.

Kennedy no sentia mas que una cosa, no poder cazar en aquel bosque en miniatura, por no haber, segun él decia, abundancia de fieras.

—Sin embargo, amigo Dick, repuso el doctor, eres demasiado olvidadizo. ¿Y el leon y la leona?

—¡Y qué! dijo con el desden que inspira al verdadero cazador la caza ya muerta. Pero el echo es que su presencia en este oasis nos permite suponer que no estamos muy lejos de comarcas muy fértils.

—No es suficiente prueba, Dick. Semejantes animales, acosados por el hambre ó la sed, salvan con frecuencia distancias considerables. Así es que durante la noche haremos perfectamente en ejercer mas vigilancia y levantar hogueras.

—¡Hogueras con esta temperatura! exclamó Joe. En fin, si es necesario, se levantarán. Pero, digo la verdad, me causará un verdadero sentimiento la destruccion de este hermoso bosque, que tan útil nos ha sido.

—Procuraremos no incendiarlo, respondió el doctor, á fin de que otros puedan hallar en él un refugio en medio del desierto.

—Lo procuraremos, señor: ¡pero se os figura que este oasis es conocido?

—Sin duda: Es un lugar de alto para las caravanas que frecuentan el centro de Africa, y su vista podria no gustarle, Joe.

—¿Habrá tambien aqui de esos horribles Nyam-Nyam?

—Tal creo. Este es el nombre general de todas estas poblaciones, y bajo el mismo clima, las mismas razas deben tener costumbres análogas.

—¡Que asco! dijo Joe Pero si bien se mira, la cosa es muy natu. al. Si los salvajes tuviesen los mismos gustos que los civilizados ¿en qué se diferenciarían unos de otros? Hé aquí unos personajes que no se hubieran hecho de rogar para zamparse la sangre del escocés y a' escocés mismo por añadidura.

Después de esta reflexio muy sensata, Joe fué á levantar sus hogueras para la noche, procurando escatimar la leña todo lo posible. Afortunadamente, las precauciones fueron inútiles y sucesivamente fueron cogiendo todos un tranquilo suso.

Al día siguiente, el barómetro no sufrió alteración alguna, y se mantuvo obstinadamente el buen tiempo. El globo permaneció inmóvil, sin que la mas insignificante oscilación revelase el menor soplo de viento.

El doctor empezó de nuevo a inquietarse. Si el viaje tenia que prolongarse, los viveres serian insuficientes. Después de haber estado próximos á sucumbir por falta de agua, ¿se verian reducidos á morir de hambre?

Pero cobró ánimo al ver que el mercurio bajaba muy sensiblemente en el barómetro. Habia señales



El *Victoria* se encorvaba bajo el esfuerzo del huracán.

evidentes de una próxima variación atmosférica. Resolvió, por tanto, hacer sus preparativos de marcha para aprovechar la primera ocasión, y la caja de alimentación y la de agua se llenaron completamente.

Ferguson tuvo que restablecer en seguida el equilibrio del aerostático, y Joe se vió obligado á sacrificar una notable parte de su precioso mineral. Con la salud le volvieron las ideas de ambición, y puso muy mala cara antes de obedecer á su amo; pero este le manifestó que no podia levantar un peso tan considerable, y le dió á escoger entre el agua y el oro. Joe no vaciló, y echó á la arena un considerable número de sus preciosos pedruscos.

—Para los que vengan en pos de nosotros, dijo, no quedarán poco asombrados al hallar la fortuna en este sitio.

—¿Y si algún sábio viajero, preguntó Kennedy, encuentra esos ejemplares?

—No dudes, amigo Dick, que le sorprenderán mucho y publicará su sorpresa en muchos volúmenes. Algun día oiremos hablar de un maravilloso criadero de cuarzo aurífero en medio de las arenas de Africa.

—Y la causa de todo será Joe.

—La idea de engañar tal vez á alguien, ¿sábido consoló al buen criado é hizo sonreirse.

Durante el resto del día el doctor aguardó en vano una variación en la atmósfera. La temperatura subió, y hubiera sido insoportable sin las sombras del día. El termómetro marcó al sol 149° (4). Una verdad

lluvia de fuego atravesaba el aire. Fue el día de mas calor observado hasta entonces.

Joe dispuso las hogueras lo mismo que en la noche anterior, y, durante la guardia del doctor y de Kennedy no sobrevino ningun nuevo incidente.

Pero á cosa de las tres de la mañana, Joe, que era el encargado de la vigilancia, notó que bajaba la temperatura, que el cielo se cubria de nubes y que la oscuridad aumentaba.

—¡Alerta! exclamó despertando á sus compañeros, ¡alerta! se levanta viento.

—¡Es una tempestad! dijo el doctor contemplando el cielo. ¡Al *Victoria*! ¡al *Victoria*!

Tuvieron que darse prisa. El *Victoria* se encorvaba bajo el esfuerzo del huracán, y arrastraba la barquilla que iba surcando la arena. Si por una casualidad hubiera caído una parte del lastre, el globo hubiera partido, y la esperanza de volverle á encontrar se hubiera perdido para siempre.

Pero Joe, corriendo mas que un galgo, detuvo la barquilla, en tanto que el aerostático se echó sobre la arena con peligro de romperse. El doctor ocupó su sitio habitual, encendió el soplete, arrojó el exceso de peso.

Los viajeros miraron por última vez los árboles del oasis que doblaba la tempestad, y luego, cogiendo el viento del Este á 200 pies de elevación, desaparecieron en medio de la noche.

CAPITULO XXIX.

SINTOMAS DE VEGETACION.—IDEA FANTÁSTICA DE UN AUTOR FRANCÉS.—PAÍS MAGNÍFICO.—EL REINO DE ADAMOVA.—LAS ESPERANZAS DE SPEKE Y BURTON ENLAZADAS CON LAS DE BARK.—LOS MONTES ATLANTICA.—EL RIO BENOUE.—LA CIUDAD DE YOLA.—EL BAGELÉ.—EL MONTE MENDIF.

Desde que empezaron á andar, los viajeros avanzaron con una rapidez suma, como si les faltase tiempo para abandonar aquel desierto que tan funesto punto serles.

A cosa de las nueve y cuarto de la mañana, se encontraron algunos sistemas de vegetacion algunas

verdías que notada en aquel mar de arena, anunciándoles, como á Cristóbal Colon, la proximidad de la tierra. Verdes vastagos brotaban tímidamente entre pedruscos que iban á su vez á convertirse en rocas de aquel Océano.

Ondeban en el horizonte colinas aun poco elevadas, cuyo perfil, esfumado por la bruma, se dibujaba vagamente, y desaparecia la monotonia.

El doctor saludaba con entusiasmo aquella nueva comarca, y como un vigia en el topa de un buque, estaba próximo á gritar:

—¡Tierra, tierra!

Una hora despues, el continente se ofrecia á sus ojos con un aspecto aun salvaje, pero menos llano, menos desnudo, y con algunos árboles que se perfilaban en el cielo ceniciento.



—¿Nos hallamos, pues, en país civilizado? dijo el cazador.

—Segun lo que entendais por civilizado, señor Dick, por ahora no veo habitantes.

—Al paso que llevamos, respondió Fergusson, no tardaremos en verlos.

—¿Nos hallamos, aun en tierra de negros, señor Samuel?

—Sí, Joe, mientras no lleguemos al país de los árabes.

—¿Árabes, señor? ¿verdaderos árabes con sus camellos?

—No, sin camellos. Los camellos son raros, por no decir desconocidos, en estas comarcas. Para encontrarlos, es preciso remontarse á algunos grados al Norte.

—Lo siento.

—¿Por qué, Joe?

—Porque si tuviésemos viento contrario, los camellos podrian sernos útiles.

—¿Cómo?

—Es una idea que se me ocurre, señor. Se los podría enganchar á la barquilla y hacerla remolcar por ellos. ¿Qué os parece?

—No eres tú el primero, Joe, á quien se ha ocurrido la misma idea. Ha sido esplotada, aunque es verdad que ha sido en una novela, por un autor (1) fran-

cés muy ingenioso. Algunos viajeros que han subido en globo, se hacen arrastrar por camellos, á quienes devora un leon, y él se coloca en su puesto y arrastrar á su vez, y así sucesivamente. Ya ves que todo eso no es mas que pura fantasia, y nada tiene de comun con nuestro género de locomocion.

Joe, algo humillado al pensar que su idea habia ya servido, se estuvo devanando los sesos para averiguar qué animal pudo devorar al leon, y no encontrándolo, se dedicó á examinar el país.

Bajo sus miradas, se estendia un lago de regular dimension, con un anfiteatro de colinas que no tenían aun el derecho de llamarse montañas. Allí serpenteaban valles numerosos y fecundos é inextricables selvas de árboles los mas variados, siendo el que dominaba el palmito, con sus hojas de 15 pies de longitud y sus tallos erizados de agudas espinas. Los perfumes activos del pendano oloroso, el «Kendá» de los árabes, embalsamaban los aires hasta la zona que atravesaba el Victoria, y el quesero de Buonoporo, que al pasar el viento cargaba sus alas del fino plumon de sus semillas, y el papagayo de hojas palmeadas y el erculio de agujones, que produce la nuez de Furé ó café del Soldan, y el baobal y los bananos completaban aquella lujuriosa flora de las regiones intertropicales.

—El país es soberbio, dijo el doctor.

—¿Ambien tiene animales, dijo Joe. No estaran lejos de haberlos.

(1) M. Wury,



A las tres, el Victoria se hallaba delante del monte Mendif.

—¡Magníficos elefantes! exclamó Kennedy. ¿No habría medio de cazar un poco?

—¿Cómo quieres que nos detengamos, amigo Dick con una corriente tan violenta. Sube no poco al suplicio de Tántalo. Ya te desquitarás mas adelante.

Motivos habia, en efecto, para escitar la imaginación de un cazador, y así es que el corazón de Dick palpitaba con fuerza y sus dedos se crispaban en la garganta de su Purday (1).

La fama de aquel país no vale menos que su fama. El toro salvaje se revoicaba en una yerba espesa bajo la cual desaparecía enteramente. Elefantes de la mayor talla, grises, negros ó amarillos, pasaban como un sifon tempestuoso por los pobados bosques, rompiendo, royendo, saqueando, dejando en pos de sí la huella de su devastación y depredaciones. En la verde vertiente de las colinas, cascadas y arroyos, filtraban sus lípidas aguas; formando espaciosos charcos en que los hipopótamos se bañaban con mucho estrépito, y lamentosas de 12 pies de longitud y de cuerpo pisciforme se exhibían en las orillas, diri-

giendo al cielo sus redondos pechos henchidos de leche.

Aquella comarca era un gabinete zoológico en un maravilloso jardín botánico, en que innumerables pájaros de mil colores brillaban entre las plantas arborescentes.

Por aquella podigalidad de la naturaleza, el doctor reconoció el soberbio reino de Adamova.

—Seguimos las huellas, dijo, de los descubrimientos modernos. He cogido el rastro interrumpido de los viajeros, lo que es, amigos míos, una fatalidad feliz. Vamos á poder enlazar los trabajos de los capitanes Burton y Speke con las exploraciones del doctor Barht. Hemos dejado á los viajeros ingleses para encontrar un hamburgués, y no trataremos en llegar al punto extremo alcanzado por este atrevido sabio.

—Me parece, dice Kennedy, á juzgar por el espacio que hemos recorrido, que entre las dos exploraciones hay una estension de país muy considerable.

—Es cosa fácil de calcular; toma la carta y mira cual es la longitud de la punta meridional del lago Ukerdué, alcanzada por Speke.

(1) Celebró primero inglés á cuyas armas se da su nombre.

—Se encuentra a poca diferencia a los 37°

—Y la ciudad de Yola, cuya situación fijaremos esta noche, á que llegó Bart, ¿a cuántos grados se encuentra?

—A unos 12° de longitud.

—Son, pues, 25° que á 60 millas cada uno, suman 1500 millas (1).

—Un paseito regular, dijo Joe, para andarlo á pie.

—Se dará, sin embargo, este paseo. Livingstone y Moffat suben incesantemente hácia el interior; el Uyasa, que ellos han descubierto, no está muy lejos del lago Tanganayika, reconocido por Burton, y antes que concluya el siglo presente, estas comarcas inmensas serán indudablemente exploradas. Pero, añadió el doctor consultando su brújula, siento que el viento nos eche tan al Oeste, pues yo hubiera querido remontar hácia el Norte.

Después de doce horas de marcha, el *Victoria*, se encontró en los confines de la Nigricia. Los primeros habitantes de aquella tierra; árabes chouas, apacentaban sus rebaños nómades. Las inmensas cumbres de los Montes Atlántica pasaban por encima del horizonte. Sus montañas que hasta ahora no ha pisado ningún pie europeo, y cuya altura se calcula que es de unas 4.000 toesas. Su pendiente occidental determina el curso de todas las aguas de aquella parte del Africa hácia el Océano; son las montañas de la Luna de aquella region.

A la vista de los viajeros apareció en fin, un verdadero rio, y por los inmensos hormigueros que le rodeaban, el doctor reconoció el Benoué, uno de los grandes afluentes del Niger, llamado por los indígenas el «Nacimiento de las aguas.»

—Este rio, dijo el doctor á sus compañeros, será con el tiempo la via natural de comunicacion con el interior de la Nigricia. El vapor la *Pléyade*, al mando de uno de nuestros bravos capitanes, ha subido ya hasta la ciudad de Yola, y delante de él á lo lejos, se levantaban los dos conos agudos del monte Mendif.

El doctor mandó echar las áncoras, que se engancharon en la copa de un árbol elevado. Pero un viento muy recio azotaba al *Victoria* hasta el punto de echarle horizontalmente, y volvía algunas veces la posicion de la barquilla sumamente peligrosa. Fergusson no cerró los ojos en toda la noche, y con frecuencia estuvo á punto de cortar el cable y fluir delante de la tormenta. Por último se calmó la tempestad, y las oscilaciones del aerostático ya nada tuvieron de alarmante.

Al dia siguiente, el viento fue mas moderado, pero alejaba á los viajeros de la ciudad de Yola, la cual, reconstruida por los foulannes, escitaba la curiosidad de Fergusson; pero fue preciso elevarse hácia el Norte y hasta un poco al Este.

Kennedy propuso hacer un alto en aquel pais de caza. Joe pretendia que la necesidad de carne fresca se dejaba sentir; pero las costumbres salvajes de aquel pais, la actitud de la poblacion, algunos tiros dirigidos al *Victoria*, obligaron al doctor á proseguir su viaje. Se atravesaba entoces una comarca, teatro de maniobras y de incendios, en que las escenas belicosas son incesantes, y los sultanes se juegan un reino en medio de la mas atroz carnicería.

Muchas y muy populosas aldeas se extendian entre inmensos prados, cuya yerba espesa estaba sembrada de violetas, y las chozas semejantes á gigantescas colmenas se abrigan detrás de espinosos setos. Kennedy hizo notar muchas veces que las vertientes agrestes de las colinas recordaban los «glens» de las altas tierras de Escocia.

No obstante todos sus esfuerzos para seguir otro rumbo, el doctor iba derecho al Norte, hácia el monte Mendif, que desaparecia en medio de las nubes.

Las erguidas cumbres de aquellas montañas separaban la cuenca de Niger de la cuenca del lago Tchad.

Apareció luego el Bagelé, con sus diez y ocho aldeas en torno suyo, á la manera de una multitud de niños alrededor de su madre. El espectáculo era magnífico para las miradas que dominaban y abarcaban todo el conjunto. Las laderas estaban cubiertas de arrozales y de alfonsigos.

A las tres, el *Victoria* se hallaba delante del monte Mendif. No habiéndolo podido evitar «ra menester traspasarlo. El doctor, aumentando 180° la temperatura (1), dió al globo una nueva fuerza ascensional de cerca de 1.600 libras y se elevó á mas de 8.000 pies. Esta fue la mayor elevacion obtenida durante el viaje, y de tal modo bajó la temperatura, que el doctor y sus compañeros tuvieron que recurrir á sus mantas.

Fergusson se dió prisa en bajar, porque el envoltorio del aerostático amenazaba romperse. Tuvo, sin embargo, suficiente tiempo para comprobar el origen volcánico de la montaña, cuyos cráteres apagados no son mas que profundos abismos. Grandes aglomeraciones de excremento de aves, daban á las lomas del Mendif la apariencia de rocas calizas, bastando aquellas aglomeraciones para abonar las tierras de todo el Reino Unido.

A las cinco, el *Victoria*, abrigado de los vientos del Sur, seguía con lentitud las pendientes de la montaña, y se detenía en un inmenso raso separado de toda habitacion. Apenas llegó á tierra, se tomaron las debidas precauciones para sujetarlo, y Kennedy, armado de su escopeta, se dirigió hácia la llanura inclinada. No tardó en volver con media docena de ándades y una especie de chocha que Joe condimentó lo mejor que pudo. La cena fue agradable, y la noche se pasó en un profundo reposo.

CAPITULO VIII

MOSFEYA.—EL CHAIQUE.—DENHAM.—CLAPPERTON.—
 OUDNEY.—VOGEL.—LA CAPITAL DE LOGGOUN.—TOOLE.
 CALMA SOBRE KERNAK.—EL GOBERNADOR Y SU CÓR-
 TE.—EL ATAQUE.—LAS PALOMAS INCENDIARIAS.

El dia siguiente, 11 de mayo, el *Victoria* volvió á tomar su rumbo aventurero. En él tenían los viajeros la confianza que un marino en su experimentado buque.

Huracanes terribles, calores tropicales, partidas peligrosas y descensos mas peligrosos aun, todo lo habia resistido, conduciéndose siempre como no hubiera podido conducirse mejor. Pudieramos decir que Fergusson le guiaba con un gesto, y así es que, no obstante no conocer el punto definitivo de su llegada, el doctor no dudaba del buen éxito de su viaje. Pero en aquel pais de bárbaros y de fanáticos, la prudencia le obliga á tomar las mas severas precauciones, por lo que recomendó á sus compañeros que estuviesen siempre ojo alerta vigilándolo todo á todas las horas.

El viento les echaba un poco hácia el Norte, y á cosa de las nueve entrevieron la gran ciudad de Mosfeya, edificada en una eminencia encajonada entre dos altas montañas. Inespugnable por su posicion, no se podia penetrar en ella sino por un camino angosto entre un pantano y un bosque.

En aquel momento, un chaique, acompañado de una escolta á caballo, con un traje de colores muy chillones, precedido de trompetas y batidores que separaban las ramas del camino, entraba en la ciudad.

El doctor descendió para contemplar de mas cerca á aquellos indígenas, pero á medida que el globo iba



Gravé par J. Sedille, Rue de Valenciennes, 78

Gillot

pareciendo mayor á sus ojos, se fueron multiplicando sus ademanes de profundo terror, y no tardaron en desfilir con toda la velocidad de sus piernas ó de la de sus caballos.

El chaique fue el único que permaneció inmóvil. Cogió su largo mosquete, lo apuntó y aguardó resueltamente. El doctor se acercó á él á menos de 13' pies, y con toda la fuerza de sus pulmones le saludó

en árabe. Al oír sus palabras bajadas del cielo, el chaique se apeó, se posternó sobre el polvo del camino, y el doctor no pudo distraerle de su adoración. —Es imposible, dijo, que esas gentes no nos to-

mara por seres sobrenaturales, puesto que creyeron de esa raza sobrehumana á los primeros europeos que las visitaron, y cada vez que de este chaique hable de su encuentro con nosotros, no dejará de amplificar el he-

cho con todos los recursos de una imaginación árabe. Juzgad, pues, lo que algún día dirán las leyendas de nosotros.

—Bajo el punto de vista de la civilización, respondió el cazador, mejor sería pasar por simples mortales, lo que daría á estos negros una idea mucho más ventajosa del poder europeo.

—Estamos de acuerdo, amigo Dick; pero ¿qué le haremos? Por más que se explicase á los sabios del país el mecanismo de un aerostático, se quedarían en ayunas, y admitirían siempre una intervención sobrenatural.

—Señor, preguntó Joe, habeis hablado de los primeros europeos que han explorado este país; ¿podeis decirnos quiénes fueron?

—Sí, buen muchacho; nos hallamos precisamente en el camino del mayor Denham, que en el mismo Mosfeya fue recibido por el sultán de Mandara. Salíó de Bornou, acompañó al chaique á una expedición contra los fellahs, asistió al ataque de la ciudad, que con sus flechas resistió denodadamente á las balas árabes y obligó á huir á las tropas del chaique. La guerra no era más que un pretexto para los asesinatos, los robos y las razzias. El mayor quedó completamente despojado, desnudo, y se salvó gracias á un caballo bajo el cual se escondió, y luego montándose en él, pudo huir á todo escape, sin volver nunca más á entrar en Kouka, la capital de Bornou.

—¿Pero quién era ese mayor Denham?

—Un intrépido inglés que desde 1822 hasta 1824 mandó una expedición en el Bornou, en compañía del capitán Clapperton y del doctor Oudeny. Partieron del Trípoli en marzo, llegaron á Mourzouk, la capital de Fezzan, y siguiendo el camino que más adelante debía tomar el doctor Barth para regresar á Europa, llegaron á Kouka, cerca del lago Tchad, el 16 de febrero de 1823. Denham hizo varias exploraciones en el Bornou, en el Mandara y en las orillas orientales del lago, durante cuyo tiempo, el 15 de diciembre de 1823, el capitán Clapperton, y el doctor Oudeny penetraron en el Soldan hasta Sackatou, muriendo Oudeny de fatiga y aniquilado en la ciudad de Murmur.

—Según veo, dijo Kennedy, esta parte de Africa ha pagado también á la ciencia de su correspondiente tributo de víctimas.

—Sí, ésta comarca es fatal. Marchamos directamente hacia el reino de Barghimi, que en 1856 Vogel atravesó para penetrar en Wadai, donde desapareció. Era un jóven de veintitres años, que había sido enviado para cooperar á los trabajos del doctor Barth; se encontraron los dos el 1.º de diciembre de 1854; Vogel empezó luego las exploraciones del país, en 1856 anunció en sus últimas cartas su intención de reconocer el reino de Wadai, en el cual no había penetrado aun ningún europeo; parece que llegó hasta Wara, la capital, donde según unos, cayó prisionero y según otros, fue condenado á muerte y ejecutado, por haber intentado subir á una montaña sagrada de las inmediaciones. Pero no se debe admitir con ligereza la noticia de la muerte de los viajeros, porque esta ligereza disminuye la actividad de las gestiones que se practican para buscarlos. ¡Cuántas veces ha impresionado de muy mala manera al doctor Barth la noticia de su fallecimiento que ha circulado hasta oficialmente! Es muy posible que Vogel esté preso por el sultán Wadai, el cual tal vez exigirá alguna suma para su rescate. El barón de Xeimans se puso en marcha hacia el Wadai, pero murió en el Cairo en 1855. Ahora sabemos que M. de Heglin, con la expedición enviada de Leipzig, sigue las huellas de Vogel, y es de esperar que pronto conozcamos de una manera positiva el paradero de este jóven é interesante viajero. (1).

Mosfeya había desde mucho tiempo desaparecido del horizonte. El Mandara desplegaba bajo las miradas de los aeronáutas su asombrosa fertilidad con sus bosques de acacias, sus árboles de rojas flores y las plantas herbáceas de los campos de algodoneros é indigoteros. El Shari que desagua en el Tchad 80 millas allí corría impetuosamente.

El doctor hizo seguir á sus compañeros en las cartas de Barth el curso del río.

—Ya veis, dijo, que los trabajos de este sabio son de una precisión suma. Nosotros marchamos en línea recta al distrito de Loggoun, y tal vez á su misma capital Kernak, que es donde murió el pobre Toole, jóven inglés de 22 años. Era abanderado en el 80.º regimiento, y hacia algunas semanas que se había agregado al mayor Denham en Africa, donde encontró la muerte. ¡Bien puede llamarse esta inmensa comarca el cementerio de los europeos!

Algunas canoas de 50 pies de longitud, descendían el curso del Shari. El *Victoria*, que distaba 1,000 pies de tierra, llamaba poco la atención de los indígenas; pero el viento, que hasta entonces había soplado con bastante fuerza, tendía á disminuir.

—¿Vamos á sufrir otra nueva calma chicha? dijo el doctor.

—¿Qué nos importa señor? Ahora no tenemos que temer ni la falta de agua, ni el desierto.

—No, pero tenemos que temer las poblaciones que son aun peores.

—Hé aquí, dijo Joe, una cosa que parece una ciudad.

—Es Kernak, donde nos llevan las últimas bocanadas del viento. Podremos, si nos conviene, sacar un plano con toda exactitud.

—¿No nos acercaremos? preguntó Kennedy.

—Nada hay más fácil, Dick. Estamos encima de la ciudad. Déjame volver un poco la espita del soplete y no tardaremos en bajar.

Media hora después el *Victoria* se mantenía inmóvil á 200 pies de tierra.

—Mas cerca estamos de Kernak, dijo el doctor que lo estaría de Londres el que se hubiese colocado en la esfera que corona la cúpula de San Pablo. Podemos examinar la ciudad á gusto.

—¿Qué ruido de mazos es ese que se oye por todas partes?

Joe miró con atención, y vió que el ruido era producido por un considerable número de tejedores que golpeaban al aire libre sus telas estendidas sobre gruesos troncos de árboles.

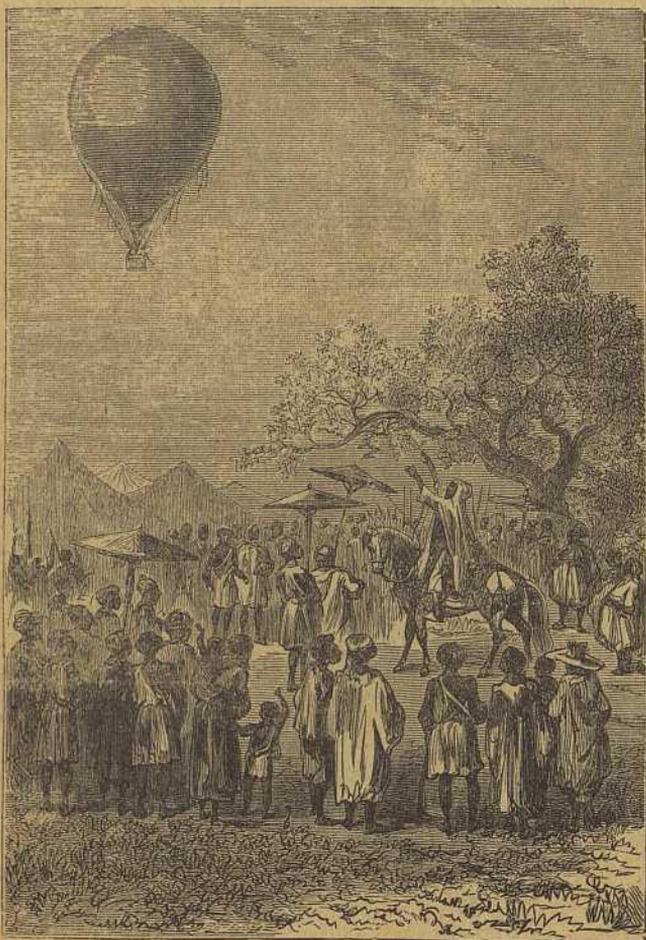
La capital de Loggoun se dejaba entonces abarcar toda entera por las miradas de los viajeros como si fuese un plano. Era una verdadera ciudad, con casas alineadas y calles bastante anchas. En medio de una gran plaza había un mercado de esclavos y mucha afluencia de chalanes, pues los esclavos mandarenses, cuyas manos y pies son sumamente pequeños, son muy buscados y se colocan ventajosamente.

A la vista del *Victoria*, se produjo el efecto de costumbre. Primero gritos, y después un profundo asombro. Se abandonaron los negocios, se suspendieron los trabajos, cesaron todos los ruidos. Los viajeros permanecían perfectamente inmóviles, y no perdían un rasgo de la populosa ciudad. Descendieron hasta 60 pies del suelo.

Entonces el gobernador de Loggoun salió de su morada, desplegando su estandarte verde, y acompañado de sus músicos, que soplaban en roncós cuernos de búfalo con fueza suficiente para romper los tímpanos. La muchedumbre se agolpó á su alrededor, y el doctor Fergusson quiso hacerse comprender, pero no pudo conseguirlo.

por M. Manzinger, el nuevo jefe de la expedición, no dejan desgraciadamente duda alguna sobre la muerte de Vogel.

(1) Desde la partida del doctor, cartas dirigidas desde El Obeid



Entonces el gobernador de Loggoun salió de su morada acompañado de sus ministros

Aquellos indigenas de frente alta, cabellos ensortijados y nariz casi aguileña parecen altivos é inteligentes; pero la presencia del *Victoria* les turbaba singularmente. Vefanse ginetes correr en distintas direcciones, lo que daba á entender que las tropas del gobernador se reunian para combatir á un enemigo tan extraordinario. En vano Joe para calmar la efervescencia desplegó pañuelos de todos colores. No obtuvo resultado alguno.

El *chaïque*, sin embargo, rodeado de su *cóрте*, reclamó silencio y pronunció un discurso del cual el doctor no pudo entender una palabra. Era un discurso en árabe mezclado de baghirimi. El doctor reconoció, por la lengua universal de los gestos, que se le invitaba á marcharse cuanto antes, lo que no podia hacer, aunque lo deseaba, por falta de viento. Su inmovilidad exasperó al gobernador, y sus cortesanos prurupieron en ahullidos para obligar al mónstruo á evadirse.

Aquellos cortesanos eran personajes muy singulares. Llevaban la friolera de cinco ó seis camisas, y tenían vientres enormes, de los cuales algunos parecian pozuzos. El doctor asombró á sus compañeros al decirles que aquella era la manera de hacer su *cóрте*

al sultan. Los cortesanos gesticulaban y ~~principalmente~~ principalmente uno de ellos, que por precisión habia de ser primer ministro, si la obesidad tiene recompensa en la tierra. La muchedumbre mezclaba sus ahullidos con los gritos de los cortesanos, repitiendo todos los negros á manera de monos las gesticulaciones de aquellos, lo que producía un movimiento único é instantáneo de diez mil brazos.

A estos medios de intimidacion que se juzgaron insuficientes, se juntaron otros mas temibles. Soldados armados de arcos y de flechas formaron en órden de batalla, pero ya el *Victoria* se hinchaba y se ponía tranquilamente fuera de su alcance. El gobernador, cogiendo entonces un mosquete, dirigió al globo su puntería. Pero Kennedy le vigilaba, y con una bala de su carabina rompió el arma en la mano del *chaïque*.

A este golpe inesperado sucedió una derrota general. Todos se metieron precipitadamente en sus casas y durante todo el resto del dia, la ciudad quedó absolutamente desierta.

Vino la noche. No hacia nada de viento. Preciso fue á los viajeros resolverse á permanecer á 300 piez de tierra. Ni una luz brillaba en la sombra, y reinaba

un silencio sepulcral. El doctor redobó su prudencia, porque aquella calma podía muy bien ser una estratagema.

Razon tuvo Fergusson en vigilar. A cosa de media noche, toda la ciudad pareció como incendiada. Centenares de líneas de fuego se cruzaban como cohetes, formando una red de llama.

—¡Cosa singular! dijo el doctor.

—Lo mas singular es, dijo Kennedy, que el incendio sube y se acerca á nosotros.

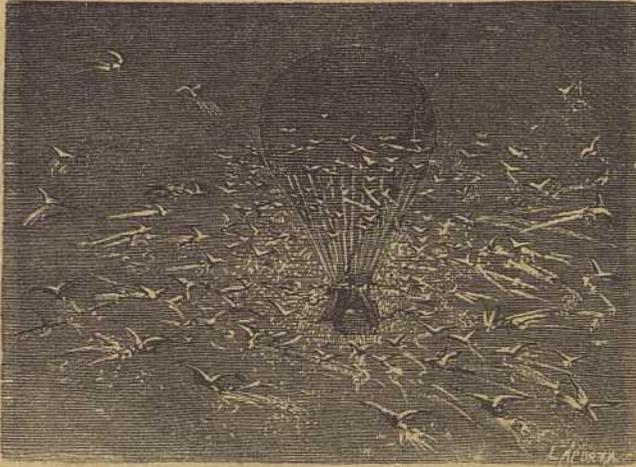
En efecto, al ruido de una gritaría espantosa y descargas de mosquetería, aquella cohorte de fuego subía hácia el *Victoria*. Joe se preparó para arrojar la sastre. Fergusson encontró muy pronto la esplicacion del fenómeno.

Millares de palomas, con la cola encendida y pro-

vistas de materias inflamables, habian sido lanzadas contra el *Victoria*. Asustadas las pobres aves subian trazando en la atmósfera zetas de fuego. Kennedy descargó contra ellas todas sus armas, pero nada podía contra un ejército tan numeroso. Ya las palomas revoloteaban alrededor de la barquilla y del globo, cuyas paredes, reflejando su luz, parecían envueltas en una red de llama.

El doctor no vaciló, precipitando un fragmento de cuarzo, se puso fuera del alcance de tan peligrosas aves. Por espacio de dos horas se las vió desde la barquilla corriendo azoradas en distintas direcciones, pero poco á poco fue disminuyendo su número, y por último desaparecieron todas entre las sombras de la noche.

—Ahora podemos dormir tranquilos: dijo el doctor.



Las palomas incendiarias.

—Para salvajes, exclamó Joe, el ardid no es poco ingenioso.

—Sí, se valen comunmente de palomas incendiarias para pezar fuego á las chozas de las aldeas; pero nuestra aldea vuela mas alto que sus palomas.

—Está visto que un globo no tiene enemigos que temer, dijo Kennedy.

—Sí á fé, replicó el doctor.

—¿Cuáles?

—Los imprudentes que lleva en su barquilla. ¡A los buenos entendedores salud! ¡Vigilancia! ¡siempre vigilancia!

CAPITULO IX.

PARTIDA DURANTE LA NOCHE.—LOS TRES.—LOS INSTINTOS DE KENNEDY.—PRECAUCIONES.—EL CURSO DE SHARI.—EL LAGO TCHAD.—EL AGUA DEL LAGO.—EL HIPOPÓTAMO.—UNA BALA PERDIDA.

A cosa de las tres de la mañana, Joe, que estaba de guardia, vió que el globo se separaba de encima de la ciudad. El *Victoria* volvía á emprender su marcha. Kennedy y el doctor se despertaron.

El doctor consultó la brújula, y reconoció con satisfaccion que el viento los llevaba hácia el Nor-nor-este.

—Estamos de buenas, dijo; todo nos sale á pedir de boca; hoy mismo descubriremos el lago Tchad.

—¿Es una grande estension de agua? preguntó Kennedy.

—Considerable, amigo Dick; en su mayor longitud y en su mayor anchura, el lago medirá 120 millas.

—Lo que modificará algo nuestro viaje.

—Me parece que no tenemos motivo de queja. Nuestro viaje es muy variado, y sobre todo lo hacemos en las mejores condiciones posibles.

—Sin duda, Samuel; si exceptuamos las privaciones del desierto, no hemos corrido ningun peligro grave.

—Cierto es que nuestro valiente *Victoria* se ha conducido siempre á las mil maravillas. Partimos el 18 de abril y hoy estamos á 12 de mayo. Son veinticinco dias de marcha. Diez dias mas y habremos llegado.

—¿Dónde?

—No lo sé; pero ¿qué nos importa?

—Tiene razon, Samuel. Contemos á la Providencia el cuidado de dirigirnos y de conservarnos sanos como estamos. No parece que hayamos atravesado los paises mas pestilenciales del mundo.

—Porque nos hemos podido elevar y nos hemos elevado.

—¡Vivan los viajeros aéreos! exclamó Joe. Despues de veinticinco dias, nos hallamos rebosando salud, y bien descansados, demasiado tal vez, porque mis piernas empiezan á entumecerse, y no me vendria mal hacer á pie unas 30 millas para estirarlas un poco.

—Te darás ese gustazo en las calles...
Joe. Ahora diré para concluir que al partir arrojamos

tres con Denham, Clapperton y Overweg, tres como Barth, Richardson y Vogel, y, mas dichosos que nuestros predecesores, nuestro número no ha disminuido, pero importa mucho no separarnos. Si hallándose en tierra uno de nosotros, el *Victoria* tuviese que elevarse de pronto para evitar un peligro súbito é imprevisto, ¿quién sabe si le volveríamos á ver? A Kennedy se lo digo, no me gusta que se aleje sopresteto de cazar.

—Me permitirás sin embargo, amigo Samuel, que siga con mi capricho; no hayningun mal en renovar nuestras provisiones, y además, antes de partir, me hicistes entrever una série no interrumpida de soberbias cacerías, y hasta ahora he dado muy pocos paseos en la senda de los Anderson y de los Comings.

—Tienes muy poca memoria, amigo Dick. ó te

obliga la molestia á olvidar tus proezas. me parece que sin contar la caza menor, pesan ya sobre tu conciencia un antilope, un elefante y dos leones.

—¿Y qué es eso para un cazador africano que ve pasar por delante de su fusil todos los animales de la creación? ¡Mira, mira, qué rebaño de girafas!

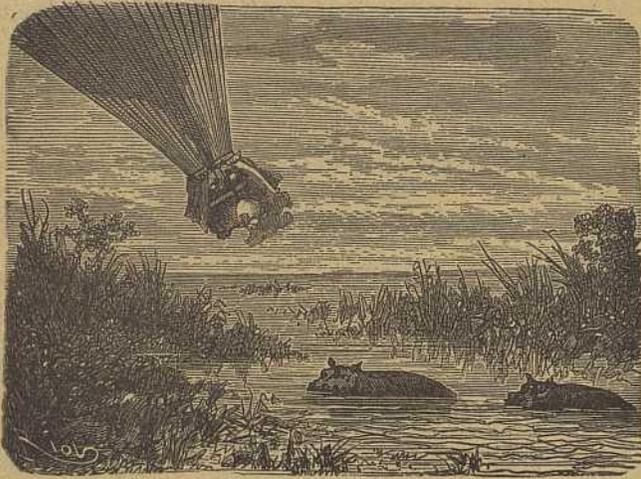
—¡Girafas! exclamó Joe: ¡pues si son del tamaño del puño!

—Porque estamos á 1,000 pies encima de ellas. Ya verias de cerca como son tres veces mayores que tú.

—¿Y qué dices de esa manada de gacelas? repuso Kennedy, y esos avestruces que huyen con la rapidez del viento?

—¡Avestruces! exclamó Joe; son gallinas y aun me parece exagerar bastante.

—Veamos, Samuel, ¿no podríamos acercarnos?



Los hipopótamos y los caimanes se bañaban en el mismo punto.

—Si podemos, Dick, pero no tomar tierra. ¿Y de qué aprovechará herir á unos animales que no hemos de poder coger. Si se tratara de matar un leon, un tigre ó una hiena, seria otra cosa; es siempre una buena obra acabar con una bestia peligrosa; pero un antilope, una gacela, sin mas provecho que la vana satisfaccion de tus instintos de cazador, no merece la pena. Asi, pues, amigo Dick, nos mantendremos á 100 pies del suelo, y si distingues alguna fiera obtendrás nuestros aplausos hiriéndola de un balazo en el corazon.

El *Victoria* bajó poco á poco, pero se mantuvo á una altura tranquilizadora. En aquella comarca salvaje y muy poblada, era menester estar siempre en guardia contra peligros inesperados.

Los viajeros seguian entonces directamente el curso del Shari, cuyas encantadoras márgenes desaparecian bajo las sombrías arboledas de variados matices. Enredaderas y plantas trepadoras serpenteaban en todas direcciones y producian curiosos entrelazamientos. Los cocodrilos cruzaban en la playa ó se zambullian en el agua ligeros como lagartos, y se trasladaban á los verdes arrecifes que rompian la corriente del rio.

Asi se pasó al distrito de Maffatay, con el cual tan pródiga y espléndida ha sido la naturaleza. A cosa de las nueve de la mañana, el doctor Fergusson y sus amigos alcanzaron la orilla meridional del lago Tchad.

Alli estaba aquel mar Caspio de Africa, cuya existencia se relegó por espacio de mucho tiempo á la categoria de las fábulas, aquel mar interior á que no habian llegado mas expediciones que la de Denham y la de Barth.

El doctor quiso fijar la configuracion que tenia entonces muy diferente de la que presentaba en 1847. En efecto, no es posible trazar de una manera definitiva la carta de aquel lago rodeado de pantanos fangosos y casi intuperables en que Barth creyó perecer. De un año á otro aquellas ciénagas, cubiertas de espadañas y de papiros de 16 pies de altura, desaparecen bajo las aguas del mismo lago, y con frecuencia las poblaciones ribereñas que se sumergen, como sucedió á Ngornou en 1836. En la actualidad los hipopótamos y los caimanes se bañan en el mismo punto en que se levantaban las casas de Bornou.

El sol derramaba sus deslumbradores rayos sobre aquella agua tranquila, y por la parte del Norte los dos elementos se confundian en un mismo horizonte.

El doctor quiso comprobar la naturaleza del agua que por espacio de mucho tiempo se creyó salada. No habia ningun peligro en acercarse á la superficie del lago, y la barquilla descendió hasta rozar el agua como una golondrina.

Joe metió una botella y la sacó llena hasta la mitad. El agua tenia cierto gusto de anatron que la hacia poco potable,

En tanto que el doctor anotaba el resultado de su

observación, resonó un tiro á su lado. Kennedy no había podido resistir al deseo de arrimar un balazo á un gigantesco hipopótamo. Este, que respiraba tranquilamente, desapareció al oírse el estampido, sin que la bala cónica hiciese en él ninguna mella.

—Mejor hubiera sido clavarle un arpon, dijo Joe.

—¿Y dónde está el arpon?

—¿Qué mas arpon que cualquier era de nuestras anclas? Para un animal semejante una ancla es el anzuelo propio.

—No es mala idea la de Joe, dijo Kennedy.

—Es una idea á la cual suplico renunciéis, replicó el doctor. El animal nos arrastraría muy pronto donde nada tenemos que hacer.

—Sobre todo, ahora que conocemos la calidad del agua del Tchad. ¿Y ese pescado, se come acaso, señor Fergusson?

—Tu pescado, Joe, es un mamífero del género de los paquidermos, y su carne, que, según se dice, es excelente, constituye una gran rama de comercio entre las tribus ribereñas del lago. Siento pues, que el tiro del señor Dick no haya tenido mejor éxito.

—El hipopótamo solo es vulnerable en el vientre y entre los muslos. La bala de Dick no le ha causado la menor impresión. Si el terreno me parece propio nos detendremos en la estremidad septentrional del lago, y allí Kennedy podrá hacer de las suyas y desquitarse. Se ballará en pleno cazadero.

—¡Corrientel dijo Joe. Que hace el señor Dick algún hipopótamo, que aquí estoy yo para ayudarle á comer la carne del insigne anfibio. No me parece natural penetrar hasta en el centro de Africa, para vivir de chochas y perdices como en Inglaterra.

CAPITULO X.

LA CAPITAL DE BORNOU.—LAS ISLAS DE LOS BIDDIOMAHs.
—LOS GIPAETOS.—LAS INQUIETUDES DEL DOCTOR.—
SUS PRECAUCIONES.—UN ATAQUE EN MEDIO DE LOS
AIRES.—LA ENVOLTURA DESTROZADA.—LA CAIDA.—
SACRIFICIO SUBLIME.—LA COSTA SEPTENTRIONAL DEL
LAGO.

Desde su llegada al Lago Tchad, el *Victoria* había encontrado una corriente, que se inclinaba mas al Oeste. Algunas nubes templaban entonces el calor del día; circulaba un poco de aire en aquella inmensa extension de agua; pero á cosa de la una, el globo, cortando al sesgo aquella parte del lago, se internó en las tierras hasta la distancia de 7 ú 8 millas.

El doctor, que se sintió algo contrariado por esta direccion, no pensó en quejarse de ella cuando distinguió la ciudad de Kouka. Pudo entrever un instante esta célebre capital de Bornou, con su cinto de murallas de arcilla blanca, y con mezquitas asaz groseras que se levantan pesadas, encima de la especie de tablero de damas, que forman las casas árabes. En los patios de las casas y en las plazas públicas descollaban palmeras y cauchucs, coronados por un cimborio de follaje, que tenia mas de 100 pies de ancho. Joe hizo observar que el tamaño de aquellos parasoles guardaba proporcion con la intensidad de los rayos del sol, lo que le permitió disertar un poco sobre las sabias miras de la Providencia.

Kouka se compone de dos ciudades distintas, separadas por el «Dendal», malecon de 300 toesas, á la sazón atestado de paseantes á pie y á caballo. A un lado se ostenta la ciudad rica, con sus casas altas y aireadas, y al otro la ciudad pobre, triste aglomeración de chozas bajas y cónicas, en que pulula una población indigente, porque Kouka no es mercantil ni industrial.

Kennedy encontró en aquellas dos ciudades, perfectamente determinadas alguna semejanza con Edimburgo, si Edimburgo estuviese en un llano.

Pero los viajeros no pudieron dedicar a Kouka una que una mirada muy rápida, porque con la inestabilidad característica de las corrientes de aquella comarca, un viento contrario sobrevino de pronto y les hizo correr 40 millas sobre el Tchad.

Entonces se les presentó un nuevo panorama. Podían contar las numerosas islas del lago, habitadas por los biddiomahs, piratas sanguinarios, no menos temidos que los Touareg de Sahara. Aquellos salvajes se disponían á hostilizar al *Victoria* con flechas y piedras, pero el globo se cernió por encima de las islas, á bastante distancia como un escarabajo gigantesco.

En aquel momento Joe miraba el horizonte, y volviéndose á Kennedy le dijo:

—Ahora sí, señor Dick, que vais á hacer negocio.

—¿Por qué, Joe?

—No se opondrá ahora mi amo á vuestros disparos.

—Esplicáte.

—¿No veis qué bandada de pajarracos se dirige hacia nosotros?

—¿Pajarracos! dijo el doctor, cogiendo el antejo.

—Verdad es, replicó Kennedy; hay al menos una docena.

—Y tambien catorce, respondió Joe.

—¿Quiera el cielo que sean de una especie bastante dañina para que el tierno Samuel no tenga nada que objetarme!

—Lo que yo digo es, respondió Fergusson, que preferiria que esos pajarracos estuvieran muy lejos de nosotros.

—¿Les teneis miedo? dijo Joe.

—Son gipaetos de la mayor especie, Joe; son águilas-buitres, y si nos atacasen...

—¿Y qué? Si nos atacan, nos defenderemos, Samuel. Tenemos todo un arsenal! No me parece que esos animales sean muy temibles.

—¿Tú que sabes? respondió el doctor.

Diez minutos despues, el bando se habia puesto á tiro. Los catorce individuos de que se componia lanzaban roncós graznidós, causándoles el *Victoria* mas ira que miedo.

—¿Cómo gritan! dijo Joe; ¡no meten poca bulla! Se conoce que no les acomoda que haya quien ejerza jurisdiccion en sus dominios y se permita volar como ellos.

—La verdad es, dijo el cazador, que su aspecto es imponente, y me parecerian bastante temibles si estuviesen armados de una carabina de Purday Moore.

—No la necesitan, respondió Fergusson, cuyo semblante empezaba á nublarse.

Los gipaetos volaban, trazando inmensos círculos, que iban estrechando alrededor del *Victoria*. Cruzaban el cielo con una rapidez fantástica, precipitándose algunas veces con la velocidad de un proyectil, y rompiendo á lo mejor, formando un ángulo súbito y audaz, su línea de proyeccion.

El doctor, inquieto, resolvió elevarse en la atmósfera para escaparse de ellos, y dilató el hidrógeno del globo, el cual subió al momento.

Pero los gipaetos subieron con él, poco dispuestos á abandonarle.

—Tienen trazas de querer armar camorra, dijo el cazador, amartillando su carabina.

En efecto, los gipaetos se acercaban, y algunos de ellos desafiaban, al parecer, las armas de Kennedy.

—¿Qué gana tengo de hacer fuego! dijo éste.

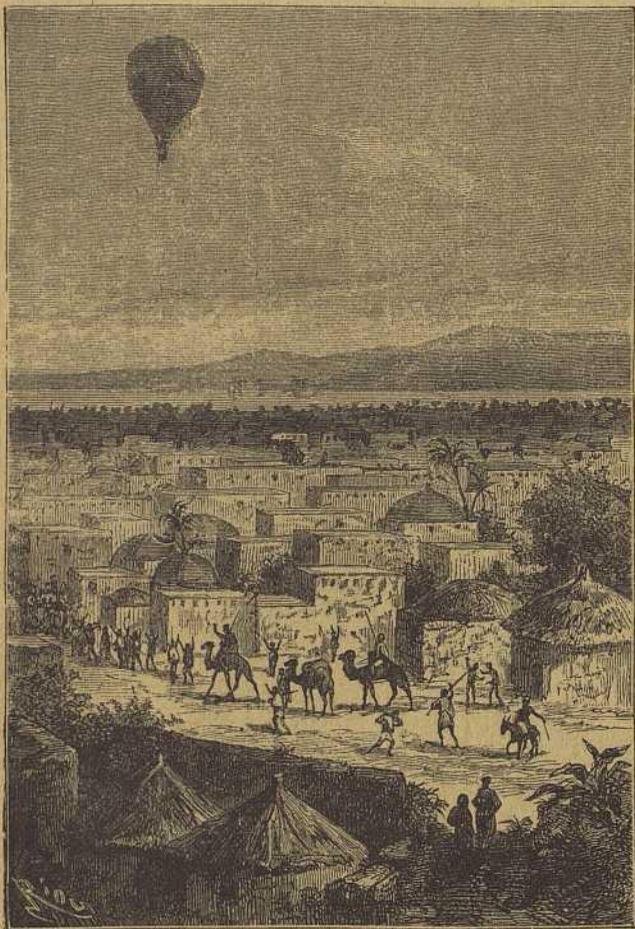
—¿No, Dick, no! ¡No les provoquemos! ¡Nos atacarían.

—¿Buena cuenta daría yo de ellos!

—Te engañas, Dick.

—Tenemos una bala para cada uno.

—Y si se colocan encima del globo ¿cómo los tirarás? Figurate que te encuentras en tierra, frente de



Vista de la villa de Korta.

una caterva de leones ó rodeado de tiburones dentro del agua. Pues bien, para un aeronauta, la situación es no menos peligrosa.

—¿Hablas formalmente, Samuel.

—Muy formalmente, Dick.

—Entonces, esperemos.

—Aguarda... Estáte preparado por si nos atacan, pero no hagas fuego hasta que yo te lo diga.

Los gipaetos se agruparon á poca distancia, de suerte que se distinguía perfectamente su cuello pelado, que estiraban para gritar, y su cresta ternillosa, guarnecida de cárdenas escrescencias, que el furor enderezaba. Eran de la mayor especie, pues su cuerpo tenia mas de 3 pies de longitud, y resplandecía al sol la parte inferior de sus blancas alas. Hubiérase dicho que eran tiburones alados, á los cuales se asemejaban por su formidable aspecto.

—¡Nos siguen, dijo el doctor, viéndoles elevarse con él, y por mas que subamos, subirán tanto como nosotros.

—¿Qué hacer, pues? preguntó Kennedy.

El doctor no respondió.

—Atiende, Samuel, repuso el cazador; haciendo fuego con todas nuestras armas, tenemos á nuestra

disposicion diez y siete tiros, contra catorce enemigos. ¡Y no hemos de poder destruirlos ó dispersarlos! Por de pronto, yo me encargo de echar abajo unos cuantos.

—No pongo en duda tu destreza, Dick, y doy por muertos á los que pasen por delante de tu carabina; pero, te lo repito, si atacan el hemisferio superior del globo, se pondrán á cubierto de tus tiros y romperán el envoltorio que nos sostiene. ¡Nos hallamos á 3,000 pies de altura!

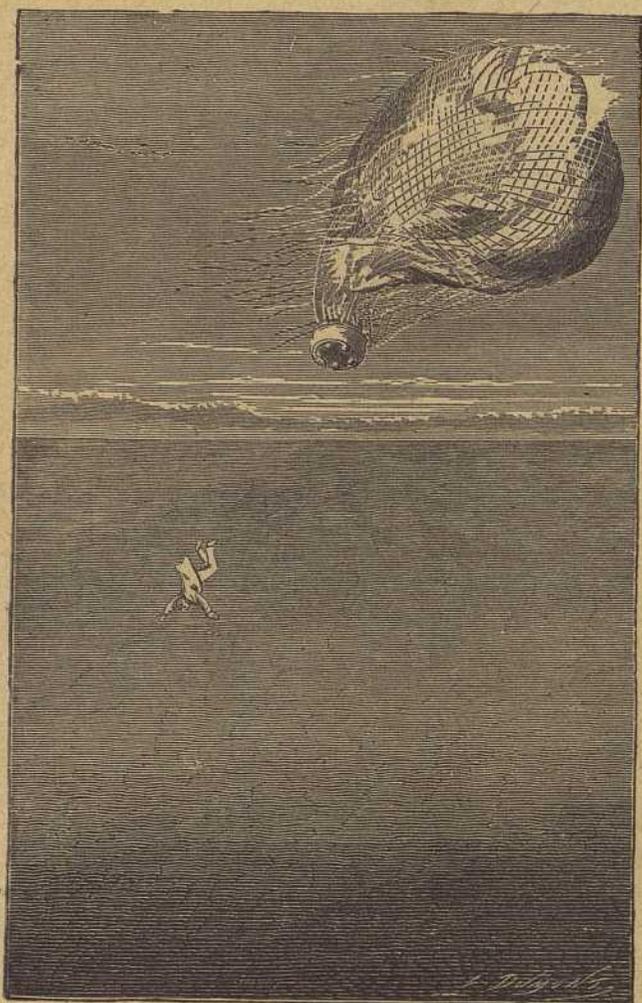
En aquel mismo momento, uno de los mas feroces gipaetos se dirigió al globo con el pico y las garras abiertos, en actitud de morder y desgarrar á un mismo tiempo.

—¡Fuego, fuego! gritó el doctor.

Y el gipaeto, mortalmente herido cayó volteando en el espacio.

Kennedy cogió una escopeta de dos cañones, y Joe amartilló otra.

Asustadas por el estampido, las aguilas-buitres se alejaron momentáneamente, pero volvieron luego á la carga con furor centuplicado. Kennedy de un balazo decapitó á la que tenia mas cerca. Joe rompió el ala de otro.



La caída de Joe.

—Ya no quedan mas que once, dijo.

Pero entonces los gipetos adoptaron otra táctica, y como si se hubiesen puesto de acuerdo, se dirigieron al *Victoria*; Kennedy miró á Fergusson.

Este, á pesar de su impasibilidad y energía, se puso pálido. Hubo un momento de espantoso silencio. Despues se oyó un ruido estridente como el de un tejido de seda que se rasga, y la barquilla empezó á precipitarse rápidamente.

—¡Estamos perdidos! gritó Fergusson fijando la vista en el barómetro que subía muy de prisa.

—¡Afuera el lastre! añadió, ¡nada de lastre!

Y en pocos segundos desapareció todo el cuarzo.

—¡Seguimos cayendol... ¡Vaciad las cajas de agua! ¡Vivo, Joe! ¡Nos precipitamos en el lago!

Joe obedeció. El doctor se inclinó mirando el lago que parecia subir hácia él como una marea ascendente. El volúmen de los objetos aumentaba rápidamente y no distaba ya la barquilla 200 pies de la superficie del Tchad.

—¡Las provisiones! ¡Las provisiones! exclamó el doctor.

Y la caja que las contenia fue lanzada al espacio. Y aunque con menos rapidez, los desgraciados seguian cayendo!

—¡Echad mas! ¡echad mas! repitió el doctor.

—No queda ya nada, dijo Kennedy.

—¡Sí! respondió lacónicamente Joe precipitándose rápidamente.

Y desapareció por encima de la borda.

—¡Santo cielo! exclamó el doctor.

Pero Joe no podia ya oírle. El *Victoria*, sin lastre, volvió á tomar su marcha ascensional y á remontarse hasta la altura de 1,000 pies. El viento, introduciéndose en la envoltura deshinchada, le arrastraba hácia las costas septentrionales.

—¡Perdidol dijo el cazador con un gesto de desesperacion.

—¡Perdido por salvarnos! respondió Fergusson. Y dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de aquellos dos hombres tan intrépidos.

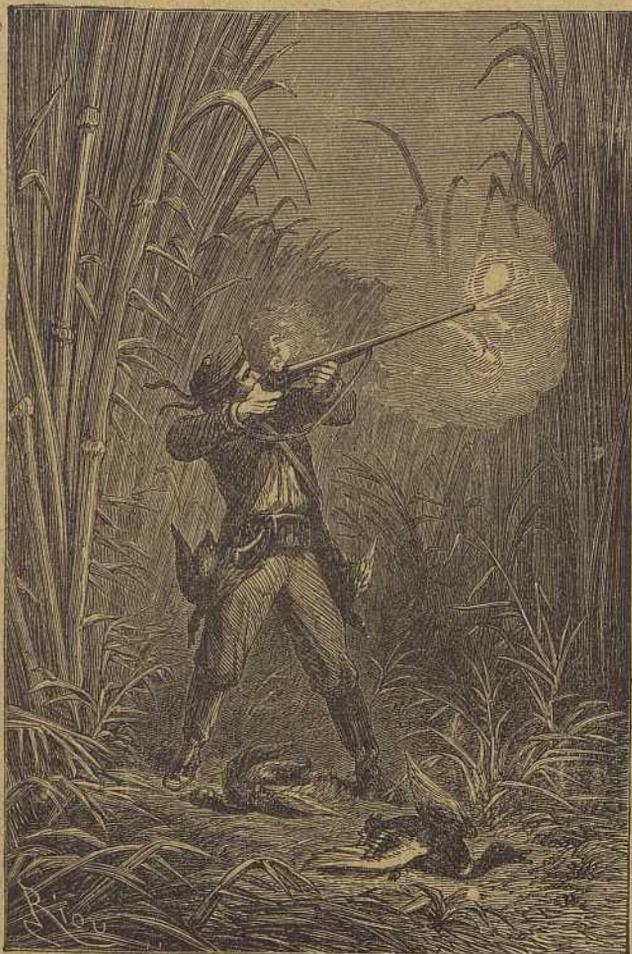
Los dos se asomaron procurando distinguir algu vestigio del desgraciado Joe, pero estaban ya lejos.

—¡Qué partido tomaremos? preguntó Kennedy.

—Bajaremos á tierra luego que se pueda, Dick, y aguardaremos.

Despues de haber andado 60 millas, el *Victoria* descendió á una costa desierta, al Norte del lago. Se engancharon las anclas en un árbol poco corpulento, y el cazador las sujetó sólidamente.

Vino la noche, pero ni Fergusson ni Kennedy pudieron conciliar el sueño un solo instante.



El cazador volvió con todo un cargamento de gansos, eochas, cercetas y chorritos.

CAPITULO XI.

CONJETURAS.—REESTABLECIMIENTO DEL EQUILIBRIO DEL «VICTORIA».—NUEVOS CALCULOS DEL DOCTOR FERGUSON.—CAZA DE KENNEDY.—ESPLORACION COMPLETA DEL LAGO TCHAD.—TANGALIA.—REGRESO.—LARI.

Al día siguiente, 13 de mayo, los viajeros reconocieron la parte de la costa que ocupaban, la cual era una especie de islote en medio de un inmenso pantano. Alrededor de aquel trozo de terreno firme se levantaban cañas tan grandes como árboles de Europa que se estendían á cuanto alcanzaba la vista.

Aquellas ciénegas inaccesibles hacían segura la posición del *Victoria*. Bastaba vigilar la parte del lago. Por la parte del Este principalmente, la superficie del agua parecía ilimitada, sin que en ningún punto del horizonte se distinguiesen islas ni continente.

No se habían aun atrevido los dos amigos á hablar de su desgraciado compañero. Kennedy participó al cabo de sus conjeturas al doctor.

—Acaso Joe no esté perdido, dijo. Es un muchacho listo como pocos, y nadador como no hay otro.

En Edimburgo atravesaba sin dificultad el Frith of Forth. Le volveremos á ver, aunque no sé cómo ni cuándo, pero, por nuestra parte, debemos hacer todo lo posible para facilitarle la ocasión de encontrarnos.

—Dios te oiga, Dick, respondió el doctor con voz conmovida. Haremos cuanto esté á nuestros alcances para encontrar á nuestro amigo. Ante todo orientémonos, despues de haber desembarazado al *Victoria* de su envoltorio, exterior que de nada sirve, con lo que nos descartaremos de un peso de 650 libras.

El doctor y Kennedy pusieron manos á la obra. tropezaron con grandes dificultades, pero fue preciso arrancar á pedazos el tafetan, que ofrecía mucha resistencia, y ortarle en estrechas tiras para desprenderlo de las mallas de la red. El rasguño ocasionado por el pico de los gipetos tenía algunos pies de longitud.

Mas de cuatro horas se invirtieron en la operación pero en fin el globo interior, enteramente aislado, no había sufrido ninguna avería. El *Victoria* ofrecía un volumen que era una quinta parte menor que el de antes. La diferencia fue bastante sensible para llamar la atención de Kennedy.

—¿Será suficiente? preguntó al doctor.

acerca del particular puede, Dick, estar tranquilo. Yo restableceré el equilibrio, y si vuelve nuestro pobre Joe, volveremos con él á comprender nuestro camino por el espacio.

—Si no me engaña la memoria, Samuel, en el momento de nuestra caída, no debíamos estar distantes de una isla.

—Lo recuerdo en efecto; pero aquella isla, como todas las del Tchañ, está sin duda habitada por una chusma de piratas y asesinos que habrán sido seguramente testigos de nuestra catástrofe, y si Joe, cae en sus manos, ¿qué será de él, á no ser que la superstición le proteja?

—El es listo para salir de apuros, te lo repito: tengo confianza en su destreza y en su inteligencia.

—También yo. Ahora, Dick, vete á cazar en las inmediaciones, y no te alejes. Urge renovar nuestros víveres, de los cuales se ha sacrificado la mayor parte.

—Bien, Samuel, volveré pronto.

Kennedy cogió una escopeta de dos cañones, y por entre las crecidas yerbas se dirigió á un bosque bastante cercano. Repetidos disparos dieron á entender al doctor que la caza sería fructuosa.

Por otro tanto, él se ocupó de hacer el inventario de los objetos conservados en la barquilla y en establecer el equilibrio del segundo aerostático. Quedaban unas 30 libras de pemmican, algunas provisiones de té y café, una caja de un galon y medio de aguardiente y otra de agua enteramente vacía. La cocina había desaparecido toda.

El doctor sabía que, por la pérdida del hidrógeno del primer globo, su fuerza ascensional había sufrido una reducción de unas 900 libras. Esta diferencia debió, pues, servirle de base para reconstituir su equilibrio. El *Victoria* tenía una capacidad de 67,000 pies y contenía 33,480 pies cúbicos de gas. El aparato de dilatación parecía hallarse en buen estado y la pita y la serpiente no habían experimentado deterioro alguno.

La fuerza ascensional del nuevo globo era, pues, de unas 3,000 libras. Sumando el peso del aparato, de los viajeros, de la provision de agua, de la quilla y sus accesorios, y embarcando 50 galones de agua y 100 libras de carne fresca, el doctor llegaba á un total de 2,830 libras. Podía, por tanto, llevar para los casos imprevisos 170 libras de lastre, en cuyo caso el aerostático se hallaba equilibrado con el aire ambiente.

Tomó sus disposiciones en consecuencia, y reemplazó el peso de Joe con un suplemento de lastre. Invirtió todo el día en estos varios preparativos, los cuales llegaron á su término al regresar Kennedy. El cazador había aprovechado las municiones. Volvió con todo un cargamento de gansos, ánades chochas, cercetas y chorlitos que se encargó él mismo de preparar y curar al humo, espectándolas en unas improvisadas parrillas que suspendió sobre una hoguera de leña verde. Cuando estuvieron las aves en su punto se colocaron en la barquilla.

Al día siguiente, debía el cazador completar las provisiones.

La noche sorprendió á los viajeros en medio de sus ocupaciones. Su cena se compuso de pemmican, galleta y té. El cansancio, despues de haberles dado apetito, les dió sueño. Los dos, durante su guardia, interrogaron mas de una vez las tinieblas creyendo oír la voz de Joe, pero ¡ay! estaba muy lejos de ellos aquella voz que hubieran querido oír.

Al rayar el alba, el doctor despertó á Kennedy.

—He meditado mucho, le dijo, acerca de lo que conviene hacer para encontrar á nuestro compañero.

—Cualquiera que sea tu proyecto, Samuel, lo apruebo: habla.

—Ante todo lo que importa es que Joe adquiere noticias nuestras.

—¡Sin dudal ¡Si llegase á figurarse que le abandonamos!

—¡El ¡nos conoce demasiado! Nunca se le ocurrirá semejante idea; pero es preciso que sepa dónde estamos.

—¿Y cómo?

—Vamos á tomar nuestro sitio en la barquilla y á remonta.

—¿Pero si el viento nos arrastra?

—No nos arrastrará, afortunadamente. El viento nos vuelve al lago, y esta circunstancia, que hubiera sido contraria ayer, hoy es propicia. Nuestros esfuerzos se limitarán, pues, á mantenernos durante todo el día sobre esta vasta estension de agua. Joe no puede dejar de vernos en el punto en que sus miradas deben dirigirse incansablemente. Acaso llegue hasta á informarnos de su paradero.

—Lo hará sin duda, si está solo y libre.

—Y si está preso, repuso el doctor, no teniendo los indicios la costumbre de encerrar á sus cautivos, no comprenderá el objeto de nuestras pesquisas.

—Pero en , repuso Kennedy, pues debemos preverlo todo, y si no hallamos ningun indicio, si no ha dejado una huella de su paso, ¿qué haremos?

—Procuraremos ganar de nuevo la parte septentrional del lago, manteniéndonos á la vista todo lo posible, aguardaremos, exploraremos las orillas, registraremos las márgenes, á las cuales Joe procurará sin duda llegar, y no abandonaremos nuestro puesto sin haber hecho todo lo posible para alcanzar nuestro objeto.

—Partamos, pues, respondió el cazador.

El doctor tomó el plano exacto de aquel pedazo de tierra firme que iba á dejar, y estimó, según su carta que se hallaba al Norte del Tchañ, entre la ciudad de Lari y la aldea de Ingemini, visitadas ambas por el mayor Denham. Mientras tanto, Kennedy completó sus provisiones de carne fresca, y si bien los pantanos circunstantes ofrecían huellas de rinocerontes, lamantinos é hipopótamos, no tuvo ocasión de encontrar uno solo de semejantes animales.

A las siete de la mañana, nó sin grandes dificultades de que el pobre Joe sabía triunfar maravillosamente, se desenganchó el áncora del árbol. El gas se dilató y el nuevo *Victoria* se elevó á 200 pies en el aire. Vaciló primero girando alrededor de sí mismo; pero cogido luego por una corriente bastante activa, avanzó sobre el lago y fue empujado muy pronto con una velocidad de 20 millas por hora.

El doctor se mantuvo constantemente á una altura que variaba entre 200 y 500 pies. Kennedy mendeaba los disparos de su carabina. Encima de las islas, los viajeros se acercaban á tierra hasta imprudentemente, registrando con sus miradas los cotos, los matorrales, los jarales, los puntos todos sombríos, todas las desigualdades de las rocas capaces de dar asilos á su compañero. Bajaban junto á las largas piraguas que surcaban el lago. Los pescadores, al verles, se precipitaban al agua y se volvian á su isla con las demostraciones de miedo menos disimuladas.

—No vemos nada dijo Kennedy despues de dos horas de pesquisas.

Aguardemos, Dick, sin desanimarnos; no debemos estar lejos del lugar del accidente.

A las once el *Victoria* había avanzado 90 millas. Encontró entonces una nueva corriente que, bajo un ángulo casi recto, le impulsó unas 60 millas hácia el Este. Cerniase encima de una isla muy estensa y muy poblada que, en concepto del doctor, era Farram, donde se encuentra la capital de los bihidionaths. Le parecia que de todos los matorrales veia salir á

Joe escapándose y llamándole. Libre lo hubieran cogido sin dificultad; preso, se hubieran apoderado de él repitiendo la maniobra empleada para el misionero; pero nada pareció, nada se movió. Motivos había para desesperarse.

A las dos y media, el *Victoria* llegó a la vista de Tangalu, aldea situada en la margen oriental del Tchad, la cual marca el punto extremo alcanzado por Denham en la época de su exploración.

Inquietaba al doctor la dirección persistente del viento. Se sentía empujado hacia el Este, arrojado de nuevo al centro de Africa, á interminables desiertos.

—Es absolutamente indispensable detenernos, dijo, y hasta tomar tierra. Por interés de Joe principalmente, debemos ganar de nuevo el lago; pero tratemos antes de encontrar una corriente opuesta.

Por espacio de mas de una hora, buscó diferentes zonas. El *Victoria* siguió derivando tierra adentro; pero afortunadamente á la altura de 1,000 pies un viento muy fuerte le volvió al Noroeste.

No era posible que Joe estuviese detenido en una de las islas del lago, pues hubiera hallado algun medio de manifestar su presencia. Tal vez le habían llevado hacia tierra. Así es como discurría el doctor, cuando volvía á ver la orilla septentrional del Tchad.

La idea de que Joe se hubiese ahogado era inadmisibles. Un pensamiento horrible cruzó la mente de Fergusson y de Kennedy, los caimanes eran numerosos en aquellos parajes. Pero ni uno ni otro tuvieron valor para formular semejante preocupación. Vi no, sin embargo, tan manifestamente á su pensamiento, que el doctor dijo sin otro preámbulo.

—Los cocodrilos no se encuentran mas que en las orillas de las islas ó del lago, y Joe habrá sido bastante diestro para no caer en sus garras. Son además poco peligrosos, y los africanos se bañan impunemente sin temer sus ataques.

Kennedy no respondió; prefería callar á discutir tan terrible posibilidad.

El doctor distinguió la ciudad de Lari, á cosa de las cinco de la tarde. Los habitantes estaban ocupados en la recolección del algodón, delante de chozas formadas de cañas entretejidas, y en medio de cercados muy limpios y muy cuidadosamente conservados. Aquella aglomeración de unas cincuenta cabañas ocupaba una ligera depresión de terreno en un valle que se extendía entre suaves colinas. La violencia del viento era mas fuerte de lo que convenia al doctor; pero su dirección varió por segunda vez, y condujo al *Victoria* precisamente á su punto de partida en el lago, en la especie de isla firme en que habia pasado la noche precedente. El áncora en lugar de encontrar las ramas del árbol, hizo presa en las raíces de un haz de cañas á que daba una gran resistencia el fango del pantano.

El doctor pasó la pena negra para contener el aerostático; pero en fin, el viento cayó al llegar la noche, que los dos amigos pasaron en vela, casi desesperados.

CAPITULO XII.

EL HURACAN. — SALIDA FORZADA. — PÉRDIDA DE UNA ANCLA. — TRISTES REFLEXIONES. — RESOLUCION TOMADA. — EL SIFON. — LA CARAVANA ENTERRADA. — VIENTO CONTRARIO Y FAVORABLE. — VUELTA AL SUR. — KENNEDY EN SU PUESTO.

A las tres de la mañana soplaba el viento tan furiosamente, que el *Victoria* no podia sin peligro permanecer junto á tierra, porque las cañas rozaban su tafetan y lo esponían á romperse.

—Fuerza es partir. Dick, dijo el doctor; no podemos seguir en esta situación.

—¿Pero Joe, Samuel?

—No le abandono; ¡Volveré por él, aunque el huracan me lleve á 100 millas al Norte! Pero aquí comprometemos la seguridad de todos.

—¿Partir sin él? exclamó el errocés con el acento de una desesperación profunda.

—¿Crees acaso, repuso Fergusson, que no tengo el corazon tan lacerado como tú? ¿No obedezco acaso á una necesidad imperiosa?

—Estoy á tus órdenes, respondió el cazador. Partamos.

Pero la part da ofrecía grandes dificultades. El ancla, profundamente hincada, resistía á todos los esfuerzos, y el globo, tirando en sentido inverso aumentaba su resistencia. Kennedy no pudo arrancarla por mas que hizo, y ademas, en la posición en que se hallaba, su maniobra era muy peligrosa porque se esponia á que el *Victoria* ascendiese antes de poder él ganar la barquilla.

No queriendo esponerse á una eventualidad de tanta trascendencia, el doctor hizo entrar en la barquilla al escocés, resignándose á cortar el cable del áncora. El *Victoria* dió en el aire un salto de 300 pies, y tomó directamente el rumbo al Norte.

Fergusson no podia dejar de someterse á esta tormenta, y se cruzó de brazos absorbido en sus tristes reflexiones.

Después de algunos instantes de profundo silencio, se volvió á Kennedy no menos taciturno.

—Hemos tentado tal vez á Dios, dijo. ¡No pertenece á los hombres emprender un viaje semejante. Y se escapó de su pecho un doloroso suspiro.

—¡Muy pocos días atrás, respondió el cazador, nos felicitábamos por haber librado bien de tantos peligros! ¡Nos dimos los tres un apretón de manos!

—¡Pobre Joe! ¡bondadosa indole! ¡corazon valiente y franco! ¡Deslumbrado un momento por sus riquezas, hacia espontáneamente el sacrificio de sus tesoros! ¡Y ahora tan lejos de nosotros! ¡Y el viento nos lleva con una velocidad irresistible!

—Dime, Samuel; admitiendo que haya hallado asilo entre las tribus del lago, ¿no podria hacer como los viajeros que le han visitado antes que nosotros, como Denham y Barth? Estos regresaron á su país.

—¡No te hagas ilusiones, pobre Dick! ¡Joe no sabe una palabra de la lengua del país! ¡Esta solo y sin recurso! Los viajeros de que tú hablas no daban un paso sin enviar á los jefes numerosos presentes, sin llevar una gran escolta, sin estar armados y preparados para una expedición. ¡Y aun así, no podian librarse de padecimientos y tribulaciones que le horrizan! ¿Qué quieres tú que haga nuestro desgraciado compañero? ¿Qué será de él? ¡Es horrible pensarlo! y los celos que concibo me hacen sufrir uno de los mayores dolores que me han atormentado en este mundo.

—Pero volveremos, Samuel.

—Volveremos, Dick, aunque tengamos que abandonar el *Victoria* y volver á pie al lago de Tchad, y ponernos en comunicacion con el sultan de Bornou. Los árabes no pueden haber conservado un mal recuerdo de los europeos.

—¡Te seguiré, Samuel, respondió el cazador con energía, puedes contar conmigo! Antes renunciaremos terminar este viaje! ¡Joe se ha sacrificado por nosotros, nosotros nos sacrificaremos por él!

Esta resolución devolvió algun valor al corazon de aquellos dos hombres. La misma idea les hizo fuertes. Fergusson hizo todo lo imaginable para encontrar una corriente contraria que le acercase al Tchad; pero se cansó en vano, y hasta el descenso era impracticable en un terreno escueto y reinando un huracan de tan espantosa violencia.

El *Victoria* atravesó tambien el país de los Tibbous, salvó el Velad-el-Djerit, desierto esquinoso que forma la frontera del Soldan, penetró en el desierto

de arena, surcado por prolongados vestigios de caravanas. Pronto se confundió la última línea de vegetación con el cielo en el horizonte meridional, no lejos del principal oasis de aquella parte de Africa, cuyos principales pozos están sombreados por árboles magníficos. Pero el globo no pudo detenerse. Un campamento árabe, tiendas de telas listadas, algunos camellos, estirando sobre la arena su cabeza de vibora, animan aquella soledad; mas el *Victoria* pasó como una exhalación, y recorrió en tres horas una distancia de 60 millas, sin que Fergusson pudiese dominar su rumbo.

— ¡No podemos hacer alto! ¡dijo, ¡no podemos tampoco bajar! ¡ni un árbol! ¡ni una prominencia de tierra! ¡Vamos, pues, á pasar el Sahara! ¡Decididamente está el cielo contra nosotros!

Así hablaba con una rabia de desesperación, cuando vió hacia el Norte las arenas del desierto agitarse entre nubes de denso polvo, y arremolinarse á impulsos de opuestas corrientes.

En medio del torbellino, quebrantada, rota, derribada, una caravana entera desaparecía bajo el alud de arena; los camellos lanzaban gemidos sordos y lastimosos, y salían gritos y ahullidos de aquella niebla sofocante. Algunas veces un vestido chillón hacía resaltar en aquel caos sus vivos colores, y el mugido de la tempestad dominaba la escena de destrucción.

Luego la arena se acumuló formando nubes compactas, y donde momentos antes se extendía la llanura, se levantaba una colina aun agitada, inmensa tumba de una caravana engullida.



Los camellos lanzaban gemidos sordos.

El doctor y Kennedy, horriblemente pálidos, asistían á aquel terrible espectáculo. No podían sacar partido alguno del globo, que se arremolinaba en medio de corrientes contrarias y no obedecía ya á las diferentes dilataciones del gas. Envuelto en los torbellinos de la atmósfera, giraba con una rapidez vertiginosa, la barquilla describía dilatadas oscilaciones; los instrumentos suspendidos bajo la tienda chocaban unos con otros hasta hacerse pedazos; los tubos de la serpentina se enroscaban amenazando romperse, y las cajas de agua se agitaban con estrépito. Los dos viajeros, no obstante estar casi tocán lase, no podían oirse, y con mano crispada se agarraban de las cuerdas para mantenerse contra el furor del huracán.

Kennedy, con los cabellos en desórden miraba sin hablar; pero el doctor había recobrado su audacia en medio del peligro, y ninguna de sus violentas emociones se tradujo en su semblante, ni aun cuando, despues de su último arremolinamiento, el *Victoria* se halló súbitamente detenido en medio de una calma inesperada. El viento del Norte había quedado dominado y le impelió en sentido inverso por el camino de la mañana, con no menos rapidez.

— ¡Dónde vamos? exclamó Kennedy.

— Dejemos hacer á la Providencia, amigo Dick; yo he hecho mal en dudar de ella; ella sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y ahí nos tienes volviendo á los lugares que esperábamos no volver á ver.

Aquel terreno tan llano, tan igual durante la ida, se hallaba entonces conmovido como las olas desnues

de la tempestad, una série de montecillos, apenas sentados accidentaban el desierto; el viento soplabá con violencia, y el *Victoria* volaba en el espacio.

La dirección seguida por los viajeros se diferenciaba algo de la que había tomado por la mañana, y así es que, á cosa de las nueve, en lugar de encontrar las orillas del Tchad, vieron aun el desierto estenderse delante de ellos.

Kennedy hizo esta observación.

— Poco importa, respondió el doctor; lo que conviene es volver al Sur; volveremos á hallar las ciudades de Bornou, Wondie ó Kouka, y no vacilaré en detenerme en ellas.

— Si á tí te parece bien, á mí lo mismo, respondió el cazador; ¡pero quiera el cielo que no nos veamos reducidos á atravesar el desierto como aquellos desgraciados árabes! Lo que hemos visto es horrible.

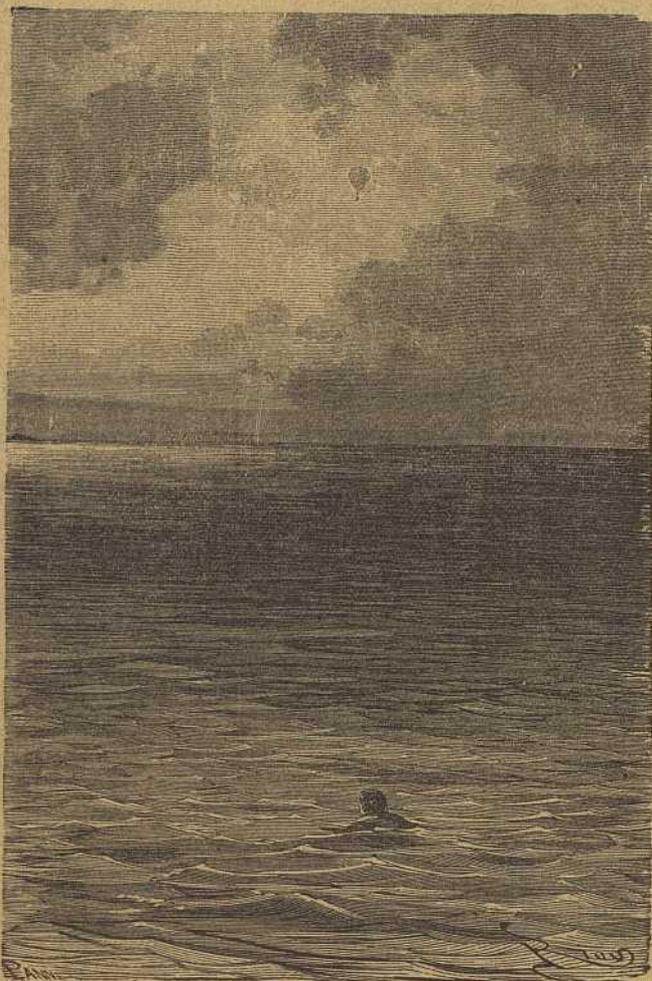
— Y se reproduce con frecuencia, Dick. Las travesías del desierto son mucho mas peligrosas que las del Océano. El desierto tiene todos los peligros del mar, y además, fatigas y privaciones insostenibles.

— Me parece, dijo Kennedy, que el viento tiende á calmarse. El polvo de los arenales es menos compacto, sus ondulaciones disminuyen, y el horizonte se aclara.

— Tanto mejor, es preciso examinar atentamente con el antejo y que ningún objeto se nos escape.

— Me encargo de ella, Samuel, y no aparecerá un árbol sin que te lo prevenga.

— Y Kennedy, con el antejo en la mano, se colocó en la proa de la barquilla.



Al volver á la superficie, vió al *Victoria* muy elevado ya.

XII.

LA HISTORIA DE JOE. — LA ISLA DE LOS BIDDIMANS. — LA ADORACION. — LA ISLA SUMERGIDA. — LAS ORILLAS DEL LAGO. — EL ÁRBOL DE LAS SERPIENTES. — VIAJE Á PIE. — PADECIMIENTOS. — MOSQUITOS Y HORMIGAS. — EL HOMBRE. — PASO DEL « VICTORIA ». — DESAPARICION DEL « VICTORIA ». — DESESPERACION. — EL LODAZAL. — UN ÚLTIMO GRITO.

¿Qué era de Joe durante las inútiles pesquisas de su amo?

Cuando se precipitó al lago, su primer movimiento al volver á la superficie fue levantar la vista. Vió entonces al *Victoria*, muy elevado ya, que subía mas y mas con una rapidez suma, que poco á poco iba disminuyendo, y que luego, cogido por una corriente violenta, desaparecía hácia el Norte. Su amo, sus amigos estaban salvados.

—Fortuna ha sido, se dijo, que me haya ocurrido la idea de arrojarme al Tchad. Si no se me hubiese ocurrido á mí, de seguro se le hubiera ocurrido al señor Kennedy, el cual tampoco hubiera vacilado en hacer lo que acabo de hacer yo, porque es muy natural que un hombre se sacrifique para salvar á dos. Esto es matemático.

Tranquilo sobre este punto, empezó á pensar en sí mismo. Se hallaba en medio de un lago inmenso rodeado de tribus desconocidas, probablemente feroces, lo que era una razon mas para procurar salir de apuros, contando solo con sus propias fuerzas. No podia hacer otra cosa.

Antes del ataque de las águilas-buitres que, en su concepto, se habian portado como verdaderos gipatos, habian distinguido una isla en el horizonte, y resolvió dirigirse á ella. Empezó á desplegar todas sus altas dotes en el arte de la natacion, despues de desprenderse de sus mas pesadas prendas de vestir, sin que le arredrase mucho un paseo de cinco ó seis millas. Mientras estuvo en el lago no se cuidó mas que de nadar con vigor y en línea recta.

Al cabo de hora y media, la distancia que le separaba de la isla habia disminuido considerablemente.

Pero á medida que se acercaba á la orilla, cruzó por su mente una idea, que siendo en un principio fugitiva, se apoderó luego tenazmente de su cerebro. Sabia que poblaban las orillas del lago enormes caimanes cuya voracidad conocia.

Por mas que tuviese la manía de que todo es natural en este mundo, el buen muchacho estaba preocupado sin poderlo remediar; antojósele que la carne

banca debía batagar muy particularmente el paladar de los cocodrilos, y por consiguiente se iba acercando á la playa con las mayores precauciones. En esta disposición de ánimo, hallándose á unas 100 brazas de una márgen coronada de verdes árboles, llegó á su olfato una bocanada de aire cargado de un fuerte olor á almizcle.

— ¡Ya pareció aquello! se dijo, ¡el caiman no está lejos!

Y se zambulló rápidamente, pero no lo bastante para evitar el contacto de un cuerpo enorme, cuya escamosa epidermis le arañó al pasar; se creyó perdido y echó á nadar con una precipitación desesperada; subió á la superficie, respiró y desapareció de nuevo. Pasó un cuarto de hora en una angustia indecible que toda su filosofía no pudo dominar, creyendo oír detrás el ruido de las monstruosas mandíbulas que ya casi le tenían atrapado. Nadaba entonces entre dos aguas con la mayor suavidad posible, cuando se sintió cogido por un brazo y luego por la mitad del cuerpo.

Pobre Joe! tuvo para su amo un último pensamiento y empezó á luchar con desesperación, sintiéndose atraído, no hacía el fondo del lago, que es donde los cocodrilos suelen arrastrar la presa para devorarla, sino á la misma superficie.

No bien pudo respirar y abrir los ojos, se vió entre dos negros que parecían de ébano, los cuales le sujetaban vigorosamente y lanzaban gritos extraños.

— ¡Toma! exclamó Joe; ¡negros en lugar de caimanes! Mal por mal, los prefiero. Pero ¿cómo se atreven esos monotes á bañarse en estos sitios?

Joe ignoraba que los habitantes de las islas del Tchad, como otros muchos negros, se zambullen impudicamente en las islas infestadas de caimanes, sin hacerles el menor caso. Los antíbios de aquel lago gozan sobre todo de una reputación bastante merecida de anima es inofensivos.

¿Pero no había Joe evitado un peligro, sino para caer en otro? Dió á los acontecimientos el encargo de resolver este problema, y, no pudiendo hacer otra cosa, se dejó conducir á la playa sin manifestar el menor miedo.

— Evidentemente, se decía él, estos salvajes han visto el *Victoria* rozando las aguas del lago como un monstruo aéreo; han sido testigos lejanos de mi caída y no pueden dejar de guardar consideraciones á un hombre caído del cielo. Dejémosle obrar á su gusto.

Aquí estaba Joe de sus reflexiones, cuando tomó tierra en medio de una muchedumbre abulladora, compuesta de individuos de todos los sexos y de todas las edades, pero no de todos los colores. Se encontraba en medio de una tribu de bidjohams soberbiamente negros. No tuvo motivos para avergonzarse de la ligereza de su traje, porque se hallaba «desnudo» á la última moda del país.

Pero antes de tener tiempo de darse cuenta de su situación, no pudo equivocarse respecto á las adoraciones de que era objeto, lo que no dejó de tranquilizarle, si bien la historia de Kazeh asaltó su memoria.

— ¡Presiento que voy á volverme un dios; un hijo cualquiera de la Luna! Lo mismo da este oficio que otro cualquiera. Sobre todo no me dejan escoger. Lo que importa es ganar tiempo. Si llego á pasar el *Victoria* me aprovecharé de mi nueva posición para dar á mis adoradores el espectáculo de una ascension milagrosa.

Mientras hacía Joe estas reflexiones, la turba se estrechaba en torno suyo, se prosternaba ante él, ahullaba, le besaba, se hacía familiar, y tuvo el buen pensamiento de ofrecerle un magnífico festín, compuesto de leche agria y miel con arroz machacado. El digno Joe, que de todo sabía sacar partido, hizo

en onces una de las mejores comidas de su vida y dió á su pueblo una alta idea de la manera con que los dioses devoran en las grandes ocasiones.

Llegada la tarde, los magos de la isla le cogieron respetuosamente de la mano y le condujeron á una especie de choza rodeada de talismanes. Antes de penetrar en ella, Joe echó una mirada bastante inquieta á algunos montones de hierbas que había alrededor del santuario, y estaba pensando en su posición, cuando le encerraron en la choza.

Al anochecer, y aun después de muy entrada la noche, oyó síntomas de fiesta y regocijo, ruido de una especie de tambor y un estrépito de hierro viejo, muy agradable para oídos africanos. Coros de ahullidos acompañaban las interminables danzas condimentadas con contorsiones y gestos, que se bailaban alrededor del santuario.

Por entre los cañizos rebosados con lodo que formaban las paredes de su encierro, Joe distinguía aquel atronador bullicio, y tal vez en otras circunstancias le hubiera divertido tan extraña ceremonia; pero una idea muy desagradable atormentaba su mente. Aun mirando las cosas bajo el mejor aspecto posible, le parecía estúpido y aflictivo hallarse perdido en aquella comarca salvaje en medio de semejante gentuza. De los viajeros que habían llegado á aquellas comarcas, pocos habían vuelto á su patria. ¿Podía fiarse de las adoraciones de que era objeto? ¿Tenía muy buenas razones para creer en la vanidad de las grandezas humanas! ¿Se preguntó si en aquel país no se llevaba la adoración hasta el extremo de comerse al adorado!

No obstante tan fatal perspectiva, después de algunas horas de reflexión, el cansancio pudo más que las ideas negras, y Joe se entregó á un sueño bastante profundo, que sin duda hubiera durado hasta el amanecer, si no le hubiese despertado una humedad inesperada.

Aquella humedad fue en aumento; se convirtió en una charca y luego notó Joe que le llegaba el agua á la mitad del cuerpo y el agua seguía subiendo.

— ¿Qué esto? se dijo; ¡una inundación! una tromba! ¡Un nuevo suplicio que han inventado esos pícaros! Pues yo no he de aguardar á que el agua me llegue á la boca.

Apuntaló sus hombros atléticos contra la frágil pared y consiguió derribarla. Entonces se encontró en medio del lago. No había isla; se había sumergido durante la noche. Solo se veía en su lugar la inmensidad del Tchad.

— ¡Triste país para los propietarios! dijo Joe, y volvió á ejercer vigorosamente sus facultades natales.

Un fenómeno bastante frecuente en aquel lago había salvado al valiente mozo. Del mismo modo que la isla en que él se hallaba, han desaparecido de la noche á la mañana otras que presentaban la solidez de una roca, y con frecuencia las poblaciones ribereñas han tenido que recoger á los infelices que han escapado con vida de tan terribles catástrofes.

Joe ignoraba esta particularidad, mas no por eso dejó de aprovecharse de ella. Descubrió un barquichuelo abandonado y no tardó en alcanzarlo. El tal barquichuelo no era más que un tronco de árbol groseramente abuecado. Tenía dentro afortunadamente un par de reinos y Joe se dejó llevar á la deriva por una corriente bastante rápida.

— Orientémonos, se dijo. La estrella poliar que desempeña honradamente su oficio de indicar á todo el mundo el camino del Norte, va á servirme de guía.

Dejó hacer á la corriente, pues vió con satisfacción que le llevaba hácia la orilla septentrional del lago. A cosa de las dos de la mañana puso el pie en un promontorio cubierto de cañas espinosas que parecían muy molestas hasta á un filósofo; pero con mucha oportunidad se hallaba allí un árbol que le ofre-



El árbol de las serpientes.

ría un asilo entre sus ramas. Joe trepó á él para mayor seguridad, y allí aguardó, dormido no mas que á medias, la luz del alba.

Llegó la mañana con la rapidez propia de las regiones ecuatoriales. Joe echó una mirada al árbol que le habia servido de refugio durante la noche, y le heló de terror un espectáculo inesperado. Las ramas del árbol estaban literalmente cubiertas de serpientes y camaleones, bajo cuyos apretados anillos desaparecia el follaje. Hubiérase dicho que era un árbol de una especie nueva que producía reptiles, los cuales á los primeros rayos del sol empezaron todos á agitarse y retorcerse. Joe esperiméntó un sentimiento de terror mezclado con asco y se tiró del árbol en medio de desapacibles silbidos.

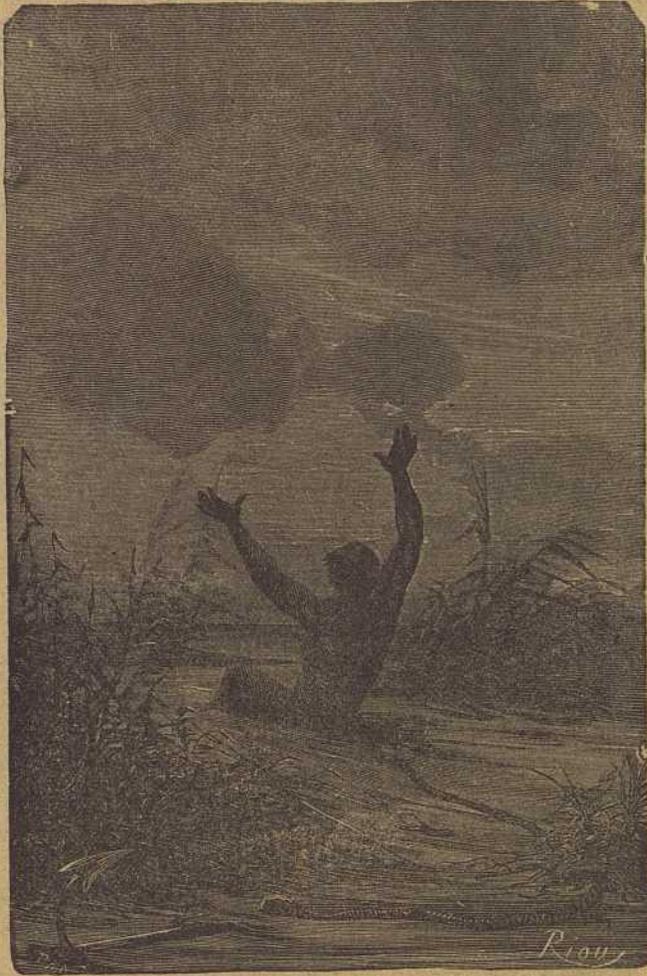
—Hé aquí una aventura á que nadie dará crédito, dijo.

No sabia que las últimas cartas del doctor Vogel hacen mencion de esa singularidad de las orillas del Tchad, en que los reptiles son mas numerosos que en ninguno otro país del mundo. Despues de lo que acababa de ver, Joe resolvió ser mas circunspecto en lo sucesivo, y orientándose por el sol, emprendió de nuevo su peregrinacion hacia el Nordeste. Evió con

el mayor cuidado cabañas, chozas, barracas, cuevas, en una palabra, todo lo que pudiera servir de receptáculos á la raza humana.

¡Cuántas veces levantó al cielo sus miradas! Esperaba ver al *Victoria*, y aunque lo busco en vano durante todo aquel dia de marcha, no disminuyó en lo mas mínimo la confianza que tenia en su amo. Mucha energia de carácter necesitaba para aceptar tan filosóficamente su situacion. Unióse el hambre á la fatiga, porque no repara sus fuerzas un hombre con raices, médula de arbustos y frutas poco nutritivas, sin embargo, segun su cálculo, habia avanzado unas 20 millas hácia el Oeste. Las cañas del lago, las acacias y las mimosas habian con sus espinas laceraado su cuerpo, y sus pies ensangrentados sufrían al andar crueles dolores. Pero pudo hacerse superior á sus grandes padecimientos, y al llegar la noche, resolvió pasarla junto al Tchad.

Allí tuvo que arrostrar las atroces picaduras de millares de insectos. La tierra estaba literalmente cubierta de moscas, mosquitos y hormigas que tenian de largo media pulgada. A las dos horas de estar en aquel sitio, no le quedaba ya á Joe ni una hilacha de la poca ropa que llevaba. Las hormigas la habian



¡Mi amo! ¡mi amo! esclamaba Joe.

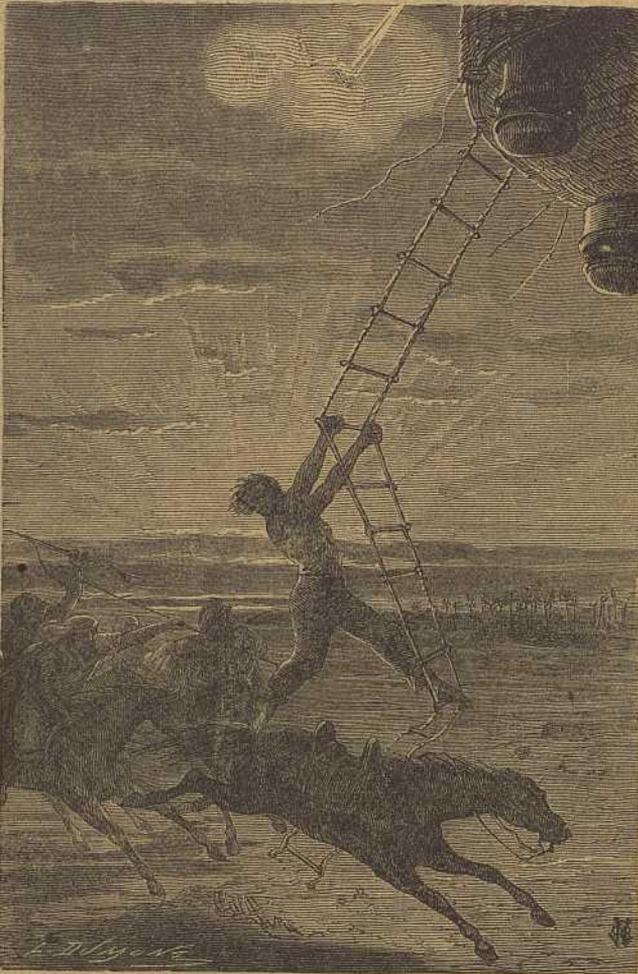
devorado toda sin dejarle ni un harapo. Aquella fue una noche horrible, en que el viajero fatigado no encontró ni un instante de reposo. Los jabalies, los búfalos y los ajubs, lamantinos bastante agresivos, se agitaban en la maleza y en el agua del lago, y un concierto de fieras retumbaba en medio de la noche. Joe no se atrevía á moverse. Eran ya casi insuficientes para sobrellevar una situación semejante su resignacion y su paciencia.

Llegó por fin el día. Joe se levantó mas que de prisa, y júzguese cuál seria su asco al ver que un animal tan inmundado como un sapo habia participado de su cama. ¡Y qué sapo! Un sapo que tenia 5 pulgadas de largo, monstruoso, repugnante, que le miraba con sus grandes ojos redondos. Joe espermentó ahilos de estómago, y tomando alguna fuerza de su misma repugnancia, corrió al lago y se zambullió en sus aguas. Aquel baño mitigó un poco la comezon que le atormentaba, y despues de mascar unas cuantas hojas, volvió á emprender su camino con una obstinacion y un empeño de que él mismo no podia darse cuenta. No tenia ya la conciencia de sus actos, y sin embargo parecia en sí un poder superior á la desesperacion.

El hambre que le atormentaba era terrible, viéndose obligado á ceñirse fuertemente un bejuco alrededor de su cuerpo. Su estómago, menos resignado que él se quejaba, y con todo sentia un bienestar relativo, comparando sus padecimientos con los del desierto en que le acosaba la sed, que junto al lago podia apagar á cada paso.

—¿Dónde estará el *Victoria*? se preguntaba... ¡El viento viene del Norte, ¡cómo el globo no vuelve hácia el lago? Sin duda mi amo se habrá delenido en algun punto para restablecer el equilibrio; para el efecto debió bastarle el día de ayer, y de consiguiente es muy posible que hoy... Pero procedamos como si le hubiese perdido para siempre. Si tuviese la suerte de llegar á una de las grandes ciudades del lago, me hallaria en la posicion misma de los viajeros de que me ha hablado mi amo? ¿Por qué no habia de salir yo de apuros como ellos? Algunos han regresado á su país. ¿Y no habia de volver yo? ¡Valor y veremos!

Y mientras hab'aba andaba, y andando llegó á un bosque en que se encontró en medio de un grupo de salvajes negros que se ocupaban en emponzoñar sus flechas con el zumo del euforbio lo que constituye



La escala llegó junto á él y en un momento se agarró

una de las principales ocupaciones de las tribus de aquellas comarcas, lo cual se efectúa con una especie de ceremonia solemne. El intrépido Joe se detuvo antes que le vieran.

Inmóvil y sin respirar se había ocultado en la maleza, cuando, levantando los ojos, vió por entre el follaje al *Victoria*, al mismo *Victoria*, á 100 pies de su cabeza, con direccion al lago. Y no podía dar ninguna voz para que le oyeran, ni tampoco salir de su escondijo para dejarse ver.

Una lágrima se asomó á sus ojos y no era lágrima de desesperacion sino de reconocimiento. ¡Su amo le estaba buscando! ¡su amo no le abandonaba! Tuvo que esperar á que se marchasen los negros y entonces pudo salir de la maleza, y dirigirse á la orilla del Tchad.

Pero entonces el *Victoria* se perdía á lo lejos en el cielo. Joe, que abrigaba convicción de que volvería á pasar, resolvió esperarle, y volvió á pasar efectivamente, pero mas al Este. Joe corrió, hizo mil señas, dió mil gritos... ¡En vano! un viento recio arrastraba el globo con una velocidad irresistible.

La energía y la esperanza abandonaron por primera vez el corazón del desgraciado. Se vió perdido,

creyó que su amo había partido para no volver, y le faltó hasta la fuerza para seguir reflexionando.

Como un loco, con los pies ensangrentados, con el cuerpo magullado, estuvo andando, andando sin parar durante todo el día y parte de la noche. Se arrastraba, ya de rodillas, ya á gatas; veía acercarse el momento en que faltándole las fuerzas, tenía que morir.

Así llegó delante de un lodazal, sin ver que era un lodazal, porque estaba ya muy entrada la noche, y cayó inesperadamente en él, en un lodo tenaz de que era imposible librarse. A pesar de sus esfuerzos, á pesar de su desesperada resistencia, se fue hundiendo poco á poco en aquel terreno cenagoso, en el cual pocos minutos desques estaba ya hundido hasta la mitad del cuerpo.

—¡Aquí está la muerte! se dijo, ¡y qué muerte!... Luchó, forcejeó con denuedo, hasta con rabia, pero sus esfuerzos solo servían para sepultarle mas y mas en aquella tumba que el desgraciado se cavaba él mismo. ¡Ni el tronco de un árbol para detenerse, ni una miserable caña de, que asirse! ¡Comprendió que todo para él había concluido, y cerró los ojos!

—¡Amo mio! ¡amo mio! ¡socorro!... exclamó.

Y su voz desesperada, aislada, ahoga la ya se perdió en el silencio de la noche!

CAPITULO XIV.

UN GRUPO A LO LEJOS.—UN TROPEL DE ARABES.—LA PERSECUCION.—¿ES ÉL?—CAIDA DEL CABALLO.—EL ARABE ESTRANGULADO.—UNA BALA DE KENNEDY.—MANIOBRA.—RESCATE AL VUELLO.—JOE EN SALVO.

Desde que Kennedy habia vuelto á tomar su puesto de observacion en la proa de la barquilla, no cesó un momento de observar con la mayor atencion el horizonte.

Pasado algun tiempo, se volvió al doctor y le dijo: —Si no me engaño, allá á lo lejos hay un grupo en movimiento, no siendo me aun posible distinguir si es de hombres ó de animales. Lo cierto es que se agitan violentamente, pues levantan una nube de polvo.

—¿No sea un viento contrario, dijo Samuel, un sifon que vuelva á arrojarnos al Norte?

Y se levantó para examinar el horizonte.

—No lo creo, Samuel, respondió Kennedy; es una manada de gacelas ó una torada salvaje.

—Tal vez, Dick; pero sea lo que quiera, se halla al menos 9 ó 10 millas de distancia y yo no alcanzo á ver nada, ni aun con el anteojo.

—De todos modos, yo no perderé eso de vista. Hay en lo que vi-lumbró algo de extraordinario que excita mi curiosidad sin saber por qué; diríase que es una maniobra de caballería. ¡Y lo es! ¡ahora te digo que no me engaño! ¡Son gentes á caballo! ¡Míralo!

El doctor observó con atencion el grupo indicado.

—Creo que tienes razon, dijo; es un destacamento de árabes ó de tibbous, que llevan la misma direccion que nosotros. Pero nosotros corremos mucho mas y les ganaremos fácilmente la delantera. Dentro de media hora estaremos en aptitud de ver y juzgar lo que debemos hacer.

Kennedy seguia mirando atentamente con el anteojo. La partida de ginetes se hacia cada vez mas visible: algunos de ellos se aislaban.

Evidentemente, repuso Kennedy, es una maniobra ó una caza. Diríase que esas gentes persiguen algo. Quisiera saber lo que es.

—Paciencia, Dick. Dentro de poco les alcanzaremos y basta les dejaremos atrás, si no toman otra direccion: marchamos con una rapidez de 20 millas por hora, y no hay caballo que resista semejante carrera.

Kennedy volvió á su observacion, y algunos minutos despues dijo:

—Son árabes corriendo á todo escape. Los distingo perfectamente. Hay unos cincuenta. Veo sus albornoces que el viento alucea. Es un ejercicio de caballería. Su jefe les precede á la distancia de unos cien pasos, y todos le siguen precipitadamente.

—Sea lo que quiera, Dick, no pueden inspirarnos ningun miedo, pero por si acaso, nos elevaremos.

—¿Aguarda, aguarda, Samuel!

—¿Es singular! añadió Dick despues de un nuevo examen; hay algo que no puedo explicarme. A juzgar por sus esfuerzos y la irregularidad de su linea, esos árabes no siguen, sino que persiguen.

—¿Estás de ello seguro, Dick?

—Evidentemente. ¡No me engaño! ¡Es una caza, pero la caza de un hombre! El que les precede no es un jefe, sino un fugitivo.

—¿Un fugitivo! dijo Samuel conmovido.

—¿Sí!

—No le perdamos de vista y adelante.

En poco tiempo disminuyó en 3 ó 4 millas la distancia que separaba el globo de los ginetes, no obstante la prodigiosa ligereza con que éstos corrían.

—¿Samuel! ¡Samuel! escucho Kennedy con voz trémula.

—¿Qué ocurre, Dick?

—¿Es una fascinacion? ¿es posible!

—¿Qué quieres decir?

—Espera.

Y el cazador limpió rápidamente los cristales de anteojo y volvió á mirar.

—¿Y qué? le preguntó el doctor.

—¿Es él, Samuel!

—¿El! exclamó ésta.

—¿El! le decia todo. No habia necesidad de nombrarle.

—¿Es él á caballo! ¡á menos de cien pasos de sus enemigos! ¡Huy!

—¿Es Joe! dijo el doctor palideciendo.

—¿No puede vernos en su fuga!

—Nos verá! respondió Fergusson disminuyendo la llama de su soplete.

—¿Pero cómo?

—Dentro de cinco minutos estaremos á 50 pies de tierra; dentro de quince estaremos encima de él.

—Debemos disparar un tiro para prevenirle.

—¿No! ¡no puede retroceder! ¡le cortan la retirada!

—¿Qué hacer, pues?

—Aguardar.

—¿Aguardar! ¿Y esos árabes?

—¿Les alcanzaremos! ¡Les dejaremos atrás! Distamos de ellos dos millas, y con tal que el caballo de Joe resista...

—¿Gran Dios! exclamó Kennedy.

—¿Qué pasa?

Kennedy habia lanzado un grito de desesperacion al ver á Joe rodar por tierra. Su caballo rendido, estenuado, acababa de caer.

—¿Nos ha visto, exclamó el doctor, ¡al levantarse nos ha hecho una seña.

—¿Pero los árabes van á alcanzarle! ¿qué espera! ¡Ah! ¡valiente! ¡Hurra! gritó el cazador sin poder reprimir su entusiasmo.

Joe, al levantarse del suelo, en el instante de precipitarse contra él uno de los mas rápidos ginetes, dió un salto como una pantera, evitó el golpe con un esguince, se echó á la grupa, asíó al árabe de la garganta, y con sus manos musculosas, con sus dedos de hierro, le estranguló, le derribó, y prosiguió en el caballo de su enemigo su rápida fuga.

Los árabes lanzaron un grito de furor; pero, no ocupándose mas que en la persecucion del fugitivo, tan ciegos estaban que no vieron detras el *Victoria* á la distancia de 500 pasos, y á menos de 30 pies del suelo. Ellos distaban entonces del perseguido menos de 20 cuerpos de caballo.

Uno de ellos estaba ya casi tocando á Joe é iba á traspasarle con su lanza, cuando Kennedy, que seguia todos sus movimientos, le derribó de un balazo.

Joe ni siquiera volvió al oír el tiro. Una parte de los perseguidores se detuvo al ver el *Victoria*, é hincó la frente en el polvo; pero los demás continuaron acosando de cerca al fugitivo.

—¿Pero qué hace Joe, exclamó Kennedy, que no se detiene?

—¿Ya sabe lo que se hace, Dick! ¡Le he comprendido! ¡Sigue la direccion del globo! ¡Cuenta con nuestra inteligencia! ¡Bien, valiente! ¡Se lo arrebatamos á los árabes en sus mismas barbas! No estamos mas que á 200 pasos.

—¿Qué hay que hacer? preguntó Kennedy.

—Deja la carabina.

—Ya está, dijo el cazador soltando el arma. ¿Y ahora?

—¿Puedes sostener en tus brazos 150 libras de lastre?

—Aunque sea mas.

—Bastan las que te digo.

Y el doctor fue amontonando entre los brazos de Kennedy sacos de arena.

—Colócate en la popa de la barquilla, estate preparado para echar todo el lastre de un solo golpe. Pero por Dios! no lo echés hasta el momento mismo de mandártelo.

—¡Descuida!

—De otro modo erraríamos el golpe, y perderíamos a Joe irremisiblemente.

—Te comprendo perfectamente.

El *Victoria* caía entonces casi verticalmente sobre el grupo de ginetes que á escape tendido arremetían á Joe. El doctor, en la proa de la barquilla, tenía en la mano la escala desplegada, pronto á echarla en el momento preciso. Joe se había mantenido á la distancia de 50 pies de los perseguidores á quienes el *Victoria* dejó algo rezagados.

—¡Atencion! dijo Kennedy.

—Cuando digas.

—¡Joel... ¡alerta! exclamó con voz sonora, arrojando la escala, cuyos últimos peldaños levantaron polvo del suelo.

Al llamarle el doctor, Joe, sin detener su caballo, había vuelto la cabeza, la escala llegó junto á él, y en un momento se agarró á ella.

—¡Abajol! gritó el doctor á Kennedy.

—¡Allá va!

Y el *Victoria*, descargado de un peso superior al de Joe, subió á 150 pies de un solo salto.

Joe se agarró con fuerza á la escala para no ceder á sus violentas sacudidas; hizo á los árabes una mueca indescriptible, y trepando con la agilidad de un mono, llegó á los brazos de sus compañeros.

—¡Mi amor! señor Dick! exclamó Joe.

Y rendido por la conmoción y la fatiga, cayó desvanecido, mientras Kennedy, casi delirante, exclamaba:

—¡Salvado! ¡salvado!

—¡Pues no faltaba más! dijo el doctor, que había recobrado su impassibilidad habitual.

Joe estaba casi desnudo, y llevaba impresos sus padecimientos en sus brazos ensangrentados y en su cuerpo, cubierto de cardenales y magulladuras. El doctor curó sus heridas y le acostó bajo la tienda.

Joe recobró luego sus sentidos, y pidió un vaso de aguardiente, que el doctor le dejó beber, porque Joe no debía tratarse como la generalidad de los enfermos. Despues de beber, el valiente criado estrechó la mano de sus dos compañeros, y se manifestó dispuesto á contar su historia.

Pero como el doctor no le permitió hablar, concibió un profundo sueño, que bien lo necesitaba.

Entonces el *Victoria* tomaba una línea oblicua hácia el Oeste. Empujado por un viento muy fuerte, volvió á ver las orillas del desierto espinoso y las palmeras encorvadas ó arrancadas por el ímpetu de la tormenta, y despues de haber andado 200 millas, llegó, por la tarde, al 10° de longitud.

CAPITULO XV.

EL CAMINO DEL OESTE.—JOE AL DESPERTAR.—SU TERQUEZAD.—FIN DE LA HISTORIA DE JOE.—TEGELEL.—ZOZO.—RAS DE KENNEDY.—RUMBO AL NOROESTE.—UNA NOCHE CERCA DE AGHADES.

Durante la noche pareció que el viento quería también descansar de sus fatigas del día, y el *Victoria* permaneció pacíficamente sobre la copa de un corpulento sicomoro. El doctor y Kennedy se repartieron la guardia, y Joe durmió de un tirón por espacio de veinticuatro horas.

—Que duerma, dijo Ferguson. El reposo es el úni-

co remedio que necesita, y la naturaleza se encargará de completar su curación.

Al amanecer volvió el viento fuerte, pero variable, echándose al Norte y al Sur; por fin, despues de algunas alternativas, el *Victoria* fué empujado hácia el Oeste.

El doctor, con la carta en la mano, reconoció el reino del Damerghon, terreno que ofrece ondulaciones de una fertilidad suma, con aldeas cuyas chozas están formadas de cañas entrelazadas con ramas de asalepias. En los campos cultivados, las gavillas estaban colocadas á lo alto de andamios, para preservarlas de la invasion de ratones, y otros roedores dañinos.

Se alcanzó luego la ciudad de Zinder, fácil de reconocer por su gran plaza de las ejecuciones, en cuyo centro se levanta el árbol de la muerte, y al pie de éste vela el verdugo. El que pasa bajo su sombra es inmediatamente ahorcado.

Consulta de la brújula, Kennedy no pudo abstenerse de decir:

—¡Otra vez rumbo al Norte!

—¡Qué importa? Si el viento nos lleva á Tambouctou, no tenemos motivos de queja. Nunca se habrá verificado un viaje en mejores circunstancias.

—Ni con mejor salud, respondió Joe, asomando su apacible semblante por entre las cortinas de la tienda.

—¡Calle! ¡Aquí tú? ¡Nuestro amigo, nuestro salvador! ¿Que tal vá?

—Como siempre, señor Kennedy, como siempre. Nunca he estado mejor que ahora. No hay nada que entone tanto á un hombre, como un viaje de recreo precedido de un baño en el Tchad. ¿No es verdad, mi amo?

—¡Noble corazón! respondió Ferguson, estrechándole la mano. ¡Cuántas angustias é inquietudes nos has ocasionado!

—¡Pues y yo? ¿Creeis que las he pasado pequeñas, pensando en lo que podría haber sido de vos y del señor Kennedy? ¡Bien podeis vanagloriaros de haberme metido mucho miedo!

—Nunca nos entenderemos, Joe, si te echas todo á broma.

—Ya veo que su caída no le ha modificado, añadió Kennedy.

—Tu desprendimiento ha sido sublime, muchacho, y nos ha salvado, porque el *Victoria* caía en el lago, y una vez allí, nada podría sacarle.

—Pero si mi desprendimiento, como llamais á mi zambullida, os ha salvado, ¿no me ha salvado también á mí, puesto que aquí estamos los tres sanos y salvos? No tenemos, por consiguiente, nada que agradecernos.

—No hay manera de entenderse con este mozo, dijo el cazador.

La mejor manera de entendernos, replicó Joe, es no hablar mas del asunto. Lo pasado, pasado. Bueno ó malo, no hay que recordarlo.

—¡Qué terco eres, dijo el doctor riendo. Pero á menos nos contarás tu historia?

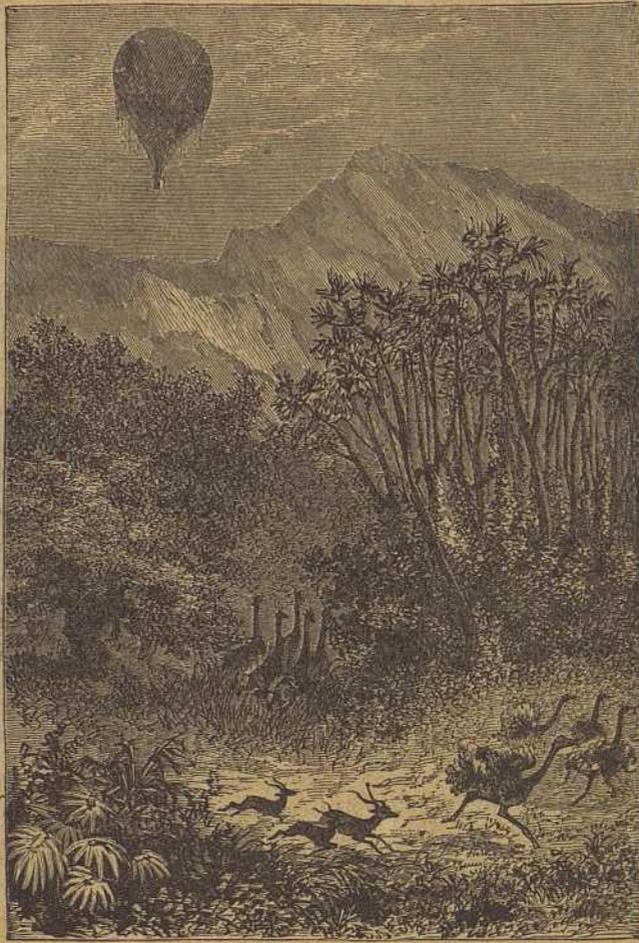
—¡Si os empeñais! Pero, antes, voy á asar este soberbio ganso, pues ya veo que el señor Dick ha hecho de las suyas.

—¡Y tanto Joe!

—Pues bien; vamos á ver cómo se conduce un ganso de Africa en un estómago europeo.

Dorado el ganso al calor del sopiete, fue en poco tiempo devorado. Joe comió, como era natural lo hiciese, despues de tan prolongado ayuno.

Despues del té y del grog, puso á sus compañeros al corriente de sus aventuras, y habló con cierta conmoción, no obstante considerar los acontecimientos, bajo el punto de vista de su filosofía habitual. El doctor le estrechó varias veces la mano, al ver en él un



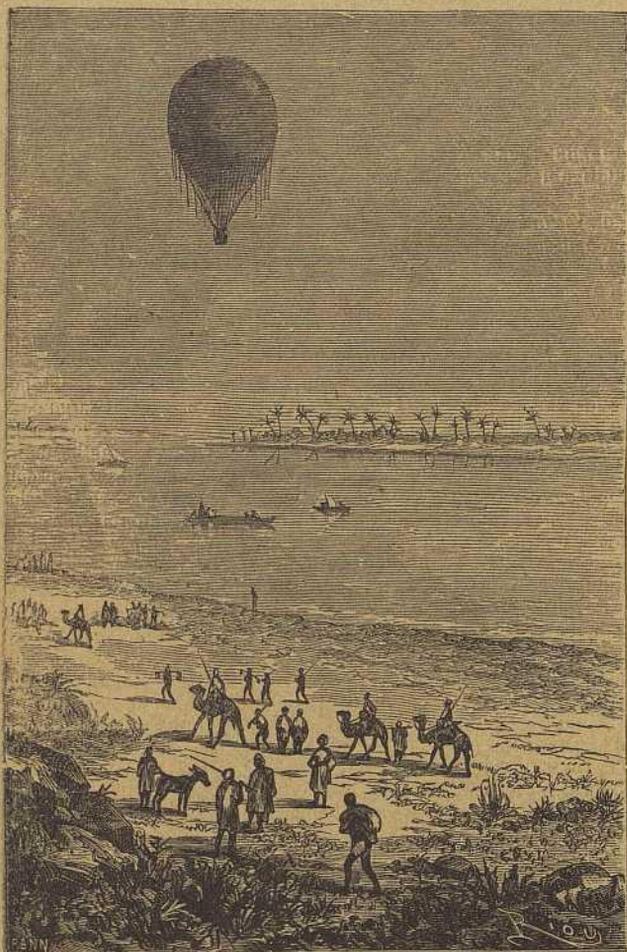
El país de los Kafovas.

criado mas interesado en la salvacion de su amo que en la suya propia, y respecto de la submersion de la isla de los Bihdiomahs, le esplicó la frecuencia en el lago Tchad de tan notable fenómeno.

Por fin, Joe, prosiguiendo su narracion, llegó al momento en que hundido en el lamedal, lanzó un último grito de desesperacion.

—Yo me creia perdido, señor, á vos se dirigian mis pensamientos. Fraciqué terribles esfuerzos sin que pueda decir cómo: pero estaba decidido á no dejarme engullir sin discusion, cuando á dos pasos distinguí, ¿qué direis? un pedazo de cuerda recien cortada. Multipliqué mis esfuerzos, y echando el resto, pude llegar á coger el cable, y tiré de él, y despues de mucho tirar, puse el pié en tierra firme. En el otro extremo de la cuerda habia un áncora, á la cual, si vos, señor, no veis en ello ningun inconveniente, tengo el derecho de llamar áncora de salvacion. ¡La reconocí! ¡era un áncora del *Victoria*! ¡Vos habiais tomado tierra en aquel mismo punto! Sigo la direccion de la cuerda que me indicaba la vuestra, y despues de nuevos esfuerzos, salgo del atoladero. Con la libertad de mis miembros habia recobrado mi ánimo, y anduve una parte de la noche

alejándome del lago. Llegué al fin á la entrada de un inmenso bosque, donde habia un cercado, en que pastaban tranquilamente unos cuantos caballos. ¿No es verdad que hay ocasiones en la vida en que no hay nadie que no sepa montar á caballo? Sin perder un minuto en reflexionar, me monto de un salto en uno de los cuadrúpedos y le echo á correr á todo escape en direccion al Norte. No os hablaré de las ciudades que no he visto, ni de las aldeas que he procurado no ver. Atravieso campos sembrados, salto zanjas, y corro, y vuelo, y quiero volar mas, y así llevo á las lindes de las tierras cultivadas. Ya estoy en el desierto. Tanto mejor; así tendré mas horizonte delante de mí, y observará mas objetos mi mirada. Esperaba ver el *Victoria* que debia navegar por ahí de vuelta y vuelta. Pero nada. Sigo corriendo, sigo volando, y al cabo de tres horas me meto como un imbécil en un campamento de árabes. ¡Ah! ¿qué caza! Os digo señor Kennedy, que un cazador no sabe lo que es caza hasta que ha sido cazado él mismo. Os aconsejo, sin embargo, que no deseéis saberlo á tanta costa. Mi caballo no podia ya mas, los bárbaros me siguen de cerca, los tengo ya encima, me caigo, y no quedándome otro recurso, salto á la grupa de



Entonces, dijo Joe, llegaremos mas pronto, que aquella caravana.

uno de mis perseguidores. Yo no le tenia mala voluntad, y no debe guardarme ningun rencor por haberle apretado el tragadero. Pero yo os habia visto, y sabeis lo demás. El *Victoria* me sigue y me cogéis al vuelo como se coge una sortija en el juego de este nombre. ¿No tenia razon en confiar? Ya veis, señor Samuel, que todo lo que ha pasado es muy sencillo y lo mas natural del mundo. Disputos estoy á repetir lo hecho, si la ocasion lo requiere. Es cosa que no vale la pena de hablar de ella.

—¡Buen Joel respondió el doctor muy conmovido, ¡No en vano confiábamos en tu inteligencia y destreza!

—No hay mas que seguir los acontecimientos para salir de apuros. Lo mejor es aceptar las cosas como se presentan.

Durante la narracion de Joe, el globo habia salvado rápidamente una estension de país considerable, Kennedy hizo notar en el estremo del horizonte una multitud de casas que ofrecia el aspecto de una ciudad. El doctor consultó su carta, y reconoció la ciudad de Tagelel en el Damerghou.

—Aq í, dijo, volveremos á encontrar el camino de Barth. Tenemos á la vista el punto en que se separó de sus dos compañeros Richardson y Overwey. El

primero debia seguir la senda de Zinder y el segundo la de Moradi, y ya sabeis que de los tres viajeros Bath es el único que volvió á Europa.

—¡Así, pues, dijo, el cazador, siguiendo en el mapa la direccion del *Victoria*, avanzamos directamente hácia el Norte.

—Directamente, amigo Dick.

—¿Y no lo sientes?

—¿Por qué?

—Porque nos dirigimos á Tripoli y encima del gran desierto.

—Espero no ir tan lejos, Kennedy.

—¿Dónde, pues, piensas detenerte?

—¿Dime, Dick, no tiene curiosidad de ver á Tembouctou?

—¿Tembouctou?

—Sin duda, repuso Joe. Nadie debe permitirse un viaje á Africa sin visitar á Tembouctou.

—Tú serás el quinto ó sexto europeo que habrá visto esta ciudad misteriosa.

—Pues vamos á Tembouctou.

—Entonces deja que lleguemos á los 17° ó 18° de atitud, y allí buscaremos un viento favorable que nos empuje hácia el Oeste.

—Corriente, respondió el cazador, ¿pero tenemos aun que avanzar mucho hacia el Norte?

—Ciento cincuenta millas al menos.

—Entonces, replicó Kennedy, voy á dormir un poco.

—Dormid, señor Dick, respondió Joe, y vos tambien; mi amo, imitad al señor Dick. Teneis sin duda necesidad de descanso porque os he hecho velar de una manera indiscreta.

El cazador se quedó tendido bajo la tienda; pero Fergusson, que era infatigable, permaneció en su puesto de observacion.

Tres horas despues, el *Victoria* salvaba con una rapidez suma un terreno pedregroso con altas cordilleras de montañas escueltas, de base granítica. Algunos picos aislados tenian una elevacion de 4,000 pies. Las girafas, los antilopes, y los avestruces saltaban con maravillosa agilidad en medio de bosques de acacias, mimosas, guanos y palmeras. Terminaba la aridez de el desierto, y la vegetacion recobraba su imperio. Aquel era el pais de los Kailouas que se tapan la cara por medio de una vanda de algodón, lo mismo que sus peligrosos vecinos los Toureg.

A las diez de la noche, despues de una soberbia travesia de 250 millas, el *Victoria* se detuvo encima de una ciudad importante, de la cual, al suave resplandor de la luna, se veia una parte medio arruinada. Algunos medenes y minaretes de mezquitas reflejaban en distintos puntos los blancos rayos de la luna, y el doctor, calculando la altura de las estrellas, reconoció que se hallaban bajo la latitud de Aghades.

Dicha ciudad, centro en otro tiempo de un inmenso comercio, caminaba ya rápidamente á su ruina en la época en que la visitó el doctor Barth.

El *Victoria*, no siendo percibido en la sombra, tomó tierra á dos millas de Aghades, en un gran campo de mijo. La noche fue bastante tranquila, y á las cinco de la mañana el globo se vió solicitado hacia el Oeste y hasta un poco al Sur por un viento ligero.

Fergusson no desperdició la ocasion, y elevándose rápidamente, se envolvió en los rayos del sol naciente.

CAPITULO XVI.

TRAVESIA RÁPIDA.—RESOLUCIONES PRUDENTES.—CARAVANAS.—CHUBASCOS CONTINUOS.—GAO.—EL NIGER. GOLBERRY, GEOFFROY, GRAY.—MUNGO PARK.—LAING. RENATO CAILLIE.—CLAPPERTON.—JOHN Y RICHARD LANDER.

El dia 17 de mayo fue tranquilo, y se pasó sin ningun incidente que digno de mencionarse sea. Se presentó nuevamente el desierto. Un viento no muy fuerte volvió á empujar el *Victoria* hacia el Sudoeste, y el globo no oscilaba á derecha ni á izquierda, trazando su sombra en la arena una línea rigurosamente recta.

El doctor, antes de partir, habia renovado prudentemente su provision de agua, temiendo no poder tomar tierra en aquellas comarcas plagadas de Touargs Aouicimminianos. La meseta, cuya elevacion era de 4,800 pies encima del nivel del mar, se deprimia hacia el Sur. Cortando el camino de Aghades á Mourzouk, en que se distinguian muchas pisadas de camellos, los viajeros llegaron por la noche á los 16° de latitud y 4° 55' de longitud, despues de haber pasado 180 millas de prolongada monotonía.

Joe, durante aquel dia, condimentó las últimas aves, que no habian recibido mas que una preparacion preliminar, y dispuso una comida de chochas sumamente apetitosa. Como el viento era bueno, el doctor resolvió proseguir su camino durante la noche, que era muy clara por alumbrarla la luna casi llena.

El *Victoria* ascendió á una altura de 500 pies, y en toda aquella travesia nocturna de unas 60 millas, no habia ruido suficiente en la atmósfera para interrumpir el ligero sueño de un niño.

El domingo por la mañana varió de nuevo el viento hacia el Noroeste. Algunos cuervos cruzaban los aires, y se distinguian en el estremo horizonte numerosos buires, que afortunadamente no se acercaron.

La aparicion de aquellas aves indujo á Joe á cumplimentar á su amo por su feliz idea de embutir un globo dentro de otro.

—¿Qué sería de nosotros á estas horas, dijo, con un envoltorio solo? Este segundo globo es como la lancha del buque que reemplaza á éste en caso de naufragio.

—Tiene razon Joe; pero mi lancha me causa alguna zozobra, pues no vale tanto como el buque.

—¿Qué quieres decir? preguntó Kennedy.

—Quiero decir que el nuevo *Victoria* es inferior al otro, pues ya sea que el tejido se haya rozado y desgastado, ya sea que la goma se haya derretido al calor de la serpentina, lo cierto es que noto cierto desperdicio de gas, que hasta ahora no es una gran cosa, pero no deja de ser apreciable. Tenemos tendencia á bajar, y para impedirlo me veo obligado á dar mayor dilatacion al hidrógeno.

—La averia me parece de mal género, dijo Kennedy, y no debe tener remedio.

—No lo tiene, amigo Dick, por lo que creo que deberiamos darnos prisa, sin detenernos de noche.

—¿Estamos aun lejos de la costa? preguntó Joe.

—¿Qué costa? ¿Sabemos acaso á dónde nos conducirá el azar? Lo que puedo decirte es que distamos aun de Tembouctou 400 millas hacia el Oeste.

—¿Y cuánto tiempo tardaremos en llegar?

—Si el viento no nos separa demasiado, cuento con encontrar dicha ciudad el martes al anochecer.

—Entonces, dijo Joe, indicando una prolongada comitiva de bestias y de hombres que avanzaba en medio del desierto, llegaremos mas pronto que aquella caravana.

Fergusson y Kennedy se asomaron y percibieron una aglomeracion de hombres y bestias muy considerable. Habia mas de ciento cincuenta camellos de los que por 12 mutkabs de oro (1) van de Tembouctou á Tafilete con una carga de 500 libras. Todos bajo la cola llevaban un talego destinado á recoger su excremento, que es el único combustible con que se puede contar en el desierto.

Aquellos camellos de los touaereg son de una especie superior á todas las demás, pues pueden pasar de tres á siete dias sin beber y dos sin comer, y además, escuden en ligereza á los caballos, y obedecen con inteligencia al khabir ó conductor de la caravana. Son conocidos en el pais con el nombre de *ameharis*.

Tales fueron los pormenores dados por el doctor, mientras sus compañeros contemplaban aquella multitud de hombres, mujeres y niños que marchaban penosamente por una arena movediza, contenida unicamente por algunos cardos y yerbas agostadas y zarzales muy ruines. El viento borraba casi instantáneamente la huella de sus pasos.

Joe preguntó cómo podian los árabes conducirse en el desierto y encontrar los pozos esparcidos en aquella soledad inmensa.

—Los árabes, respondió Fergusson, han recibido de la Naturaleza un mar villosa instinto para reconocer su rumbo. Donde un europeo se desorientaria ellos no vacilan nunca. Una piedra insignificante, un guijarro, una yerbecita, el indiferente matiz de las arenas, les bastan para dirigirse con seguridad completa. Durante la noche, se guian por la estrella po-

(1) 470 rs. próximamente.

lar, y no andan mas que 2 millas por hora. En las horas de mas calor duermen la siesta, y no es necesario decir mas para comprender cuánto tiempo invertirán en atravesar el Sahara, que es un desierto de mas de 900 millas.

Pero el *Victoria* habia ya desaparecido á las miradas atónitas de los árabes, que debieron envidiar su rapidez. Por la tarde pasaba por los 2° 26' de longitud (1), y durante la noche avanzó mas de un grado.

El lunes varió el tiempo completamente. Empezó á llover, y hubo precision de resistir el exceso de peso con que la lluvia cargaba el globo y la barquilla. Aquel aguacero continuado, hacia que toda la superficie del país fuese una inmensa ciénaga, reapareciendo la vegetacion con las mimosas, los baobabes y los tamariscos.

Tal era el Souray, con sus aldeas compuestas de chozas, cuya forma le daba cierta semejanza con un gorro armenio. Habia, pues, montañas, reduciéndose éstas á colinas muy bajas que forman barrancos y despeñaderos incesantemente cruzados por zallinasas y pintadas de rápido vuelo. A trechos un impetuoso torrente cortaba las sendas, que los indígenas atravesaban agarrándose de un bejuco tendido entre dos árboles. Los bosques iban poco á poco siendo reemplazados por juncales en que se agitaban caimanes, hipopótamos y rinocerontes.

—No tardaremos en ver el Niger, dijo el doctor; las comarcas se metamorfosean en la proximidad de los grandes rios. Los grandes rios que, segun una feliz expresion, son caminos que andan, traen con ellos la vegetacion primero, y mas adelante traerán la civilizacion. Asi es como el Niger, en su trayecto de 250 millas, ha sembrado en sus márgenes las mas importantes ciudades de Africa.

—Eso, dijo Joe, me recuerda la historia de aquel gran admirador de la Providencia, de la cual decia que era acreedora á sus aplausos por haber hecho pasar los rios por las grandes ciudades.

A cosa del medio dia, el *Victoria* pasó por encima de una poblacion llamada Garo, que fue en otro tiempo una gran capital, y á la sazón estaba reducida á una aglomeracion de chozas bastante considerable.

—Hé aquí el sitio, dijo el doctor, por el cual Barth atravesó el Niger á su regreso de Tembouctou, el Niger, el rio famoso de la antigüedad, el rival del Nilo, al cual atribuyó un origen celestial la supersticion pagana. El Niger ha llamado como el Nilo la atencion de los geógrafos de todos los tiempos, y su exploracion, mas aun que la del Nilo, ha costado numerosas víctimas.

El Niger corria entre dos orillas muy separadas una de otra, y sus aguas se dirigian al Sur con cierta violencia; pero los viajeros apenas tuvieron tiempo de observar sus curiosas circunvalaciones.

—Voy á hablaros de ese rio, dijo Fergusson, y está ya lejos de nosotros. El Niger, que casi puede competir con el Nilo en longitud, recorre una estension inmensa de país, y segun las comarcas que atraviesa, toma los nombres de Dhi-leba, Mayo, Egghirreou, Quorra y otros que todos significan rio.

—¿Siguió el doctor Barth ese camino? preguntó Kennedy.

—No, Dick. Dejando el lago Tchad, atravesó las principales ciudades de Bornou, y pasó el Niger por Say, 4.ª mas abajo del Pao. Luego penetró en el seno de las exploradas comarcas que el Niger encierra en su recodo, y despues de ocho meses de nuevas fatigas, llegó á Tembouctou, lo que nosotros con un viento tan fuerte haremos en tres dias escasos.

—¿Se ha descubierto el origen del Niger? preguntó Joe.

—Hace ya mucho tiempo, respondió el doctor. El reconocimiento del Niger y de sus afluentes atrajo numerosas exploraciones, de las cuales voy á indicar las principales. De 1749 á 1758, Adamson reconoce el rio y visita á Gorea. De 1785 á 1788, Golbery y Geoffroy recorren los desiertos de la Senegabia, y suben hasta el país de los Nuros, los cuales asesinaron á Saugnier, Brison, Adam, Riley, Cochelet, y otros muchos desgraciados. Viene entonces el ilustre Mungo-Park, el amigo de Walter-Scott, escocés como él. Enviado en 1795 por la Sociedad africana de Londres, alcanza Bambarra, ve el Niger, hace 500 millas con un traficante de esclavos, recorre el rio de Gambia y regresa á Inglaterra en 1797; vuelve á partir el 30 de enero de 1805 con su cuñado Anderson, con el dibujante Scott y una multitud de operarios; llega á Gorea, se agrega á una partida de treinta y cinco soldados, y vuelve á ver el Niger el 19 de agosto; pero entonces, á consecuencia de las fatigas, de las privaciones, de los malos tratamientos, de las inclemencias del cielo, de la insalubridad del país, no quedaban ya vivos de los cuarenta europeos mas que once; y el 16 de noviembre llegaron á manos de su esposa las últimas cartas de Mungo-Park, y un año despues se supo por un traficante del país, que habiendo llegado á Bonza, por el Niger, el 23 de diciembre, el desventurado viajero vió derribada su barca por las cataratas del rio y fue de ollado por los indígenas.

—¿Y un fin tan terrible no contuvo á los exploradores?

—Al contrario, Dick, porque entonces no solo hubo que reconocer el rio; sino que tambien hubo que buscar los papeles del viajero. En 1816, se organizó en Londres una expedicion, en la cual toma parte el mayor Gray; llega al Senegal, penetra en el Fouta-Dejallon, visita las poblaciones follahs y mandingas, y regresa á Inglaterra sin otro resultado. En 1822, el mayor Laing espóra toda la parte del Africa occidental próxima á las posesiones inglesas, siendo el primero que llegó á los manantiales del Niger, y, segun sus documentos, el origen de este rio inmenso no tiene dos pies de ancho.

—Es fácil de saltar, dijo Joe.

—¡Fácil! replicó el doctor. Segun la tradicion, el que quiere pasar de un salto aquel manantal es inmediatamente engullido, y el que va á sacar agua de él se siente rechazado por una mano invisible.

—¿Pero me será permitido, preguntó Joe, no creer una palabra de la tradicion?

—Nadie te lo impide, Joe. Cinco años despues, el mayor Laing debió atravesar el Sahara, penetrar en Tembouctou, y morir estrangulado á algunas millas mas arriba por los Ouland Shiman, que querian obligarle á hacerse musulman.

—Otra víctima! dijo el cazador.

—Entonces un jóven valeroso, con muy escasos recursos, emprendió y llevó á cabo el viaje moderno mas asombroso. Aludo al francés Renato Caillé. Despues de varias tentativas en 1819 y en 1824, partió de nuevo el 19 de abril en 1827 de Rio-Nunez; e 9 de agosto llegó de tal manera estenuado y enfermo á Time, que no pudo proseguir su viaje hasta seis meses despues, en enero de 1828; se incorporó entonces á una caravana, protegido por su trage oriental; alcanzó el Niger el 10 de marzo, penetró en la ciudad de Jenné, se embarcó en el rio y descendió hasta Tembouctou, donde llegó el 30 de abril. En 1760 otro francés, Imbert, y en 1810 un inglés, Robert Adams, habian tal vez visto aquella ciudad curiosa, pero Renato Caillé es el primer europeo, que ha suministrado datos exactos; el 4 de mayo se separó de aquella reina del desierto; el 9 reconoció el sitio mismo en que fue asesinado el mayor Laing; el 19 llegó á El-Arnouan y dejó aquella ciudad comercial para salvar, corriendo mil peligros, las vastas soledades

(1) El cero del meridiano de París.

comprendidas entre el Soudan y las regiones septentrionales del Africa: por último entró en Tánger, y el 28 de setiembre se embarcó para Tolon; de suerte que en diez y nueve meses, no obstante una enfermedad de ciento ochenta días, había atravesado el Africa del Oeste al Norte. ¡Ah! ¡si Caille hubiera nacido en Inglaterra, se le hubiera honrado como al mas intrépido viajero de los tiempos modernos, como al mismo Mungo-Park! Pero en Francia no se le apreció en todo su valor (1).

—Era un valiente explorador, dijo el cazador; ¿y qué se hizo?

—Murió á los treinta y nueve años, de resultas de sus fatigas. En Inglaterra se le hubieran tributado los mayores honores; pero en Francia se creyó haber hecho bastante adjudicándole en 1828 el premio de la sociedad de geografía. Y mientras él practicaba tan maravilloso viaje, un inglés concebía la misma empresa, y la intentaba con igual valor, pero en menos fortuna. Hablo del capitán Clapperton, el compañero de Denham. En 1829 entró en Africa por la costa Oeste en el golfo de Beuin, siguió las huellas de Mungo-Park y de Laing, encontró en Boussa los documentos relativos á la muerte del primero, llegó el 20 de agosto á Sakatou, y allí, hecho prisionero, exhaló el último suspiro entre los brazos de su fiel criado Sihad Lander.

—¿Y qué se hizo Lander? preguntó Joe con mucho interés.

—Pudo ganar la costa y regresar á Londres con los papeles del capitán y una relacion exacta de su propio viaje. Entonces ofreció sus servicios al gobierno para completar el reconocimiento del Niger; asoció á su empresa á su hermano John, hijo segundo de una pobre familia de Cornouailles, y de 1829 á 1831 volvieron á bajar los dos el rio desde Boussa, hasta su desembocadura, describiendo el camino milla por milla y aldea por aldea.

—¿Es decir, que los dos hermanos se libraron de la suerte como yo preguntó Kennedy.

—Sí, al menos en aquella exploración, pero en 1833, Ricard emprendió un tercer viaje al Niger, y murió de un balazo junto á la desembocadura del rio. Ya veis, pues, amigos míos, que el país que atravesamos ha sido testigo de nobles sacrificios que con harta frecuencia no han tenido mas recompensa que la muerte.

CAPITULO XVII.

EL PAIS EN EL RECODO DEL NIGER.—VISITA FANTASTICA DE LOS MONTES HUMBORI.—KABRA.—TEMBOUCTOU.—PLANO DEL DOCTOR BARTH.—DECADENCIA.—DONDE EL CIELO QUIERA.

El doctor Fergusson quiso matar el tiempo en aquel pesado día dando á sus compañeros mil noticias acerca de la comarca que atravesaban. El terreno, bastante lleno, no ofrecía á su marcha ningún obstáculo. Lo único que ponía en algun cuidado al doctor era el malidito viento del Noroeste que soplabá furiosamente y le alejaba de la latitud de Temboctou.

El Niger, despues de haber subido á esta ciudad por la parte del Norte, se rodea como un inmenso chorro de agua y desemboca en el Océano Atlantico formando una ancha haz. En aquel recodo el país es muy variado, distinguiéndose tan pronto por una exuberante fertilidad como por una aridez extrema. Llanuras incultas suceden á campos de maiz, que son luego reemplazados por dilatados terrenos cubiertos

de retama. Todas las especies de aves acuáticas, el pelicano, la zerceta, el martin pescador, habitan, formando numerosos bandos, las orillas de los torrentes y las márgenes de los pantanos.

De cuando en cuando aparecía un campamento de toueregs, abrigados bajo sus tiendas de cuero, en tanto que las mujeres se dedicaban á las faenas esterioras ordeñando sus camellas, con la enorme pipa encendida en la boca.

A cosa de las ocho de la tarde el *Victoria* habia avanzado mas de doscientas millas hácia el Oeste, y los viajeros fueron entonces testigos de un magnífico espectáculo.

Algunos rayos de luna se abrieron paso por una hendidura de las nubes, y, deslizándose entre las gotas de lluvia bañaban las cordilleras del Humbori. Nada mas extraño que aquellas crestas de apariencia baática, que se perfilaban formando fantásticas siluetas en el sombrío cielo. Parecían las ruinas de una inmensa ciudad de la edad media de que hablan las leyendas y recordaban, los bancos de hielo de los mares glaciales, tales como en las noches oscuras se presentan á la mirada atónita.

—¿Hé aquí una ciudad de los *Misterios de Udolfo*, dijo el doctor; Ana Radouiff no hubiera acertado á pintar aquellas montañas bajo un aspecto mas imponente.

—No quisiera, respondió Joe, pasearme solo durante la noche por este país de fantasmas. Todo este paisaje, si no pesase tanto, me llevaria á Escocia. Haria muy bien en las márgenes del lago Lomond, y atraeria mucho curiosos.

Nuestro globo no es bastante capaz para satisfacer tu capricho. Pero me parece que nuestra direccion varia. ¡Buena! Los duendes de estos lugares son muy amables, nos envian un venticello de Sudeste que va á ponerns en buen camino.

En efecto, el *Victoria* volvía á tomar rumbo mas al Norte, y el 20 por la mañana, pasaba por encima de una inestricible red de canales, torrentes y rios, que constituían la encrucijada completa de los afluentes del Niger. Algunos de aquellos canales, cubiertos de una yerba espesa, parecían feraces praderas. Allí encontró el doctor el camino de Barth, cuando éste se embarcó en el rio para bajar hasta Temboctou. El Niger, ancho de unas 800 toesas, corria allí entre dos orillas cubiertas de crucíferas y tamarindos. Grupos de gacelas triscaloras confundian sus retorcidos cuernos con las altas yerbas, desde las cuales el caiman las acechaba silencioso.

Largas recuas de asnos y came los, cargados de mercancías de Janné desaparecían bajo las frondosas arboledas, y luego en una revuelta del rio se presentó un anfiteatro de casas bajas, en cuyas azoteas y techos estaba acumulado todo el heno recogido en las comarcas circunstantes.

—¿Hé aquí Kabra, exclamó el doctor con alegría. Kabra es el puerto de Temboctou, del cual la ciudad no dista mas que 5 millas.

—¿Estais, pues, satisfecho señor? preguntó Joe.

—Encantado, muchacho.

—Bueno, la cosa marcha.

En efecto, dos horas despues, la reina del desierto la misteriosa Temboctou, que tuvo, como Atenas, y Roma sus escuelas de sabios y sus cátedras de filosofía, se desplegó bajo las miradas de los viajeros.

Fergusson siguió sus menores accidentes en el plano trazado por el mismo Barth, y reconoció su exactitud suma.

La ciudad forma un vasto triángulo en una inmensa llanura de arena blanca. Su punta se dirige hácia el Norte y penetra en un extremo del desierto. ¡En los alrededores nada! algunas gramiceas, algunas mimosas enanas, algunos arbustos casi secos.

El aspecto de Temboctou, mirado á vista de pá-

(1) El doctor Fergusson, en su cualidad de inglés, exagera acaso; debemos, sin embargo, recordar que el capitán Caille no goza en Francia, entre los viajeros, una celebridad digna de su desprecio y su denuedo.

paro, es el de un amontonamiento de paltroques y de dados. Las calles, bastante estrechas, están formadas de casas que no tienen mas que la planta baja, edificadas con ladrillos cocidos al sol, y de chozas de paja y caña. Estas son cónicas y aquellas cuadradas.

En las azoteas se ven muellemente tendidos algunos habitantes vestidos con un traje muy chillon, y con la lanza ó el mosquete en la mano. A aquellas horas no aparece ni una mujer siquiera.

Pero se dice que las mujeres son bellas, añadió el doctor. Ved los tres minaretes de las tres mezquitas, únicas que quedan de las muchas que habia. La ciudad ha perdido su antiguo esplendor. En el vértice del triángulo se levanta la mezquita de Sankoro con sus galerías sostenidas por arcos de un dibujo bastante puro. Mas lejos, junto al cuartel de Sane-Gungu, se ve la mezquita de Sidi-Vahia y algunas casas de dos

pisos. No busques palacios ni monumentos. El chaique es un simple traficante, y su alcazar real es un escritorio.

—Me parece dijo, Kennedy, percibir murallas medio derribadas.

Fueron destruidas por los fougannes en 1826 en cuya época la ciudad era una tercera parte mayor que Tombouctou, desde el siglo xi, objeto de codicia general, ha pertenecido sucesivamente á los touregs, á los kaurayanos, á los marroquíes y á los fougannes, y este gran centro de civilización, en que un sabio como Amet-Babe poseia en el siglo xvi una biblioteca de mil seiscientos manuscritos, no es hoy mas que un depósito de comercio de Africa central.

La ciudad, en efecto, parecia entregada á " grande incuria. Ofrecia la desidia epidémica a



Las castilanas del Humbel.

ciudades que se van. Inmensidad de escombros se amontonaba en los arrabales y formaba con la colina del mercado los finos accidentes del terreno.

Al pasar el *Victoria*, hubo gran movimiento y hasta ruido de tambor, pero apenas el último sabio de la localidad tuvo tiempo de observar aquel nuevo fenómeno. Los viajeros, empujados por el viento del desierto, volvieron á tomar el tortuoso curso del rio, y muy pronto Tombouctou no fue mas que uno de los rápidos recuerdos del viaje.

—Y ahora, dijo el doctor, el cielo nos conduzca donde mejor le plazca.

—¡Con tal que sea al Oeste! repicó Kennedy.

—Lo que es yo, dijo Joe, no me asustaria aunque se tratase de volver á Zanzibar por el mismo camino ó de atravesar el Océano hasta América.

—¿Y poder, Joe?

—¿Qué nos falta para ello?

—Gas, Joe. La fuerza ascensional del globo disminuye sensiblemente, y necesidad tendremos de mucha economía para que nos lleve hasta la costa. Voy á verme obligado á echar lastre. Pesamos demasiado.

—Hé aquí lo que tiene llevar tan buena vida, mi amo. Tendidos todo el dia como unos baraganes, engordamos escensivamente, y despues no hay globo que pueda sostenernos. A la vuelta de nuestro viaje, que es un viaje de perezosos, nos encontrarán horriblemente obesos.

—Tus reflexiones, Joe, son dignas de tí, respondió el cazador; pero hasta el fin nadie es dichoso. ¿Sabes tú lo que el cielo nos reserva? Estamos aun lejos del término de nuestro viaje. ¿Dónde crees encontrar tú la costa de Africa, Samuel?

—No puedo decírtelo, Dick; estamos á disposicion de vientos muy variables. Pero en fin, me daré por muy dichoso si llego entre Sierra-Leona y Portendick, donde hay cierta estension de pais en que encontraremos amigos.

—Y tendremos mucho gusto en estrecharles la mano. ¿Pero seguiremos al menos el rumbo apetecido?

—No enteramente, Dick: mira la brújula, y verás que nos dirigimos al Sur y remontamos el Níger hácia sus fuentes.

—Buena ocasion, respondió Joe, para descubrir las, si no estuviesen ya descubiertas! ¿Pero, en rigor, no podríamos encontrar otras?

—No Joe, pero tranquilízate; espero que no iremos tan allá.

A la caída de la tarde, el doctor echó los últimos sacos de lastre. El *Victoria* se elevó, pero el soplete aunque funcionaba con toda la llama, podia apenas mantenerle. Se hallaba entonces á 60 millas al Sur de Tombouctou, y al dia siguiente amanecieron los viajeros sobre las orillas del Níger, no lejos del lago Debo.



Victoria bajada sensiblemente

CAPITULO XVIII.

ZOBRERÍA DEL DOCTOR FERGUSSON.—DIRECCION PERSISTENTE HACIA EL SUR.—UNA NUBE DE LANGOSTAS.—VISTA DE JANNE.—VISTA DE SEGO.—VARIACION DE VIENTO.—SENTIMIENTOS DE JOE.

En aquel sitio el lecho del rio estaba dividido en estrechos brazos de una corriente muy rápida por grandes arrecifes é islotes. En uno de éstos se levantaba algunas chozas de pastores, pero la velocidad del *Victoria*, que iba en progresivo aumento, no permitió examinarla. Desgraciadamente el globo se inclinaba hácia el Sur, y en algunos instantes pasó el lazo Debo.

Fergusson buscó en varias elevaciones, forzando extraordinariamente su dilatacion, otras corrientes atmosféricas, pero infructuosamente, por lo que abandonó pronto una maniobra que aumentaba la pérdida del gas comprimiéndolo contra las fatigadas paredes del aerostático.

Estaba muy inquieto, pero no manifestó su zozobra á sus compañeros. La obstinacion con que el viento le empujaba hácia la parte meridional de Africa burlaba sus cálculos. No sabia á qué recurrir para

salir de apuros. Si no alcanzaba alguna factoría inglesa ó francesa, ¿qué seria de él y de sus compañeros en medio de los bárbaros que infestaban las costas de Guinea? ¿Cómo en ellas aguardarian un buque para regresar á Inglaterra? ¿Y la direccion del viento le lanzaba al reino de Dahomey, entre las tribus mas salvajes; á discrecion de un rey que en la solemnidad pública sacrificaba millares de victimas humanas! Allí su perdicion era irremisible.

Por otra parte, el globo se cansaba visiblemente, y el doctor veia acercarse el momento en que seria de todo punto inservible. Sin embargo, viendo que el tiempo se despejaba un poco, abrigaba la esperanza de que despues de la lluvia sobrevendria alguna variacion en las corrientes atmosféricas.

Le volvió desagradablemente al sentimiento de su critica situacion la siguiente exclamacion de Joe:

—¡Frescos estamos! va á arreciar la lluvia, y lo que es ahora va á diluviar en grande, si no miente el nublado que se acerca á pasos agigantados.

—¡Otro nublado! dijo Fergusson.

—¡Y pequeño! respondió Kennedy.

—Como no he visto otro, respondió Joe; presenta unas líneas que parecen tiradas á cordel.

—Respiro, dijo el doctor dejando su ante-

—¿No es un nubado? exclamó Joe.
 —¡No! ¡es una nube!
 —Pues eso es lo que decimos.
 —Pero una nube de langostas.
 —¡De langostas!
 —Como lo oyes. Millones de millones de langostas van á pasar como una tromba, y desgraciada será la comarca que sirva de teatro á sus devastaciones.

—¿Quisiera ver eso.
 —Lo vas á ver, Joe. Dentro de diez minutos nos alcanzará la nube, juzgarás por tus propios ojos.

Así fue como Fergusson lo dijo. Aquella nube espesa, opaca de muchas millas de estension, llegaba con un ruido atronador, inyectando en la tierra su inmensa sombra. Era una innumerable legion de esas langostas á que se da el nombre de caballejos. A cien pasos del *Victoria* se precipitó sobre un país alfombrado de verdura, y en un cuarto de hora despues el enjambre echó á volar de nuevo. Los viajeros pudieron de lejos percibir aun los árboles destruyidos de hojas y las praderas convertidas en rastros. Hubiérase dicho que un repentino invierno habia sumido la campiña en la esterilidad mas completa.

—¿Qué te ha parecido, Joe?
 —Una cosa, señor, muy curiosa, pero muy natural. Lo que haria en pequeño una langosta, lo hacen en grandes millones de ellas.

—¡Espantosa lluvia, dijo el cazador, mas devastadora que el granizo.

—Y de la cual no es posible preservarse, respondió Fergusson. Alguna vez los campesinos han tenido la idea de incendiar los bosques y hasta las mieses para detener el vuelo de tan voraces insectos; pero las primeras filas, precipitándose á las llamas, las han apagado bajo su enorme mole, y el resto de la columna ha pasado irresistiblemente. Afortunadamente, en estas comarcas se encuentra cierta compensacion de sus estragos, pues los indigenas recogen un número inmenso de langostas que son para ellos un bocado exquisito.

—Son los cangrejos del aire, dijo Joe, y siento no haberlos podido probar para poder decir á lo que saben. Me gusta instruirme.

Al anochecer llegaron los viajeros á comarcas mas pantanosas. Sucedieron á los bosques grupos de árboles aislados, y en las márgenes del rio se distinguian algunas plantaciones de tabaco y terrenos anegados cubiertos de forraje. En una estensa isla apareció entonces la ciudad de Jenne, con las dos torres de su mezquita de tierra, y con sus edificios de que se desprende un olor infecto procedente de millones de nidos de golondrinas acumuladas en sus paredes. Algunas capas de baobales, mimosas y palmeras descollaban entre las casas, y hasta de noche la actividad de la poblacion parecia muy grande. Jenne es, en efecto, una ciudad muy mercantil, siendo ella la que abastece casi esclusivamente á Tembouctou, á donde llegan, con los diversos productos de su industria, sus barcas por el rio y sus caravanas por sombríos senderos.

—Si no hubiese temido prolongar nuestro viaje, dijo el doctor, habríamos descendido á la ciudad, donde de seguro hubiéramos encontrado mas de un árabe que ha viajado en Francia ó en Inglaterra y que conoce nuestro género de locomocion. Pero una detencion no seria prudente en las circunstancias en que nos hallamos.

—Aplazamos la visita para nuestra próxima escursion, dijo Joe riendo.

—Además, amigos, míos, si no me engaño el viento tiende á inclinarse al Este, y no debemos desperdiciar una ocasion semejante.

El doctor arrojó algunos objetos que eran ya inútiles, algunas botellas vacías y una caja que habia tenido resina, y así consiguió mantener el *Victoria* en

una zona mas favorable á sus proyectos. A las cuat á de la mañana, los primeros rayos del sol bañaron Segó, la capital de Bambarra, fácil de reconocer por las cuatro ciudades distintas que la componen por sus mezquitas moriscas y por el incesante cruzamiento de barcas que trasladan á los habitantes de un cuartel á otro. Pero los viajeros no vieron ni fueron vistos, pues volaban con rapidez y directamente hacia el Noroeste, y las inquietudes del doctor se calmaban poco á poco.

—Dos dias mas de este rumbo y con esta velocidad alcanzaremos el rio de Senegal.

—¿Y nos hallaremos en pais amigo? preguntó el cazador.

—Todavía no; pero si el *Victoria* llegase allí á faltarnos podríamos ganar los establecimientos franceses. Sin embargo, lo que debemos desear es que el globo tire algunos centenares mas de millas, y sin fatiga, sin zozobras ni peligros llegaremos á la costa occidental.

—¿Y se habrá concluido el negociol dijo Joe. ¡Lo siento! Si no fuese por la gana que tengo de contarle todo, no quisiera bajar nunca de la barquilla. ¡Creéis, mi amo, que se dé crédito á nuestros relatos!

—¿Quién sabe, Joel Pero en fin, habrá siempre un hecho incontestable: millares de testigos nos habrán visto salir de una costa de Africa, y millares de testigos nos verán llegar á la otra costa.

—En cuyo caso respondió Kennedy, no se podrá negar que la hayamos atravesado.

—¡Ah, señor Samuel! repuso Joe suspirando; mas de una vez he de echar de menos mis pedruscos de oro macizo. Ellos hubieran servido de gran peso y autoridad á nuestras historias y hubieran dado mucha verosimilitud á nuestras narraciones. A grano de oro por oyente, me hubiera compuesto un escogido público para oirme y hasta para admirarme.

CAPITULO XIX.

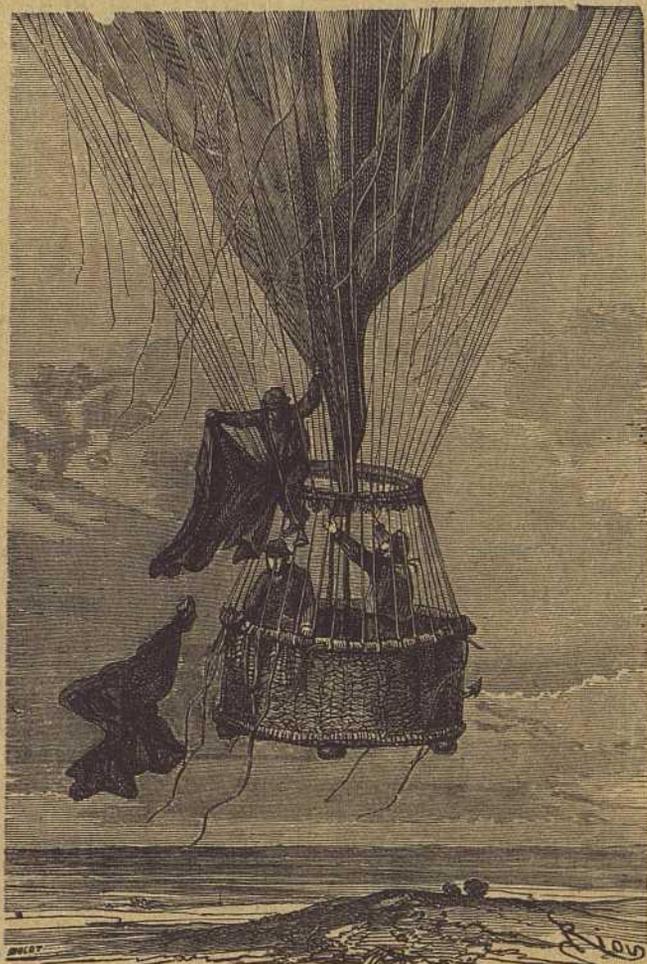
LAS CERCANIAS DEL SENEGAL.—EL VICTORIA BAJA MAS Y MAS.—SE SIGUE ARROJANDO, ARROJANDO INCESANTEMENTE.—EL MORABITO AL-HADJI.—MM. PASCAL, VINCENT Y LAMBERT.—UN RIVAL DE MAHOMA.—LAS MONTAÑAS DIFICILES.—LAS ARMAS DE KENNEDY.—UNA MANIOBRA DE JOE.—ALTO ENCIMA DE UN BOSQUE.

El 27 de mayo, á cosa de las nueve de la mañana, el país se presentó bajo un nuevo aspecto. Las cuevas sumamente estensas se transformaban en colinas que hacian presagiar montañas próximas. Habia que traspasar la cordillera que separa la cuenca del Níger de la del Senegal y determina el curso de las aguas, ó bien al golfo de Guinea, ó bien á la bahía de Cabo Verde.

Aquella parte de Africa hasta el Senegal es peligrosa y el doctor Fergusson lo sabia por las narraciones de sus predecesores, que habian sufrido mil privaciones y arrojado mil peligros en medio de aquellos negros bárbaros. Aquel clima funesto devoró la mayor parte de los compañeros de Mungo Park. Fergusson acabó por lo mismo de decidirse á no poner el pie en aquella comarca inhospitalaria.

Pero no tuvo un momento de sosiego. El *Victoria* bajaba sensiblemente, y fue preciso arrojar una multitud de objetos mas ó menos útiles, sobre todo en el momento de salvar el pico ó cresta de un cerro. Y así anduvo por espacio de mas de 120 millas. Se fatigó con tanto subir y bajar, casi incesantemente; pero el globo, nuevo peñasco de Sísife, descendia siempre y continuaba deshinchándose mas y mas. Sus formas se alargaban; y el viento hacia bolsas en sus paredes.

Kennedy no pudo dejar de notar.
 —¿Tiene el globo alguna hendidura? dijo.



Joe pudo desatar las cortinas y echarlas abajo.

—No, respondió el doctor; pero sin duda con el calor se ha reblandecido ó derretido, y el hidrógeno se escapa por el tejido del tafetan.

—Y cómo impedir que se escape?

—De ninguna manera. No podemos hacer mas que aligerarnos; arrojemos fuera de la barquilla cuanto podamos arrojar.

—¿Pero qué hemos de arrojar? dijo el cazador recorriendo con su mirada la barquilla, ya muy desprovista.

—Desprendámonos de la tienda, cuyo peso es bastante considerable.

Joe, que era con quien rezaba esta orden, subió encima del cerco que reunia las cuerdas de la red, y desde allí pudo fácilmente desatar las gruesas cortinas de las tiendas y echarlas abajo.

—Hé ahí, dijo, un hallazgo que labrará la fortuna de una tribu entera de negros. Hay aquí tela para vestir á mil indígenas, pues ya se sabe cuán económicos son en materia de trages.

El globo se habia elevado algo, pero sin perder su tendencia á zerrarse.

—Bajemos, dijo Kennedy, y veamos lo que hay que hacer con la envoltura.

—Te lo repito, Dick, no hay aquí medio de repararla.

—¿Cómo, pues, nos lo arreglamos?

—Sacrificaremos todo lo que no sea absolutamente indispensable. Quiero á toda costa evitar un alto en estos sitios. Los bosques sobre los cuales pasamos en este momento, tocando casi la copa de los árboles no tienen nada de seguros.

—¿Hay leones? ¿hay hienas? dijo Joe con desprecio.

—Hay algo peor, Joe, hay hombres, y hombres de los mas crueles que viven en Africa.

—¿Cómo se sabe?

—Por los viajeros que nos han precedido. Además los franceses que ocupan la colonia del Senegal, han tenido necesariamente que ponerse en relacion con las tribus circunstantes, y bajo el mando del coronel Faidherbe, se han practicado reconocimientos tierra adentro, habiendo los señores Pascal, Vicent y Lambert recogido en sus expediciones documentos preciosos. Han explorado estas comarcas formadas por el recodo del Senegal, en las cuales la guerra y el saqueo no han dejado mas que ruinas.

—Pero algun origen tendrá esa guerra devastadora.



Otra acción heroica del intrépido Joe.

—Sí, lo tiene. En 1854 un morabita del Fouta senegalense, Al-Hidji, suponiéndose inspirado como Mahoma, escitó á todas las tribus á la guerra contra los infieles, es decir, contra los europeos. Llevó la destrucción y la ruina entre el río Senegal y su afluente el Falemé. Tres hordas de fanáticos capitaneadas por él recorrieron el país, pasándolo todo á sangre y fuego, sin que se librase de sus furiosos ni una sola aldea, ni una sola cabaña. Invadieron luego el valle de Niger, hasta la ciudad de Segó, que estuvo mucho tiempo amenazada. En 1857 se dirigieron mas al Norte y acometieron el fuerte de Medina, levantado por los franceses en las márgenes del río. Aquel establecimiento fue heroicamente defendido por Pablo Holl, el cual, sin víveres y casi sin municiones, se sostuvo algunos meses, hasta que le llegó el auxilio del coronel Faidherbe. Al-Hadji y sus hordas volvieron entonces á pasar el Senegal y regresaron al territorio de Kaarta, donde continuaron sus rapiñas y sus asesinatos, y estas comarcas en que nos hallamos son precisamente la guarida á que se han refugiado los bandidos de cuyas manos debemos librarnos.

—Y nos libraremos, dijo Joe, aunque para elevar el *Victoria* tengamos que sacrificar hasta nuestros

—No estamos lejos del río, dijo el doctor, pero me temo que nuestro globo no pueda llegar mas allá.

—Lleguemos á la orilla, replicó el cazador, y eso habremos ganado.

—Es precisamente lo que estamos haciendo, dijo el doctor, pero una cosa me inquieta.

—¿Cuál?

—Tendremos que pasar por encima de montañas lo que será muy difícil, no pudiendo, como no puedo, aumentar la fuerza ascensional del aerostático, aunque produzca el mayor calor posible.

—Aguardemos, dijo Kennedy y veremos.

—¡Pobre *Victoria*! exclamó Joe, yo me he aficionado á él como un marino á su buque, y de él no me separaré sin sentimiento. Ya sé que no es lo que era cuando emprendimos el viaje, pero aun así y tal como es, no debemos maldecirle. Nos ha prestado grandes servicios.

—Tranquilízate, Joe; si le abandonamos, será á pesar nuestro. Nos servirá hasta que se halle estenuado. Solo le pido que se mantenga otras veinticuatro horas.

—Decae, dijo, Joe contemplándole, enflaquece, se le va la vida. ¡Pobre globo!

—Si no me engaño, dijo Kennedy, tenemos en a

horizonte las montañas de que tú hablas, Samuel.

—Elas son, dijo el doctor después de examinarlas con su antejo. Muy altas me parecen, y mucho nos ha de costar traspasarlas.

—¿No podríamos evitarlas?

—Me parece que no, Dick. ¿No ves el inmenso espacio que ocupan? ¡casi la mitad del horizonte!

—¿Y diríase que nos cercan, añadió Joe; avanzan por los dos extremos.

—Es absolutamente indispensable pasar por encima

Aquellos obstáculos tan peligrosos se acercaban al parecer con una rapidez suma, ó por mejor decir, el viento, que era muy fuerte, precipitaba el *Victoria* hácia picos agudos. Fuerza era elevarse á toda costa sobre ellos, ó contra ellos estrellarse.

—Vacíemos nuestra caja de agua, dijo Fergusson, y no nos reservemos mas líquido que el estrictamente necesario para un día.

—¿Ya está! dijo Joe.

—¿Sube ahora el globo? preguntó Kennedy.

—Algo, unos 50 pies, respondió el doctor que no apartaba la vista del barómetro. Pero no basta.

Parecía, en efecto, que las altas cumbres salían al encuentro á los viajeros para precipitarse contra ellas, que estaban muy lejos de dominarlas, faltándoles aun mas de 500 pies.

Arrojóse tambien fuera la provision de agua deloplete, de la cual no se conservaron mas que algunas pintas, pero todavía no fue lo suficiente.

—Y sin embargo hemos de pasar dijo el doctor.

—Echemos las cajas, va que las hemos vaciado, dijo Kennedy.

—Echémoslas.

—¿Ya están! gritó Joe. ¡Trista cosa es hacerse pedazos!

—¿Oye, Joel te advierto que te guardes de repetir el sacrificio del otro día! Súcédala lo que quiera, júrame no separarte de nosotros.

—Tranquilizaos, señor no nos separaremos.

El *Victoria* habia subido unas 200 toesas mas, pero la cresta de la montaña seguia dominándole. Era una cresta recta que terminaba en una verdadera muralla cortada á pico, y se hallaba aun á mas de 200 pies encima de los viajeros.

—Dentro de diez minutos, se dijo el doctor, nuestra barquilla se habrá estrellado contra las rocas, si no las hemos sobrepujado.

—¿Qué hacemos, señor? preguntó Joe.

—No guardes mas que nuestra provision de pemican, y arroja toda la carne que es lo que mas pesa.

El globo se desprendió de otras cincuenta libras de peso, y se elevó muy sensiblemente, lo que de nada le servia ni colocándose encima de la línea de montañas. La situación era espantosa. El *Victoria* corría con una rapidez suma, é iba á hacerse trizas. El choque no podia dejar de ser terrible.

El doctor registró la barquilla con su mirada.

Estaba casi vacía.

—Por si acaso, Dick, disponte á sacrificar tus armas.

—¿Sacrificar mis armas! respondió el doctor conmovido.

—Amigo Dick, no te lo pediria, si no fuese necesario.

—¿Samuell! ¡Samuell!

—¿Tus armas y tus municiones pueden costarnos la vida.

—¿Nos acercamos! exclamó Joe, ¡nos acercamos!

—¿Diez toesas! La montaña está aun 10 toesas mas allá que el *Victoria*.

Joe cogió las mantas y las tiró, y sin decir una palabra á Kennedy tiró, tambien algunos sacos de balas y de perdigones.

El globo subió, traspasó, la peligrosa cumbre, y los

rayos del sol bañaron su polo superior. Pero la barquilla se hallaba aun algo debajo de los peñascos contra los cuales iba inevitablemente á estrellarse.

—¿Kennedy! ¡Kennedy! exclamó el doctor, arroja tus armas ó estamos perdidos!

—¿Aguardad, señor Dick! dijo Joe, ¡aguardad!

Y Kennedy, al volverse, le vió desaparecer fuera de la barquilla.

—¿Joe! ¡Joe! gritó.

—¿Desgraciado! exclamó el doctor.

En aquel punto la cresta de la montaña tenia de ancho unos 30 pies, y por el otro lado la pendiente ofrecia menos declive. La barquilla llegó precisamente al nivel de aquella meseta bastante unida, y se deslizó por un terreno compuesto de agudos pedruscos que rechinaban con el roce.

—¿Pasamos! ¡Pasamos! ¡hemos pasado! grito una voz que hizo palpar el corazón de Fergusson.

El intrépido mancebo se sostenia con las manos puestas en el borde inferior de la barquilla, y corría á pie por la cresta para aligerar el globo de la totalidad de su peso, viéndose obligado á sujetarlo con fuerza porque tendia á escapársele.

Quando hubo llegado á la vertiente opuesta, y ante sus ojos se presentó el abismo. Joe, por medio de un vigoroso esfuerzo de muñeca, se levantó y agarrándose de las cuerdas, subió al lado de sus compañeros.

—Nada hay mas difícil que lo que acabo de hacer, dijo.

—¿Valiente Joel ¡amigo mió! dijo el doctor con efusion.

—Lo que he hecho, respondió Joe, no lo he hecho por vos sino por la carabina del señor Dick. Yo le debía un servicio desde el que me prestó librándome del árabe de marras. Me gusta pagar mis deudas, y ahora estamos en paz, añadió presentando al cazador su arma predilecta. Me hubiera conmovido demasiado viéndoos separar de ella.

Kennedy le dió un vigoroso apretón de manos sin pronunciar una palabra.

El *Victoria* ya no tenia que hacer mas que bajar, lo que le era fácil, y se encontró luego á 200 pies de suelo. A esta altura estuvo equilibrado. El terreno parecia conmovido, presentando numerosos accidentes muy difíciles de evitar durante la noche con un globo que ya no obedecia. La noche se echaba encima, y no obstante sus repugnancias, el doctor tuvo que resignarse á hacer alto hasta el día siguiente.

—Vamos á buscar, dijo, un lugar favorable para detenernos.

—¿Ah! ¿te decides en fin? respondió Kennedy.

—Si, he meditado detenidamente un proyecto que vamos á poner en ejecucion; no son mas que las seis de la tarde, y tenemos tiempo. Echa las áncoras, Joe.

Joe obedeció, y las dos áncoras quedaron colgando debajo de la barquilla.

—Distingo inmensos bosques, dijo el doctor, vamos á correr por encima de las copas de sus árboles, y nos agarraremos de alguna. Por nada de este mundo consentiria en pasar la noche en tierra.

—¿Podremos bajar? preguntó Kennedy.

—¿Para qué? Os repito que seria peligroso separarnos. Además, reclamo vuestra ayuda para un trabajo difícil.

El *Victoria*, que rozaba la verde bóveda de inmensos bosques, no tardó en detenerse de pronto. Sus áncoras hicieron presa. El viento cesó entrada ya la noche, y el globo permaneció casi inmóvil encima de un interminable campo de verdura formado por las copas de un bosque de sicomoros.

CAPITULO X.

COMBATE DE GENEROSIDAD.—ULTIMO SACRIFICIO.—EL APARATO DE DILATACION.—DESTREZA DE JOE—MEDIA NOCHE.—LA GUARDIA DEL DOCTOR.—LA GUARDIA DE KENNEDY.—SE DUERME.—EL INCENDIO.—LOS AUXILIOS.—FUEBA DE ALCANCE.

El doctor Fergusson determinó su posición por la altura de las estrellas, y se encontró á 25 millas escasas del Senegal.

—Todo lo que podemos hacer, amigos míos, dijo despues de examinar su carta, es pasar el rio; pero como en él no hay puente ni barcas, lo hemos de pasar en globo á toda costa, y al efecto debemos aligerarlo aun mas.

—No sé como lo baremos, respondió el cazador que temia por sus armas, á no ser que uno de nosotros se decida á sacrificarse, á quedarse atrás... y, á mi vez yo reclamo esta gloria.

—¿De ninguna manera! respondió Joe; ¿no tengo ya acaso la costumbre?..

—No se trata de echarse, amigo mio, sino de ganar á pie la costa de Africa, y yo soy buen andarín.

—¿No lo consentiré jamás! replicó Joe.

—Vuestro combate de generosidad es inútil, mis buenos amigos, dijo Fergusson; espero que no lleuemos á tal extremo, y en el caso de llegar á él, lejos de separarnos, permaneceríamos juntos para atravesar el país.

—Eso es lo mejor, dijo Joe, un paseito no nos vendria mal.

—Pero antes, repuso el doctor, vamos á echar mano de un último medio para aligerar nuestro *Victoria*.

—¿Cuál? preguntó Kennedy estoy en ascuas deseando conocerlo.

—Hay necesidad de desprendernos de las cajas del soplete, de la pila de Buntzen y de la serpentina, que nos obliga á arrastrar por los aires 900 libras.

—¿Pero Samuel, cómo obtendrás luego la dilatacion del gas?

—De ninguna manera; nos pasaremos sin ella.

—Pero en fin...

—Oidme, amigos; he calculado muy exactamente lo que nos queda de fuerza ascensional. Nos queda lo suficiente para trasportarnos á los tres con los pocos objetos que llevamos. No pesaremos mas allá de 500 libras, comprendiendo en este peso el de las anclas que tengo interés en conservar.

—Amigo Samuel, respondió el cazador, tú, mas competente que nosotros en la materia, eres el único juez de la situacion; dínos lo que hemos de hacer, y lo haremos.

—A vuestras órdenes, señor.

—Os repito, amigos míos, que aunque reconozco la gravedad de la determinacion, hemos de sacrificar nuestro aparato.

—¿Sacrifiquémosle! replicó Kennedy.

—Manos á la obra! dijo Joe.

La operacion ofreció numerosas dificultades. Fue preciso desmontar el aparato pieza por pieza. Se quitó primero la caja de mezcla, despues la del soplete y por último la caja en que operaba la descomposicion del agua. Se necesitó la fuerza reunida de los tres viajeros para arrancar los recipientes del fondo de la barquilla en que se hallaban incrustados; pero Kennedy era tan fuerte, Joe tan diestro y Samuel tan ingenioso, que vencieron todas las resistencias. Las diversas piezas fueron escesivamente echadas fuera, y desaparecieron abriendo grandes agujeros en el follaje de las sicomoras.

—No quedarán los negros poco asombrados, dijo Joe, al encontrar en los bosques semejantes objetos. Capaces serán de convertirlos en ídolos.

hubo enseguida necesidad de ocuparse de los tubos metidos en el globo que pasaban por la serpentina. Joe consiguió cortar á algunos pies encima de la barquilla las articulaciones de caoutchut; pero en cuanto á los tubos, hubo mayor dificultad, porque se hallaban retenidos por su estrechidad superior y sujetos con alambre al círculo mismo de la válvula.

Entonces desplegó Joe su agilidad maravillosa. Con los pies desnudos para no romper la envoltura, llegó con el auxilio de la red, y á pesar de las oscilaciones; á encaramarse hasta la cima exterior del aerostático, y allí, despues de mil dificultades, agarrándose con una mano á aquella superficie resbaladiza, destornilló las tuercas exteriores que sujetaban los tubos. Estos entonces se desprendieron fácilmente, y se sacaron por el apéndice inferior que se cerró herméticamente por medio de una buena ligadura.

El *Victoria*, libre de aquel peso considerable, se elevó poniendo muy tirante la cuerda del áncora.

A eso de las doce de la noche quedaron felizmente terminados aquellos trabajos, que fueron muy fatigosos. Los viajeros cenaron rápidamente un poco de pemmican y de grog frío. El doctor no tenia ya calor alguno que poner á disposicion de Joe.

Este y Kennedy estaban rendidos.

—Acostaos y dormid, amigos míos, dijo Fergusson, yo haré la primera guardia; á las dos despertaré á Kennedy; á las cuatro Kennedy despertará á Joe; á las seis partiremos, y que el cielo vele aun sobre nosotros durante esta última jornada.

Sin hacerse de rogar, los dos compañeros del doctor se echaron en el fondo de la barquilla, y se quedaron dormidos profundamente.

La noche era apacible. Algunas nubes velaban de cuando en cuando el último cuarto de luna, cuyos rayos indecisos disipaban muy ligeramente la oscuridad. Fergusson, apoyado el codo contra el borde de la barquilla, paseaba á rededor sus miradas. Vigilaba con atencion la sombría cortina de follaje que se extendia bajo sus pies sin dejarle ver el suelo. El menor ruido le parecia sospechoso, y procuraba esplicarse hasta el mas leve temblor de las hojas.

Se hallaba en aquella disposicion de ánimo que la soledad vuelve mas sensible aun, y durante la cual vagos terrores asaltan el cerebro. A lo último de un viaje semejante, despues de haber vencido todos los obstáculos, en el momento de conseguir el objeto, los temores son mas vivos, las conmociones mas fuertes, y el punto de llegada parece que huye delante de la vista.

Por otra parte, la situacion no era para tranquilizar á nadie, en medio de un psis bárbaro, y con un medio de trasporte que, en definitiva, podia faltar de un momento á otro. El doctor no contaba ya con su globo de una manera absoluta; habia pasado el tiempo en que maniobraba con audacia porque estaba de él seguro.

Bajo estas impresiones, el doctor creyó percibir algunas veces en aquellos inmensos bosques rumores indeterminados, y hasta se le figuró ver entre los árboles brillar una llama rápida. Miro con atencion, y asestó á todos los puntos del espacio su antejo de noche, pero nada se distinguió, y hasta pareció que el silencio se habia hecho mas profundo.

Fergusson habia sin duda experimentado un alucinamiento. Escuchó sin sorprender el menor ruido, y habiendo trascurrido el tiempo de su guardia, despertó á Kennedy, le recomendó una vigilancia summa; y se acostó al lado de Joe, que dormia con una tranquilidad completa.

Kennedy encendió tranquilamente su pipa; se restregó los ojos, que le costaba mucho tener abiertos, se apoyó los codos en un rincón, y empezó á fumar vigorosamente para disipar el sueño.

El silencio mas absoluto reinaba en torno suyo.

Un viento suave agitaba la cima de los árboles y mecía muellemente la barquilla, invitando al cazador á un sueño que le invadía á pesar suyo. Quiso resistir á él, abrió varias veces los párpados, abismó en las tinieblas de la noche algunas de esas miradas que no ven, y en fin, sucumbiendo á la fatiga, se quedó dormido.

¿Cuánto tiempo permaneció sumido en aquel estado de inercia? No pudo él mismo decir mas sino que le despertó un chisporroteo inesperado.

Se restregó los ojos y se puso en pie. Un calor intenso llegaba á su rostro. El bosque estaba incendiado.

—¡Fuego! ¡fuego! exclamó sin comprender lo que pasaba.

Sus dos compañeros se levantaron.

—¿Qué es eso? preguntó Samuel

—¡Un incendio! dijo Joe... Pero ¿quién puede en aquel momento partieron de debajo del foll violentamente iluminado amenazadores ahullidos



Un círculo de fuego rodeaba el *Victoria*

—¡Los salvajes! exclamó Joe... ¡Han pegado fuego al bosque para que no nos librems de sus garras!

—¡Los talibas! ¡los morabitas de Al-Hadji, seguramente! dijo el doctor.

Un círculo de fuego rodeaba el *Victoria*. Los chasquidos de los troncos secos se mezclaban con los gemidos de las ramas verdes. Los bejucos, las hojas, todas las partes vivas de aquella vegetación exuberante, se retorcian en el elemento destructor; la mirada se perdía en un océano de llamas; los grandes árboles se destacaban en negro en la inmensa fragua, en sus ramas cubiertas de ascuas, y el inflama lo conjunto se reflejaba en las nubes, pareciendo que los viajeros se hallaban encerrados dentro de una esfera de fuego.

—¡Huyamos! exclamó Kennedy. ¡A tierra! ¡no tenemos mas medio de salvación!

—¡Pero Fergusson le detuvo con mano firme, precipitándose hacia la cuerda del áncora, la cortó de un hachazo. Las llamas, prolongándose hacia el globo, lamian ya sus iluminadas paredes; pero el *Victoria*, libre de su áncora, subió por el aire á una altura de 1.000 pies

Espantosos gemidos resonaron en el bosque y violentos estampidos de armas de fuego. El globo, cogido por una corriente que se levantaba con el día, hizo rumbo á Oeste

Eran las cuatro de la mañana.

CAPITULO XXI.

LOS TALIBAS.—EL PERSIGUIIMIENTO.—UN PAIS DEVASTADO.—VIENTO MODERADO.—EL VICTORIA BAJA.—LAS ÚLTIMAS PROVISIONES.—LOS SALTOS DEL VICTORIA.—DEFENSA Á TIROS.—EL VIENTO REFRESCA.—EL RIO DEL SENEGAL.—LAS CATARATAS DE GOUINA.—EL AIRE CALIENTE.—TRAVESÍA DEL RIO.

—Si ayer al anochecer, dijo el doctor, no hubiésemos tomado la precaución de aligerarnos, á estas horas estaríamos irremisiblemente perdidos.

—Por eso es bueno hacer las cosas á tiempo, replicó Joe; así nos hemos salvado, y es muy natural.

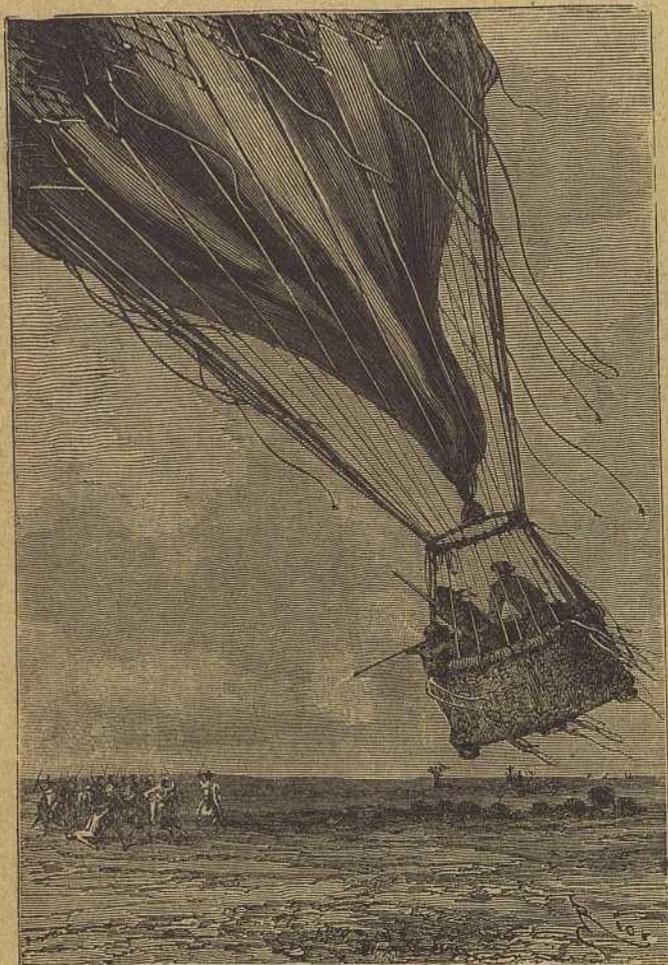
—No estamos fuera de peligro, replicó Fergusson.

—¿Qué temes, pues? preguntó Dick. El *Victoria* no puede descender sin tu permiso, y aun cuando descendiera.

—¡Como descendiese! ¡Mira, Dick!

Los viajeros acababan de trasponer el lindero del bosque, y vieron unos treinta ginetes que llevaban pantalón ancho y albornoz flotante. Armados de lanza algunos, y otros de espingarda, seguían, al galope de sus caballos vivos y ardientes, la dirección del *Victoria*, que marchaba con una velocidad moderada.

Al ver á los viajeros, prurupieron en gritos salvajes, blandiendo sus armas. La cólera y la amenaza se leían en su semblante moreno, cuya ferocidad



No sería malo preparar nuestras armas, repuso Kennedy.

acentuaba una barba escasa pero erizada. Atravesaban con felicidad las llanuras bajas y las suaves colinas que descienden al Senegal.

—¡Ellos son! dijo el doctor; ¡los crueles talibas, los feroces morabitas de Al-Hadjil Prefereria en el bosque hallarme rodeado de fieras, á caer en manos de tan inmundos bandidos.

—Su facha no es tranquilizadora, dijo Kennedy.

—¡Y son hombres vigorosos!

—Afortunadamente, dijo Joe, son bestias de una especie que no vuela, lo que siempre es algo.

—¡Mirad, dijo Fergusson, esas aldeas arruinadas, esas chozas reducidas á cenizas! son su obra; la aridez y la devastacion marcan las huellas de su paso.

—Pero en fin, no pueden alcanzarnos, replicó Kennedy, y si llegamos á poner el rio entre ellos y nosotros, estamos completamente seguros.

—Dices bien, Dick; pero es preciso no caer, respondió el doctor mirando al barómetro.

—Por si acaso, Joe, repuso Kennedy, no sería malo preparar nuestras armas.

—Eso no puede perjudicarnos, señor Dick; nos felicitaremos de no haberlas sembrado en el camino.

—¡Mi carabina! exclamó el cazador. espero no se-

pararme de ella nunca. Y Kennedy la cargó con el mayor cuidado. Le quedaban aun pólvora y balas suficientes.

—¿A qué altura nos mantenemos? preguntó Fergusson.

—A unos 750 pies; pero nos falta la facultad de buscar corrientes favorables, subiendo ó bajando, y nos hallamos al arbitrio del globo.

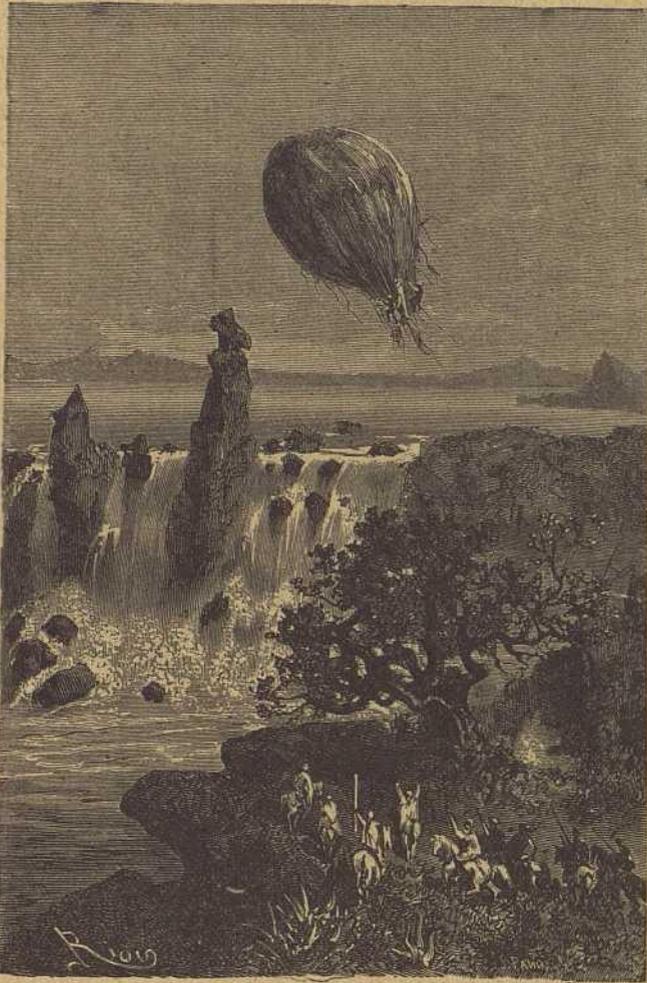
—Lo que no deja de ser un inconveniente, repuso Kennedy. El viento es bastante flojo, y si hubiéramos encontrado un huracan como el de otros dias, ya habríamos perdido de vista á esos infames bandidos.

—Los malditos, dijo Joe, nos siguen al galope sin cansarse; un verdadero paseo.

—Si los tuviésemos á tiro, dijo el cazador, me divertiria desmontándolos á todos uno tras otro.

—¡Buena la haríamos! respondió Fergusson, si los tuviésemos á tiro, ellos tambien nos tendrian á tiro á nosotros, y nuestro *Victoria* ofreceria un blanco fácil á las balas de sus largas espingardas. Hazte cargo de lo que sería de nosotros si agujerases el globo

El perseguiamiento de los talibas continuó toda la



Los talibas precipitaron el galope de sus caballos.

ñana. A eso de las once, los viajeros habían apenas ganado 45 millas al Oeste.

El doctor examinaba en el horizonte hasta las más pequeñas nubecillas. Temía una variación atmosférica. Si el viento echaba el globo hácia el Niger, ¿qué sería de ellos? Notaba, además, que el globo tendía á bajar sensiblemente. Desde su partida había ya perdido más de 300 pies, y el Senegal debía distar aun unas 12 millas, que con la velocidad que llevaban requerían tres horas de marcha.

En aquel momento, nuevos gritos llamaron su atención. Los talibas se agitaban, precipitando el galope de sus caballos.

El doctor consultó el barómetro, y comprendió la causa de aquella algaravía.

—Bajamos, dijo Kennedy.

—Sí respondió Fergusson.

—¡Malo! pensó Joe.

Pasado un cuarto de hora, la barquilla se hallaba á menos de 150 pies del suelo, pero el viento era más fuerte.

Los talibas, sin detenerse, hicieron una descarga.

—¡Estais demasiado lejos, imbéciles! exclamó Joe: bueno será tenerlos á raya.

Y apuntando á uno de los ginetes que iban delante, hizo fuego. El caliba dió una voltereta; sus compañeros se detuvieron, y el *Victoria* les ganó ventaja.

—Son prudentes, dijo Kennedy.

—Porqué creen estar seguros de cogernos, respondió el doctor, y nos cogerán si seguimos bajando. Es absolutamente indispensable elevarnos.

—¿Qué vamos á echar? preguntó Joe.

—Todo el pemmican que queda. Serán treinta libras menos de peso.

—¡Pues allá va! dijo Joe obedeciendo las órdenes de su amo.

La barquilla, que casi llegaba al suelo, subió en medio de la gritaría de los talibas; pero media hora despues, volvía el *Victoria* á bajar rápidamente huyendo el gas por los poros de sus paredes.

La barquilla rozó el suelo, y los negros de Al-Hadji se precipitaron hácia ella, pero como sucedió en semejante circunstancia, apenas el globo tocó el suelo, dió un salto y fué á caer una milla más adelante.

—¡Es decir, que no podemos escapar! dijo Kennedy con rabia.

—Echa, Joe, nuestra reserva de aguardiente

gritó el doctor, nuestros instrumentos, todo lo que tenga un peso cualquiera, y hasta nuestra áncora, ya que es forzoso.

Joe arrancó los barómetros y los termómetros, pero todo eso suponía muy poco, y el globo, que subió momentáneamente, volvió á tocar el suelo. Los talibabas volaban á su alcance y no estaban ya mas que á 200 pasos.

—¡Echa las dos escopetas! exclamó el doctor.

—No será, respondió el cazador, sin haberlas descargado.

Y cuatro tiros sucesivos hicieron morder el suelo á cuatro talibas, que cayeron en medio de los frenéticos gritos de la horda.

Y el *Victoria* se levantó de nuevo, dando saltos enormes, como una inmensa pelota que bota en el suelo.

Patético espectáculo el que ofrecían aquellos desgraciados huyendo á saltos gigantescos, y que, á la manera de Anteo, parecia que recobraban nueva fuerza al llegar á tierra! Pero aquella situación no podía prolongarse. El *Victoria* estaba estenuado, casi vacío, y se prolongaba incesantemente, y los pliegues de su tafetan, flojo, y flotante rechinaban rozando unos con otros:

—¡El cielo nos abandona, dijo Kennedy, y vamos á caer.

Joe no respondió, no hacia mas que mirar á su amo.

—¡No! dijo éste; aun podemos desprendernos de mas de 150 libras.

—¿Dónde están? preguntó Kennedy pensando que el doctor se había vuelto loco.

—¡La barquilla! respondió éste. Colguémonos de la red. Las mallas nos sostendrán y ganaremos el río. ¡pronto! ¡pronto!

Y aquellos hombres audaces no vacilaron en intentar semejante medio de salvacion. Se suspendieron de las mallas de la red, como el doctor acababa de indicar, y Joe, sosteniéndose con una mano, cortó con la otra las cuerdas de la barquilla, la cual cayó en el momento mismo en que iba el globo á caer definitivamente.

—¡Hurra! ¡hurra! exclamó, mientras el globo sin lastre alguno, ascendió á 300 pies de altura.

Los talibas espoleaban sus caballos, que barrian el suelo con el vientre: pero el *Victoria*, encontrando un viento mas recio, les ganó la delantera y avanzó rápidamente hácia una colina que cerraba el horizonte hácia el Oeste. Circunstancia favorable fue esta para los viajeros; porque pudieron pasar al otro lado de la colina, al paso que la horda de Al-Hadji se vió obligada á rodear por el Norte para dejar atrás el obstáculo.

Los tres companeros se sostenian agarrados de la red, que pudieron atar por debajo, de suerte que formaba una especie de rejoncito flotante.

De repente, despues de haber pasado la colina, el doctor exclamó:

—¡El río! ¡el río! ¡el Senegal!

En efecto, á la distancia de 2 millas, el río corría sumamente caudaloso. La orilla opuesta, baja y fértil, ofrecia una retirada segura y un punto favorable para el descenso.

—Un cuarto de hora mas, dijo Fergusson, y estamos á salvo.

Pero desgraciadamente el globo vacío, caía poco á poco sobre un terreno casi enteramente desprovisto de vegetacion, compuesto de largas pendientes y llanuras pedregosas, en que no se veían mas que algunos brezos y una yerba espesa que el ardor del sol habia secado.

El *Victoria* tocó varias veces la tierra y se volvió á levantar, pero sus saltos disminuían en estension y altura, y en el último se quedó enganchado por la parte superior de la red á las altas ramas de un baobab

aislado, único árbol en medio de aquel país desierto.

—¡Todo ha concluido! exclamó el cazador.

—Y á cien pasos del río, dijo Joe.

Los tres desdichados saltaron á tierra, y el doctor condujo á sus dos compañeros hácia el Senegal.

En aquel punto el río mugía caprichosamente. Fergusson, al llegar á la orilla, reconoció las cataratas del Gouina. No habia en la márgen ni una barca, ni un sér animado.

El Senegal, que tenia allí 2.000 pies de ancho, se precipitaba con atronador ruido desde una altura de 150 pies. Corria de Este á Oeste, y la línea de peñascos que se oponia á su curso, se estendia de Norte á Sur. En medio de la cascada, se levantaban rocas de extrañas formas, como inmensos animales antidiluvianos petrificados en medio de las aguas.

Era evidente la imposibilidad de atravesar aquel abismo. Kennedy no pudo reprimir un gesto de desesperacion.

Pero el doctor Fergusson, con un enérgico acento de audacia, exclamó:

—¡Todavía nos queda un medio!

—Ya lo sabia yo, dijo Joe con la confianza en su amo, que no le abandonaba nunca.

La vista de la yerba seca, habia inspirado al doctor una idea atrevida. Era el único recurso. Se volvió rápidamente con sus compañeros al punto en que habia quedado la envoltura del aerostático.

—Llevamos una hora al menos de delantera á los bandidos, dijo: no perdamos tiempo, compañeros, recoged yerba seca, mucha yerba seca; de ella necesitamos por lo menos 100 libras.

—¿Para qué? preguntó Kennedy.

—No tenemos gas. Pues bien, atravesaremos río por medio de aire caliente.

—¡Ah, mi querido Samuel! exclamó Kennedy, ¡eres verdaderamente un grande hombre!

Joe y Kennedy pusieron manos á la obra, y reunieron en un momento una enorme pila de yerba junto al baobab.

Entre tanto, el doctor habia dilatado el orificio del aerostático cortando su parte inferior; procuró de antemano echar fuera por la válvula el poco hidrógeno que pudiera aun contener; despues amontonó mucha yerba seca bajo la envoltura, y prendió fuego.

Poco tiempo basta para hinchar un globo con aire caliente. Un calor de 180° (1) es suficiente para disminuir en una mitad encareciéndolo el peso del aire que contiene, y así es que el *Victoria* empezó á recobrar sensiblemente su forma esférica. La yerba abundaba; el doctor activaba el fuego, y el volumen del aerostático aumentaba visiblemente.

Era entonces la una menos cuarto.

En aquel momento, por la parte del Norte, á cosa de 2 millas, apareció la partida de talibas. Oyense sus gritos y el ruido de los cascos de los caballos corriendo á todo escape.

—Dentro de veinte minutos estarán aquí, dijo Kennedy.

—¡Yerba! ¡yerba, Joe! ¡dentro de diez minutos estaremos en el aire!

—Aquí tenéis, señor.

El *Victoria* estaba hinchado en sus dos terceras partes.

—Amigos míos, agarrémonos á la red, como hemos hecho antes.

—Ya estamos, respondió el cazador.

Diez minutos despues, algunos sacudimientos del globo indicaron su tendencia á elevarse. Los talibas se acercaban; no distaban ya mas que 500 pasos.

—Agarraos bien, exclamó Fergusson.

—¡No tengais cuidado, señor, no tengais cuidado!

Y el doctor con el pie empujó dentro de la hoguera una nueva cantidad de yerba.

El globo, enteramente dilatado por el aumento de temperatura, se elevó rozando las ramas del baobab.

—¡Ya estamos andando! exclamó Joe.

Una descarga le respondió, causándole una bala una ligera contusión en el hombro; pero Kennedy, inclinándose, descargó su carabina, y echó á rodar otro enemigo.

Gritos de rabia que no es posible reproducir acompañaron la ascension del globo, que subió á cerca de 800 pies. Se apoderó de él un viento fuerte que le hizo describir alarmantes oscilaciones, y entre tanto el intrépido doctor y sus dignos compañeros contemplaban abierto bajo sus pies el abismo de las cataratas.

Diez minutos despues, sin haber hablado una palabra, los denodados viajeros descendian poco á poco á la otra orilla del rio.

Allí, sorprendido, maravillado, atónito, habia un grupo de unos diez hombres con uniforme francés. Júzguese cuál seria su asombro al ver aquel globo subir á la márgen derecha del rio. Creyeron casi en un fenómeno del cielo. Pero sus jefes, que eran un teniente de marina y un alférez de navio, conocian por los periódicos de Europa la audaz tentativa del doctor Fergusson, y al momento comprendieron el suceso.

El globo, desinchándose poco á poco, cayó con los atrevidos aeronáutas colgados de una red; pero era muy dudoso que pudiese llegar á tierra, por lo que los franceses se echaron al rio y recibieron en sus brazos á los tres ingleses en el momento de bajar el *Victoria* á algunas toesas de la orilla izquierda del Senegal.

—¡El doctor Fergusson! dijo el teniente.

—El mismo, y sus dos amigos, respondió tranquilamente el doctor.



Llegada de los viajeros á las cataratas del Gouina.

Los franceses llevaron á los viajeros á la orilla del rio, mientras que el globo medio deshinchado, arrastrado por una corriente rápida, se fué como una menuda burbuja á sepultarse con las aguas del Senegal en las cataratas de Gouina.

—¡Pobre *Victoria*! exclamó Joe.

El doctor no pudo reprimir una lágrima; tendió sus brazos, y sus dos amigos se precipitaron en ellos profundamente conmovidos.

CAPITULO XXII.

CONCLUSION.—EL ACTA.—LOS ESTABLECIMIENTOS FRANCESES.—EL PUESTO DE MEDINA.—EL «BASILIE».—SAN LUIS.—LA FRAGATA INGLESA.—REGRESO Á LONDRES.

La expedicion que se encontraba á orillas del rio habia sido enviada por el gobernador del Senegal, y se componia de dos oficiales, MM. Dufraisse, teniente de infantería de marina, y Rodámel, alférez de navio, de un sargento y siete soldados. Dos dias hacia que se ocupaban en reconocer la situacion mas favorable para el establecimiento de un puesto en Gouina, cuando fueron testigos de la llegada del doctor Fergusson.

Inútil es decir que los tres viajeros recibieron muchos abrazos y muchas felicitaciones. Habiendo los

franceses podido comprobar por sí mismos la realizacion del audaz proyecto de Samuel Fergusson debian ser de este los testigos naturales.

Así es que el doctor les preguntó si tendrian inconveniente en hacer constar de una manera oficial su llegada á las cataratas de Gouina.

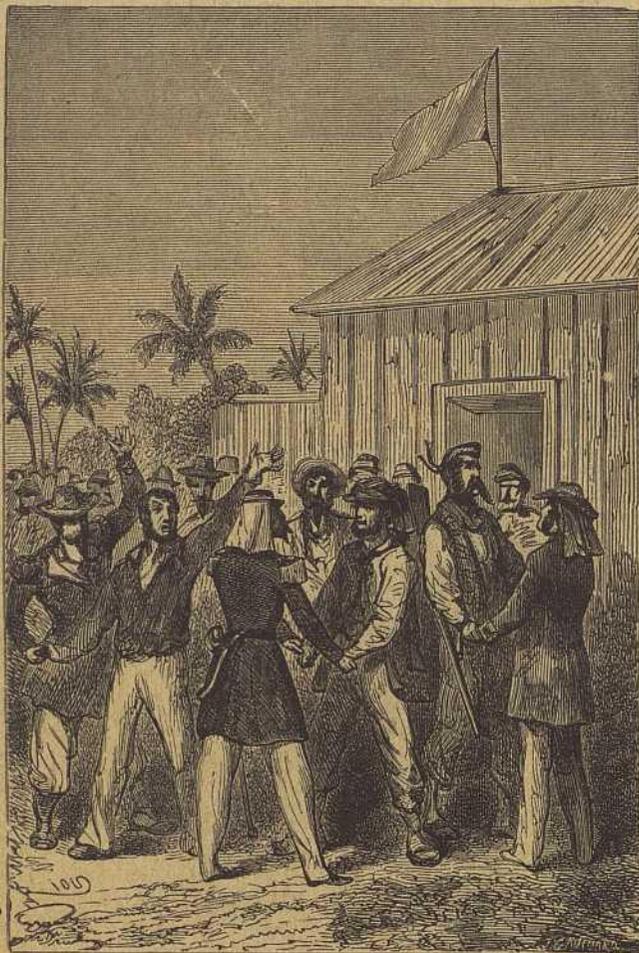
—¿Querreis tener la bondad de firmarme un documento en que se consigne mi llegada? preguntó al teniente Dufraissen.

—Estoy á vuestra disposicion, respondió éste.

Los ingleses fueron conducidos á un puesto provisional establecido á orillas del rio, y allí se les prodigaron las mayores atenciones y se les proveyó abundantemente de cuanto pudiera hacerles falta. Y allí se redactó tambien en los siguientes términos el acta que se encuentra actualmente en los archivos de la Sociedad Geográfica de Londres.

«Los abajo firmados declaramos que en el dia de la fecha hemos visto llegar suspendido en la red de un globo al doctor Fergusson y á sus dos compañeros Ricardo Kennedy y José Wilson (1), habiendo dicho globo caído á algunos pasos de nosotros en el lecho mismo del rio, abismándose, arrastrado por la corriente en las cataratas del Gouina. En fé de lo cual, en union de dichos viajeros, firmamos la pre-

(1) Dice en diminutivo de Ricardo y Joe de José.



Los oficiales franceses los recibieron con los brazos abiertos.

ente, para que valga lo que de derecho sea. Dado en las cataratas de Gouina el 24 de mayo de 1862.

»MANUEL FERGUSSON, RICARDO KENNEDY, JOSE WILSON; DUFRAINSE, teniente de infantería de marina; RODEMEL, alférez de navío; DUFAYS, sargento; FILIPEAU, MAJOR, PELISSIER, LORIOS, RASCAGNET, GUILLON, LEBEL, soldado.»

Aquí concluye la asombrosa travesía del doctor Fergusson y de sus valerosos compañeros, comprobada por irrecusables testimonios. Se hallaban ya entre amigos y en medio de tribus mas hospitalarias frecuentemente relacionadas con los establecimientos franceses.

Llegaron al Senegal el sábado 24 de mayo, y el 27 del mismo mes alcanzaron el puesto de Medina, situado á orilla del rio, un poco mas al Norte.

Los oficiales franceses los recibieron con los brazos abiertos y agasajaron todo lo posible. El doctor y sus compañeros tuvieron ocasion de embarcarse casi inmediatamente en el buque de vapor el *Basile*, que bajaba el Senegal hasta su desembocadura.

Catorce dias despues, 10 de junio, llegaron á San Luis, ya repuestos completamente de sus tribulaciones y fatigas. Obtuvieron del gobernador una magnífica acogida. Joe dice á todo el mundo:

—Nuestro viaje ha sido un viaje muy tonto, y no aconsejo que lo emprenda al que desee experimentar fuertes conmociones. Sin las insignificantes aventuras del lago Techad y del Senegal nos hubiéramos muerto de fastidio.

Habia próxima á zarpar una fragata inglesa en que se embarcaron los tres viajeros, llegando el dia 25 de junio á Portsmouth y el siguiente á Londres.

No describiremos el entusiasmo con que les acogió la Sociedad de Geografía ni los obsequios de que fueron objeto. Kennedy partió inmediatamente para Edimburgo con su famosa carabina, deseoso de tranquilizar cuanto antes á su vieja patrona.

El doctor Fergusson y su fiel Joe siguieron siendo siempre los mismos hombres que hemos conocido, sin haberse verificado en ellos mas que una variacion importante.

Se convirtieron en íntimos amigos.

Todos los periódicos de Europa colmaron de elogios á los audaces exploradores, y el *Daily Telegraph* hizo una tirada de 977,000 ejemplares el dia en que publicó un extracto del viaje.

En sesion publica de la Real Sociedad de Geografía, el doctor dió cuenta circunstanciada de su expedicion aeronáutica, y obtuvo para él y sus dos compañeros

la medalla de oro destinada a recompensar la mas notable exploracion del año 1862.

El viaje del doctor Fergusson ha comprobado de la manera mas precisa los planos y los hechos geo-

gráficos reunidos por Barth, Burthou, Speke y otros viajeros. Gracias a las expediciones actuales de Speke y Grant, de Heuglin y Munzinger que se dirigen á las fuentes del Nilo ó el centro de Africa, podremos dentro de poco comprobar los propios descubrimientos del doctor Fergusson en la inmensa comarca comprendida entre los 44° y 33° de longitud.

INDICE.

PÁGS.

CAPITULO I. — Cólera de Joe.—La muerte de un justo.—Velada del cadáver.—Avidez.—El entierro.—Los pedazos de cuarzo.—Fascinacion de Joe.—Un lastre precioso.—Orientacion de las montañas auríferas.—Principio de desesperacion de Joe.	5
II. — El viento cesa.—Las cercanías del desierto.—El inventario de la provision de agua.—Las noches del Ecuador.—Inquietudes de Samuel Fergusson.—La verdadera situacion.—Energica respuesta de Kennedy y Joe.—Una noche mas.	7
III. — Un poco de filosofia.—Una nube en el horizonte en medio de una niebla.—El globo inesperado.—Las señales.—Vista exacta del <i>Victoria</i> .—Las palmeras.—Vestijos de una caravana.—El pozo en medio del desierto.	14
IV. — Ciento trece grados.—Reflexiones del doctor.—Pesquisas desesperadas.—Se apaga el soplete.—Ciento veintidos grados.—La contemplacion del desierto.—Un paseo de noche.—Soledad.—Desfallecimiento.—Proyectos de Joe.—Un dia de plazo.	13
V. — Calor espantoso.—Alucinamiento.—Las últimas gotas de agua.—Noche de desesperacion.—Tentativas de suicidio.—El simoun.—El Oasis.—Leon y Leona.	16
VI. — Noche deliciosa.—La cocina de Joe.—Disertacion sobre la carne cruda.—Historia de James Bruce.—Los sueños de Joe.—El barómetro baja.—El barómetro sube.—Preparativos de marcha.—El huracan.	19
VII. — Síntomas de vegetacion.—Idea fantástica de un autor francés.—Pais magnifico.—El reino de Adamova.—Las exploraciones de Speke y Burton enlazadas con las de Barth.—Los montes Atlantika.—El rio Benoue.—La ciudad de Yola.—El Bagelé.—El monte Mendif.	21
VIII. — Mosfeya.—El chaique.—Denham.—Clapperton.—Oudeny.—Vogel.—La capital de Loggoun.—Toole.—Calma sobre Kernak.—El gobernador y su córte.—El ataque.—Las palomas incendiarias.	23
IX. — Partida durante la noche.—Los tres.—Los instintos de Kennedy: precauciones.—El curso del Shari.—El lago Tchan.—El agua del lago.—El hipopótamo.—Una bala perdida.	28
X. — La capital de Bornou.—Las islas de los biddiomahs.—Los gipaetos.—Las inquietudes del doctor.—Sus precauciones.—Un ataque en medio de los aires.—La envoltura destrozada.—La caida.—Sacrificio sublime.—La costa septentrional del lago.	30
XI. — Congeluras.—Restablecimiento del equilibrio del <i>Victoria</i> .—Nuevos cálculos del doctor Fergusson.—Caza de Kennedy.—Exploracion completa del Lago Tchad.—Tangalia.—Regreso.—Lari.	33
XII. — El huracan.—Salida forzada.—Pérdida de un ancla.—Tristes reflexiones.—Resolucion tomada.—El sifon.—La caravana enterrada.—Viento contrario y favorable.—Vuelta al Sur.—Kennedy en su puesto.	35
XIII. — La historia de Joe.—La isla de los biddiomahs.—La adoracion.—La isla sumergida.—Las orillas del Lago.—El árbol de las serpientes.—Viaje á pié.—Padecimientos.—Mosquitos y hormigas.—El hambre.—Paseo de <i>Victoria</i> .—Desaparicion del <i>Victoria</i> .—Desesperacion.—El lodazal.—Un último grito.	37
XIV. — Un grupo á lo lejos.—Un tropel de árabes.—La persecucion.—¿Es él?—Caida del Caballo.—El árabe estrangulado.—Una bala de Kennedy.—Maniobra.—Rescate al vuelo.—Joe en salvo.	42
XV. — El camino del Oeste.—Joe al despertar.—Su terquedad.—Fin de la historia de Joe.—Tagel.—Zozobras de Kennedy.—Rumbo al Norte.—Una noche cerca de Agates.	43

XVI.	—	Travesía rápida.—Resoluciones prudentes.—Caravanas.—Chubascos continuos.—Gao.—El Niger.—Golberry, Geofroy, Gray.—Mungo Park.—Laing.—Renato Caillié.—Clapperton.—Jhon y Richard Lander.	46
XVII.	—	El pais en el recodo del Niger.—Vista fantástica de los montes Humbori.—Kabra.—Tembouctou.—Plano del doctor Barth.—Decadencia.—Donde el cielo quiera.	48
XVIII.	—	Zozobras del doctor Fergusson.—Dirección persistente hácia el Sur.—Una nube de langostas.—Vista de Janné.—Vista de Sego.—Variación de viento.—Sentimientos de Joe.	50
XIX.	—	Las cercanías del Senegal.—El <i>Victoria</i> baja mas y mas.—Se sigue arrojando, arrojando incesantemente.—El morabito Al-Hadji.—MM. Pascal, Vincent y Lambert.—Un rival de Mahoma.—Las montañas difíciles.—Las armas de Kennedy.—Una maniobra de Joe.—Alto encima de un bosque.	51
XX.	—	Combate de generosidad.—Ultimo sacrificio.—El aparato de dilatación.—Destreza de Joe.—Media noche.—La guardia del doctor.—La guardia de Kennedy.—Se duerme.—El incendio.—Los auxilios.—Fuera de alcance.	53
XXI.	—	Los talibas.—El persegimiento.—Un pais devastado.—Viento moderado.—El <i>Victoria</i> baja.—Las últimas provisiones.—Los saltos del <i>Victoria</i> .—Defensa á tiros.—El viento refresca.—El rio del Senegal.—Las cataratas de Gouina.—El aire caliente.—Travesía del rio	54
XXII.	—	Conclusion.—El acta.—Los establecimientos franceses.—El puesto de Medina.—El <i>Basilic</i> .—San Luis.—La fragata inglesa.—Regreso á Londres	50